
Voy a hacer que me
Ames
LADY MACNOBLE

Voy a hacer que me



LADY MACNOBLE

Copyright © 2025 LADY MACNOBLE
Nº Depósito legal:

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin el permiso

previo y por escrito de la autora.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y localizaciones de estos. Esta novela está escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.

Prólogo

Escocia, 1590

El viento del norte soplaba con fuerza, arremolinando las hojas secas bajo los pies de Harper mientras se internaba en el bosque. No había vuelto la vista atrás ni una sola vez. No podía. Cada paso la alejaba más de lo poco que había conocido como hogar, y la llevaba por el mismo sendero que había tomado su hermana, aunque en dirección contraria.

La capa que llevaba estaba raída por los bordes, y empapada por la humedad del amanecer, pero no se detuvo. El bosque la recibía con su habitual indiferencia: el crujido de las ramas, el ulular de un búho, el eco lejano del agua contra las rocas. Todo le resultaba familiar, casi reconfortante, salvo el vacío que llevaba dentro.

Recordó a Emily, la pequeña de las tres, y sus ojos furiosos mirándola cuando la abandonaron en el clan Campbell. Las palabras de su madre sonaban sin parar en su mente. *«Cada una tomará un camino distinto. Es la única forma de que tengáis una oportunidad».*

Emily había llorado de rabia, de impotencia, pero obedeció. Y Ginevra… todavía podía ver su silueta alejándose entre la maleza.

Desde entonces, Harper había caminado sin rumbo. Pasó días vagando por el bosque, alimentándose de lo que la naturaleza le

ofrecía. Era una cazadora hábil, gracias a su madre, que le había enseñado a moverse sin ser vista y a usar el arco antes incluso de aprender a leer. Cazó conejos, recogió raíces y hierbas comestibles, bebió agua de los arroyos y durmió bajo los árboles. Pero, aun en medio de la supervivencia, el rencor la acompañaba como una sombra.

Por momentos, odiaba a su madre.

—¿Por qué nos diste esta vida? —susurraba al viento mientras avivaba un fuego pequeño para asar un ave—. Siempre escondidas, siempre temiendo. ¿Y para qué?

Nadie respondía. Solo el crepitar del fuego y los sonidos naturales del bosque.

Habían vivido toda su vida con la certeza de que eran distintas, con las advertencias constantes de que nunca debían mostrar lo que eran.

—No lo olvides, Harper —decía su madre—, la gente teme lo que no entiende. Y cuando teme, destruye.

Pero ¿qué había conseguido con tanto miedo? Nada. Solo una familia rota. Su madre muerta. Sus hermanas dispersas. Y ella, vagando como un fantasma sin causa. Pero ahora que estaba sola, ya no tendría miedo de lo que era. No se ocultaría, pues ya no tenía nada más que perder.

Después de varios días, sus pies la llevaron hasta un pequeño pueblo, enclavado entre colinas y rodeado por campos de trigo marchito. El humo de las chimeneas y el olor a pan la atrajeron como una promesa de refugio.

No tenía dinero, pero tenía algo que ofrecer; su puntería.

Entró en la posada, donde el aire olía a cerveza, carne y sudor. Los hombres la miraron con curiosidad y recelo. Tenía el rostro sucio, las botas cubiertas de barro y una expresión cansada, pero sus ojos —de un azul profundo—, no mostraban debilidad.

Se acercó al mostrador, donde un hombre calvo y corpulento secaba jarras con un paño.

—No tengo monedas —le dijo Harper—, pero puedo cazar para su cocina. Puedo traer carne fresca cada día, si me deja un lugar donde dormir.

El posadero la miró de arriba abajo, calibrando sus palabras. Finalmente asintió.

—Un cuarto junto a las cuadras. No es mucho, pero es seco —respondió.

—Eso servirá.

Le entregó algunas pieles y un par de aves a cambio. El hombre las tomó con interés, murmurando algo sobre lo bien conservadas que estaban.

El cuarto resultó ser poco más que un establo vacío, con una cama de paja y una manta vieja. Pero para Harper era suficiente. Cerró la puerta, atrancándola con una silla desvencijada. La taberna al otro lado del muro vibraba con risas, golpes de vasos y canciones borrachas. El olor a humo y a alcohol le llegaba por las rendijas de la madera.

Se recostó, con el cuchillo junto al pecho, sin quitarse del todo las botas. Afuera, los caballos resoplaban y el viento silbaba entre las tejas.

Miró el techo, oscuro y agrietado, y en su mente desfiló el rostro de sus hermanas, uno tras otro. Ginevra, tan dulce, siempre soñadora. Emily, tan fuerte y terca. Y su madre… su madre, que les había enseñado todo, pero también las había condenado a la soledad.

Las lágrimas que le subieron a los ojos se secaron antes de caer.

—Ya no temo, madre —susurró—. Pero nunca te perdonaré.

Cerró los ojos, apretando el cuchillo. El sueño llegó tarde, pesado, con el sonido lejano de una tormenta y el murmullo constante de la taberna.

Y mientras el pueblo dormía, Harper Talamh, la hija perdida, empezaba sin saberlo el camino hacia su destino.

Capítulo 1

Escocia, Lornhaven, 1590

Harper despertó con un leve sobresalto, con el cuerpo entumecido por el frío y la espalda adolorida por la paja húmeda. Durante unos segundos no recordó dónde estaba. Después, el relincho cercano de un caballo la devolvió a la realidad.

Se incorporó, apartándose el cabello del rostro, y comprobó que el cuchillo seguía junto a su mano. A través de la rendija de la puerta se filtraba la luz del amanecer y el murmullo de la vida en el pueblo; pasos sobre el barro, el ladrido de un perro, y el sonido de un carro cargado de leña.

Salió del cuarto con el arco colgado al hombro y respiró el aire frío, dejando que le despejara la mente. No tenía un plan más allá del siguiente día, pero algo dentro de ella le decía que no debía quedarse quieta demasiado tiempo.

En el interior de la taberna, el posadero la recibió con un gruñido amable.

—Trajiste buena caza, muchacha. El estofado gustó a los hombres —dijo, sin apartar la vista de la jarra de cerveza que estaba sirviendo.

Harper asintió.

—Hoy traeré más. Conejo, quizás.

—Si vuelves antes del anochecer, te guardaré la cena. —El hombre le lanzó un trozo de pan envuelto en tela—. Para el camino.

Agradeció con un leve gesto y antes de encaminarse a la salida preguntó:

—¿Cómo se llama este pueblo?

El posadero se rio ampliamente, mostrando su dentadura amarillenta y a falta de piezas.

—Muchacha, estás en tierra de los MacDougall, concretamente en Lornhaven.

—Bien. —Ella asintió—. Y por cierto mi nombre no es muchacha, me llamo Harper Talamh.

—Bien, Harper Talamh, yo soy Mathan.

—Mathan, ¿cómo oso en gaélico? —preguntó, arqueando una ceja.

—El mismo —dijo él, con una sonrisa torcida—. Y procura no meterte en problemas, las tierras de los MacDougall no son seguras para los forasteros.

Harper salió al aire libre con el pan en la mano y una sonrisa fugaz en los labios. Las advertencias nunca la habían detenido.

Caminó hasta internarse en el bosque, hasta que divisó unas huellas de animales en la tierra. Eran de ciervo estaba segura. Tensó el arco, avanzando con pasos sigilosos. Se movía con elegancia.

Entonces escuchó unas voces masculinas. No muy lejos.

Se agachó instintivamente, ocultándose entre los arbustos. A través del follaje, divisó a dos hombres caminando a pie. Ambos llevaban arcos, y sus ropas indicaban que también estaban de caza. El primero era joven, de complexión delgada, pero el segundo, el segundo imponía respeto solo con verlo. Alto, y con los hombros anchos, su cabello rojizo brillaba con la luz del sol que se filtraba entre las ramas, y tenía una barba espesa —también rojiza—, que enmarcaba un rostro varonil y muy atractivo. La piel, ligeramente morena, parecía curtida por el viento y las largas travesías a caballo.

Harper contuvo la respiración. No sabía por qué, pero algo en aquel hombre la inquietó. Entonces, al retroceder, su pie pisó una rama. El chasquido resonó como un trueno.

Los hombres se detuvieron al instante.

—¿Has oído eso? —dijo el joven.

—Sí —respondió el otro, girando lentamente la cabeza hacia donde ella estaba oculta.

El corazón de Harper se aceleró. Retrocedió con cuidado, casi sin respirar. Tras unos segundos de tensión insoportable, pareció que habían perdido el interés y continuaron caminando. Ella esperó unos instantes más antes de moverse.

Cuando por fin se atrevió a salir de su escondite, caminó deprisa, intentando dejar atrás aquella sensación de peligro. No sabía por qué, pero no deseaba cruzarse con ellos.

El bosque se iba aclarando, y la luz del mediodía filtrándose entre las copas de los árboles. Harper suspiró, aliviada, justo antes de que una mano la sujetara con fuerza por detrás, tapándole la boca.

El grito murió en su garganta.

—¿Me estabas espiando? —susurró una voz grave y profunda, tan cerca de su oído que le erizó la piel.

Ella negó con la cabeza, aterrada.

—¿Entonces por qué huyes? —insistió el hombre, sin soltarla.

Harper respiró con dificultad. Él le apartó lentamente la mano de la boca.

—No huyo —dijo con firmeza—. Solo regreso a casa después de un día de caza.

El hombre la giró de un tirón, sujetándola aún por los brazos. No quería arriesgarse a que escapara. Pero en cuanto la vio, se quedó sin palabras.

El cabello negro de Harper caía lacio hasta su cintura. Su piel, pálida y tersa, resaltaba bajo la sombra de los árboles. Sus labios carnosos estaban apretados en desafío, y sus ojos azules brillaban con una intensidad que lo dejó inmóvil. Las pestañas, largas y oscuras, se movían con el temblor de su respiración.

En ese breve instante, el guerrero olvidó por qué la había detenido.

Harper no.

Aprovechando su distracción, levantó la rodilla y lo golpeó con fuerza entre las piernas.

El hombre se dobló con un gruñido ahogado, soltándola. Momento que ella aprovechó para echar a correr sin mirar atrás, adentrándose entre los árboles, con el corazón desbocado y una sola idea en la mente; no volvería a dejar que nadie la atrapara jamás.



Dave MacDougall avanzaba malhumorado, y con la vista clavada en el horizonte, mientras su primo Bryson no dejaba de burlarse de él.

—No puedo creer que te dejaras golpear así —le espetó Bryson entre risas—. Tú, un gran hombre y guerrero vencido por una mujer.

—¡Cállate! —respondió Dave—. No debí habértelo contado.

—¿Ah, no? —Bryson se rio con más fuerza—. Pues ya verás, cuando volvamos a la fortaleza esto será la conversación de todas las cenas.

Dave le clavó una mirada seca y escueta. Luego, en voz más baja, añadió:

—Te digo que era una bruja. Me dejó hipnotizado con una sola mirada.

—¿Ahora crees en brujas? —preguntó Bryson con sorna.

—No, claro que no —replicó Dave con brusquedad—, pero esa mujer, sí que lo es. Puedes preguntar a mis partes nobles si quieres.

Bryson se carcajeó y le dio un codazo.

—Lo que pasa es que te pierde una mujer hermosa, primo.

Dave se encogió de hombros, tratando de despistar.

—Me gustan las mujeres bellas, sí, pero ella… —buscó la palabra—, era más que bella. Tenía algo de diosa, o de hechizo.

—O de bruja —remató Bryson, riéndose de nuevo.

Ambos terminaron de hablar mientras se acercaban a los caballos. Bryson, con el tono burlón aún en la voz, le lanzó una última puya:

—¿Podrás montar, o te quedarás ahí contemplando el paisaje?

—Si sigues, te juro que te doy una patada en la entrepierna, así sabrás lo que se siente —contestó Dave, fingiendo enfado—. No estoy de broma.

—Vale, vale —cedió Bryson al instante—. Ya lo dejo.

Se encaramaron a las monturas. Cuando Bryson preguntó si volvían ya a la fortaleza, Dave negó con la cabeza.

—No todavía. Quiero emborracharme en alguna taberna de mala muerte, y olvidarme de esa *bana-bhuidseach*.

—¿Una con mujeres bonitas? —bromeó Bryson.

—No, hoy he tenido suficiente de belleza.

Capítulo 2

Escocia, Lornhaven, 1590

Harper entró en la taberna con tres conejos colgando del cinto.

—Parece que ha ido bien —dijo Mathan, sin apartar la vista del mostrador.

—Podría haber ido mejor si dos idiotas no me hubiesen espantado las presas, pero mañana te traeré un ciervo. Lo prometo —respondió ella, dejando los animales sobre la barra.

El tabernero esbozó una media sonrisa y señaló una de las mesas vacías.

—Siéntate, muchacha. Te has ganado un plato caliente.

Apenas había clientes, todavía era temprano. Harper se acomodó en una mesa junto al fuego, y Mathan le sirvió un plato de guiso humeante. Por primera vez en mucho tiempo, ella sonrió.

—Solo me gustaría pedirte algo —dijo después de un par de bocados—. Necesito un baño. Apesto.

El hombre asintió y sacó una llave del bolsillo del delantal.

—Acaban de dejar una habitación libre en la primera planta. Tiene una tina, aunque tendrás que llenarla tú y calentar el agua. ¿Ves esa puerta? —señaló hacia el fondo—. Lleva a las cocinas. Allí

encontrarás las ollas, y junto a las cuadras hay un bidón grande lleno de agua. Úsala con cuidado.

—No sabes cuanto te lo agradezco —respondió ella, con un suspiro sincero.

—Sigue trayéndome buenas piezas, Harper. Puede que incluso te dé algunas monedas a cambio —dijo él con una sonrisa torcida.

Ella asintió y volvió a centrarse en el plato. El guiso estaba delicioso, y mojó el pan en el caldo hasta dejar el cuenco limpio. La calidez del lugar la envolvía, y por un instante casi olvidó la sensación constante de huir.

Con el paso de los minutos, la taberna comenzó a llenarse. Hombres ebrios, risas estridentes y mujeres de moral ligera ocuparon el espacio. El olor a cerveza y sudor empezó a mezclarse con el del guiso. Harper decidió que era momento de marcharse.

Se dirigió a las cocinas, tomó una gran olla y la llenó en el bidón del patio. Encendió un buen fuego bajo el fogón y dejó que el agua se calentara. Mientras tanto, la música comenzó a sonar al otro lado del muro, risueña y animada.

La curiosidad la venció. Quería ver aquel ambiente más de cerca. Caminó entre las mesas, observando los rostros y las risas, las copas alzadas y el bullicio. Nunca antes había estado en un lugar así.

Y entonces, entre el gentío, unos ojos castaños se cruzaron con los suyos. Su corazón dio un vuelco. Era él, el hombre del bosque. Estaba sentado junto al otro hombre que lo había acompañado también en el bosque.

Durante unos segundos se miraron sin decir palabra. Luego, cuando Dave comenzó a incorporarse, Harper reaccionó al instante. Dio media vuelta y desapareció entre la multitud, regresando a las cocinas con el pulso acelerado y la respiración agitada.



—¡Mierda! —exclamó Dave al mismo tiempo que daba un golpe seco sobre la mesa y se ponía en pie.

Bryson lo miró sorprendido mientras él comenzaba a caminar por el salón con paso rápido, esquivando mesas y clientes.

—¿Qué demonios te pasa ahora? —preguntó Bryson siguiéndolo.

—Creo que la he visto. La mujer del bosque.

Bryson soltó una carcajada.

—No puede ser que ya vayas borracho, primo. Apenas llevas dos jarras de cerveza.

—No estoy borracho. Sé lo que he visto, y era ella —respondió Dave con firmeza, y los ojos escudriñando cada rincón del local—. Pero la condenada es escurridiza.

Ambos regresaron a la mesa, y Bryson alzó la mano para pedir más bebida.

—Dos jarras más —ordenó con impaciencia.

—Voy a atraparla, antes o después daré con ella.

Una mujer de delantera generosa apareció enseguida, moviendo las caderas con descaro. Dejó las jarras sobre la mesa y se sentó sin invitación sobre las piernas de Bryson, que sonrió encantado.

—¿Me has oído, Bryson? —insistió Dave, molesto—. Pienso encontrarla.

—Sí, sí, te he escuchado —dijo su primo entre risas—. Que vas a buscar a la bruja. Pero te daré un consejo, primo, deberías centrarte en otros placeres y olvidarte de esa mujer.

La camarera se rio también y besó el cuello de Bryson. Después le susurró algo al oído, lo que hizo que él asintiera sin dudar.

—Primo, aquí te dejo. Si no me necesitas, nos vemos mañana al amanecer en la entrada.

Dave lo observó con desaprobación, pero al final asintió en silencio. Mientras Bryson desaparecía escaleras arriba con la mujer, él se quedó solo con su jarra y una idea fija en la cabeza: aquella mujer del bosque no volvería a escapársele.

Poco a poco la taberna se fue vaciando, hasta quedar solo el crepitar del fuego y el sonido de una jarra apoyada con torpeza sobre la mesa. Dave bebió el último trago y se pasó una mano por el rostro. Había bebido más de la cuenta, y lo sabía. La fatiga le pesaba en los hombros y el calor de la cerveza empezaba a nublarle los pensamientos.

Pidió una habitación al posadero, quien le entregó una llave sin decir palabra. Subió las escaleras con paso firme, aunque su cuerpo pedía descanso desde hacía rato.

En otro extremo del pasillo, Harper había terminado su baño. Se vistió con ropa limpia, recogió la estancia y se dispuso a regresar a su cuarto. Se sentía más ligera, casi humana otra vez. Pero justo cuando se disponía a bajar las escaleras, lo vio de nuevo.

Dave subía por los peldaños, con el cabello despeinado y los ojos enturbiados por el cansancio y el alcohol. Harper se tensó. No tenía escapatoria. Inspiró hondo y decidió pasar a su lado con la cabeza gacha, esperando que no la reconociera.

Cuando se cruzaron, Dave levantó la vista. Hubo un instante en que creyó reconocer aquel rostro, esa mirada que lo había perseguido desde el bosque. Pero descartó la idea enseguida. Estaba cansado, y quizás empezaba a obsesionarse con algo que no tenía sentido.

Ella continuó su camino sin mirar atrás. Él siguió hasta su puerta, la abrió y se perdió en la penumbra de su habitación.

Harper cerró la suya despacio, con el corazón latiendo rápido. Se dejó caer sobre la cama, aún con el corazón a galope. Había estado demasiado cerca.

Solo esperaba que ese hombre se marchara de la posada al amanecer y que no volviera a cruzarse en su camino.

Capítulo 3

Escocia, Lornhaven, 1590

El alba despuntaba sobre las colinas de Lornhaven, tiñendo el horizonte de tonos cobrizos cuando Dave MacDougall decidió salir al bosque. Había dormido poco, inquieto por sueños confusos en los que el rostro de aquella mujer —de ojos tan azules que parecían contener todo el cielo del norte—, lo perseguía sin descanso.

Bryson no había aparecido, claro. Seguramente aún dormía, enredado entre sábanas ajenas. Dave soltó un bufido y tomó su arco. Nada despejaba mejor la mente que el silencio del bosque.

El terreno estaba húmedo por el rocío, las ramas crujían bajo sus botas y el canto de los mirlos resonaba a lo lejos. Caminó entre los pinos hasta divisar un ciervo pastando en un claro. Tensó la cuerda del arco, contuvo la respiración, y justo cuando la flecha estaba por partir, un silbido seco surcó el aire. El animal cayó desplomado antes de que él disparara.

—¡Por todos los demonios del infierno! —masculló, maldiciendo mientras avanzaba entre los arbustos.

Al otro lado del claro, emergió ella. Harper. El cabello negro, húmedo por la niebla, se le pegaba al rostro enmarcando su bonita

cara. Sus labios formaban una línea decidida y su postura, erguida y firme, desafiaba cualquier intento de intimidarla.

—Tú otra vez —dijo Dave con incredulidad—. ¿Acaso me estás siguiendo?

—El que me sigue eres tú —replicó ella sin pestañear—. Primero me atacas por la espalda y ahora tratas de quedarte con mi presa.

—Esa bestia era mía.

—No lo parece —Harper se agachó y arrancó la flecha del cuello del ciervo—. Esta flecha es mía, y fue la que lo abatió.

Dave la observó con una mezcla de irritación y asombro. Ninguna mujer lo había desafiado así, y mucho menos con semejante temple.

—¿Quién eres? No te he visto antes por estas tierras.

—Te lo dije ayer —contestó sin mirarlo—. Me llamo Harper, y no pienso quedarme mucho. Solo lo justo para ganar unas monedas.

Él ladeó la cabeza, estudiándola con interés.

—Nunca he conocido mujer tan insolente. Cazas sola, estás lejos de tu casa y tienes las agallas de enfrentarte a mí. Está claro que no eres de alta cuna. ¿Hija de un guerrero, quizá?

—Y tú hablas demasiado —respondió ella con voz suave, aunque su mirada cortaba como un cuchillo.

Harper se inclinó sobre el ciervo, abrió la piel con gesto experto y comenzó a destriparlo sin vacilar. La sangre manchó sus dedos, pero no pareció importarle. Dave, que se había enfrentado a hombres armados sin pestañear, se descubrió observando la curva de su cuello, la precisión de sus movimientos, la determinación en cada gesto.

—Dime al menos de dónde vienes. ¿Acaso eres una bruja?

Harper levantó la cabeza, sorprendida. Sus ojos, de un azul tan puro como el hielo del fiordo, se clavaron en los suyos por un instante eterno. Luego ató las patas del animal con una cuerda y se echó la presa a la espalda.

—Adiós, Dave. Espero no volver a verte jamás.

Él se quedó quieto, viéndola alejarse entre la niebla. Había algo salvaje y libre en su forma de moverse, algo que lo atraía y lo

enfurecía al mismo tiempo.

No pudo evitar seguirla a distancia, guiado por una mezcla de curiosidad y deseo. La vio cruzar el sendero y entrar en la posada por la puerta trasera. Aquello bastó para despertar su interés.

Entró por la puerta principal y buscó al tabernero, que limpiaba unas jarras tras la barra.

—Mathan, ¿quién es la mujer que acaba de entrar por detrás? —preguntó con voz baja—. La de cabello negro.

—Harper —respondió el hombre, sin dejar de trabajar—. Llegó hace poco, sin dinero y con hambre, pero con buen pulso para la caza. Caza para mí y duerme en una pequeña habitación junto a las cuadras. Es reservada, aunque honesta. Y te advierto algo, muchacho, no te metas con ella. Tiene carácter y un cuchillo siempre al alcance.

Dave soltó una breve carcajada.

—¿Y de dónde ha salido? ¿No tiene familia?

—No sé nada más de ella Dave, tampoco le he preguntado. Cumple lo acordado, y parece que no me va a dar problemas, así que el resto no me importa.

En ese momento, Bryson apareció bajando las escaleras, con una sonrisa satisfecha y el cabello despeinado.

—Buenos días, primo. ¿Listo para volver?

—Más que tú, por lo que veo.

—Lo confieso, he dormido poco —rio Bryson mientras se ajustaba el cinto—. ¿Regresamos a Dunstaffnage? Tu padre debe de estar furioso. Dijimos que nos ausentaríamos un par de días y ya llevamos más de una semana.

—Sí, debemos regresar, y lo haremos ahora, antes de que me arrepienta.

Ambos salieron de la posada y se dirigieron hacia las cuadras donde el posadero les había arrendado un sitio para sus animales, los ensillaron con manos ligeras, y montaron en ellos.

Mientras emprendían el camino de regreso, Bryson silbaba una melodía ligera. Dave, en cambio, guardó silencio. No podía apartar de su mente la imagen de Harper. Era preciosa. Y algo en su interior hacía que no quisiera alejarse de ella. Pero ¿qué demonios le

pasaba? No era la primera mujer bonita que conocía, pero sí la que lo había desafiado. Eran esos ojos los que lo habían embotado, los ojos de una fiera indomable. Entonces se prometió a sí mismo que regresaría. Necesitaba saber más de ella. Comprobar que aquellos sentimientos que despertaba la joven en él eran algo pasajero.

Capítulo 4

Escocia, Lornhaven, 1590

Harper dejó el ciervo sobre la mesa de la cocina. Limpió la sangre de sus manos con un trapo y suspiró. Aquella mañana había sido demasiado larga.

No tardó en aparecer Mathan, el posadero, con su habitual delantal raído y el ceño fruncido.

—Buena pieza, muchacha —dijo con aprobación—. No hay cazador en todo el valle que maneje el arco como tú.

Harper esbozó una sonrisa leve.

El hombre se inclinó un poco hacia ella, con un brillo curioso en los ojos.

—Hablando de cazadores, Dave MacDougall preguntó por ti.

Harper alzó la vista de golpe.

—¿Qué ha dicho?

—Solo quiso saber quién eras y qué hacías aquí. Nada más. Pero, Harper… —Mathan bajó la voz—, ese hombre no es cualquiera. Es el hijo del *laird* de Dunstaffnage. Tienes delante a un caballero poderoso.

Ella soltó una carcajada seca.

—Así que ese insolente será un futuro *laird.* Pues que sea hijo de quien quiera. No deseo volver a verlo.

—Su afecto podría solucionarte la vida, muchacha.

—No me interesa ningún hombre, y menos uno que se cree con derecho a todo.

El posadero suspiró, sacudiendo la cabeza.

—No te estoy diciendo que te cases con él, mujer. Pero, ya sabes… se cazan más moscas con miel que con vinagre.

—Mathan, no creas que no sé lo que intentas, yo no soy de esas. Sé que las mujeres que vienen aquí a la taberna, ya sabes, las libertinas, te pagan una tasa. Yo solo cazo.

—Entiendo. Era solo otra posibilidad, tu belleza es…

—Yo solo quiero ganarme la vida —respondió Harper con firmeza—. Y marcharme de este lugar en cuanto pueda.

Mathan arqueó una ceja.

—¿Marcharte adónde? Creí que aquí estabas bien.

—A las islas del norte, a Orkney. Allí podría empezar de nuevo.

Se decía que allí las mujeres podían vivir sin temor a ser cazadas por lo que son, sin inquisidores ni hogueras.

El hombre guardó silencio un momento. Sabía que Harper no era como las demás. Había en ella una determinación que rozaba lo temerario.

—Es un viaje largo —aseguró él.

—No tengo prisa, pues nadie me espera. Reuniré el dinero, y me iré.

Sin esperar respuesta, Harper se dio media vuelta y salió por la puerta trasera. El aire fresco le golpeó el rostro. Caminó sin rumbo entre las casas de piedra, observando a los aldeanos que frecuentaban las calles. No tenía nada que hacer: había cazado suficiente para varios días y, por una vez, no necesitaba preocuparse por sobrevivir.

Cruzó la calle principal y entonces se dio cuenta de que una mujer joven estaba sentada en el suelo, con el rostro entre las manos, y temblando. Harper se acercó, agachándose a su lado.

—¿Se encuentra bien?

La muchacha levantó el rostro, enrojecido por el llanto.

—Mi prometido, me ha dejado. Íbamos a casarnos en dos días, y anoche envió una nota diciendo que no volvería. No puedo… no puedo soportarlo.

Harper la observó en silencio. Su instinto le decía que no debía involucrarse, pero algo en aquella desesperación la conmovió.

—Deme la mano —le pidió suavemente.

La joven obedeció. En cuanto Harper cerró los dedos alrededor de los suyos, una punzada le recorrió el cuerpo. Su respiración se entrecortó. Las imágenes llegaron rápidas, como un torrente: un hombre rubio, montado a caballo; un camino de barro; una tormenta; y luego, la misma muchacha riendo con un bebé en brazos, junto a otro hombre que la miraba con ternura.

Harper soltó la mano, todavía aturdida.

—No llore por él —dijo—. No era el destino que le correspondía. Antes del invierno conocerá a otro hombre, un herrero de manos fuertes y buen corazón. Tendrá un hijo con él, y será feliz.

La mujer la miró boquiabierta.

—¿Cómo puede saber eso?

—No lo sé —mintió Harper, bajando la mirada—. Llamémoslo intuición.

La joven rebuscó en su bolso y sacó unas monedas.

—Por favor, acepte esto. Ha traído paz a mi corazón.

—No hace falta.

—Sí que hace —insistió ella, depositando el dinero en su mano—. Tiene un don, no lo desperdicie.

La mujer se alejó calle arriba con paso más ligero, y Harper quedó inmóvil, mirando las monedas brillando en su palma. El viento levantó un mechón de su cabello y lo llevó hacia el rostro.

«Un don».

Ella nunca lo había visto así, sino como una maldición.

Apretó las monedas con fuerza.

Si aquello podía darle el dinero que necesitaba para marcharse, lo aprovecharía. Nadie saldría herido. Solo algunas palabras, un poco

de esperanza, y pronto tendría lo suficiente para pagar su viaje al norte.

Capítulo 5

Escocia 1590
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El cielo se había teñido de gris cuando Dave y Bryson cruzaron el puente levadizo de Dunstaffnage. El aire olía a lluvia y a hierro, y una sensación amarga se instaló en el pecho de Dave incluso antes de poner un pie en el patio interior. Había movimiento por todas partes: criados que corrían, caballos sin desensillar, rostros tensos. Aquello no presagiaba nada bueno.

Descendió de su animal de un salto, y le pasó las riendas a un mozo, mientras Bryson hacía lo mismo a su lado.

—Algo ocurre —dijo Dave, con el ceño fruncido.

De inmediato apareció Alferd, el encargado del funcionamiento del castillo, con la expresión descompuesta y el cabello pegado al rostro por el sudor.

—¡Gracias al cielo que habéis llegado, mi señor! —exclamó, haciendo una reverencia apresurada.

—¿Qué sucede? —preguntó Dave con voz tensa.

—Es vuestro padre… —respondió Alferd con dificultad—. Esta mañana salió a inspeccionar las tierras de los arrendatarios del sur.

Su caballo pisó una serpiente, se encabritó y lo lanzó al suelo. Cayó mal, mi señor. El médico está con él ahora mismo.

Dave sintió cómo se le helaba la sangre. No perdió tiempo en preguntar más. Echó a correr por el corredor principal, seguido de Bryson.

Cuando llegaron al pasillo que conducía a los aposentos del *laird*, encontraron a las gemelas: Annie y Bethany, sus hermanas pequeñas, de apenas once años, llorando desconsoladas. Annie lo vio primero y se lanzó a sus brazos.

—¡Hermano! El médico está con padre.

—Está grave, Dave —sollozó Bethany, aferrándose a su brazo—. No soportaremos perderlo.

Dave se inclinó hasta quedar a su altura y las abrazó con fuerza. Podía sentir el temblor de sus cuerpecitos, y el miedo latiendo en sus corazones como un tambor.

—Tranquilas, mis pequeñas —susurró, acariciándoles el cabello—. Ya estoy aquí. Todo irá bien.

A su lado, Bryson intentó esbozar una sonrisa para reconfortarlas.

—Haced caso a vuestro hermano —dijo con suavidad—. No temáis, vuestro padre es fuerte como un roble.

Lana, la sirvienta que las cuidaba desde que nacieron, estaba allí, pálida y con los ojos húmedos. Dave le hizo una seña.

—Llévalas a su alcoba, Lana. No deben ver esto.

Las niñas se resistieron, llorando aún más, pero Dave y Bryson insistieron con ternura.

—En cuanto sepa algo, iré a buscaros, os lo prometo —dijo Dave, con la voz quebrada.

Cuando por fin se alejaron por el pasillo, el silencio pesó como una losa. En ese momento la puerta de la cámara del *laird* se abrió y apareció el médico, con el rostro sombrío.

—¿Cómo está mi padre, señor Collins? —preguntó Dave, clavando los ojos en él.

El hombre bajó la mirada y negó despacio.

—No pasará de esta noche, mi señor. He hecho cuanto estaba en mi mano. Le he administrado una mezcla para calmar el dolor,

pero sus huesos están rotos, y el golpe en la cabeza ha sido terrible. Está consciente, aunque no por mucho tiempo. Deberíais entrar ahora.

Dave cerró los ojos un segundo, intentando contener la tormenta que lo desgarraba por dentro. Bryson le apoyó una mano en el hombro, en silencio. Luego ambos entraron en la habitación.

El cuarto olía a hierbas y a sangre seca. La chimenea crepitaba débilmente, arrojando una luz dorada que apenas iluminaba la estancia. En la gran cama de roble, el *laird* Sholto MacDougall yacía pálido, con el pecho vendado y la respiración entrecortada. Sus ojos, aún firmes a pesar del dolor, se alzaron hacia ellos.

—Hijo mío… —murmuró con voz rasposa.

Dave se arrodilló junto al lecho y tomó su mano, que ardía como el fuego.

—Estoy aquí, padre.

—Sabía… que volverías. —El *laird* intentó sonreír, pero el gesto se torció en una mueca de dolor—. La tierra te necesita, Dave. Los hombres te respetan. Prométeme que cuidarás del clan, y de tus hermanas.

—Lo prometo, padre —le aseguró Dave, sintiendo que el pecho se le oprimía.

Bryson se acercó al otro lado de la cama, con los ojos enrojecidos.

—También yo velaré por ellas, mi señor. No estarán solas.

—Sobrino, marcho tranquilo sabiendo que tú estarás junto a él. Sois buenos hombres. —Sus dedos se apretaron sobre la mano de Dave—. Dile a tu madre que la amo, y que lo siento por todo…

Su voz se quebró en un hilo apenas audible. Un suspiro escapó de sus labios, y por un instante, el tiempo pareció detenerse.

Dave permaneció inmóvil, sujetando su mano. No hubo llanto inmediato, solo un silencio abrumador, un peso que caía sobre él como un manto de hierro.

Bryson fue el primero en apartar la mirada, con los puños apretados.

—Tío, ¿por qué…? —preguntó a la nada.

Dave no encontraba palabras para aquel momento, ni siquiera sus lágrimas salieron, pero el dolor en su interior era enorme. Solo alzó la vista hacia la ventana, donde el cielo gris comenzaba a desgarrarse con la lluvia que comenzaba a caer.

Su padre se había ido, y con él, una parte de su alma.



Dave permaneció un largo rato junto al lecho, sin apartar la mirada del cuerpo inmóvil de su padre. El silencio del cuarto era tan denso que podía oír su propio pulso. Finalmente, se incorporó y salió al pasillo. Sabía que aún quedaba algo mucho más difícil que enfrentarse a la muerte: decírselo a sus hermanas.

Las encontró en su alcoba, acurrucadas una junto a la otra en la cama, con los ojos enrojecidos. Lana, la nodriza, se levantó en cuanto lo vio entrar y bajó la mirada, intuyendo las malas noticias.

—Dejadnos a solas, por favor —pidió Dave, con voz grave.

Cuando la puerta se cerró, se acercó despacio. Annie alzó el rostro primero, y en su mirada se asomó una esperanza que a Dave le rompió el corazón.

—¿Padre está mejor? —preguntó, casi en un susurro.

Dave se arrodilló junto a la cama y tomó sus manos pequeñas entre las suyas.

—No, pequeña —dijo con la voz quebrada—. Padre se ha ido con los ancestros.

Bethany rompió a llorar con un gemido ahogado, escondiendo el rostro en el regazo de su hermano. Annie se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, y después se abalanzó sobre él en un abrazo desesperado.

—No, no puede ser. Dijiste que todo iría bien.

Dave apretó los dientes para contener las lágrimas.

—Ojalá hubiera podido salvarlo, pequeña. Pero ahora nos toca a nosotros ser fuertes, por él.

Permanecieron así, los tres entrelazados, mientras afuera el viento de las montañas golpeaba las ventanas del castillo. Aquel sonido, que tantas veces había sido un arrullo familiar, esa noche se sintió como un lamento.

Cuando por fin las niñas se durmieron, agotadas por el llanto, Dave se levantó y bajó al despacho de su padre. Bryson lo esperaba allí, de pie junto al fuego, con una copa de *whisky* en la mano.

—Lo siento, primo —dijo, con tono grave.

Dave se dejó caer en el sillón de su padre. Todo en esa habitación hablaba de él: el olor a cuero viejo, los mapas desplegados sobre la mesa, la espada que descansaba sobre la pared. Le costaba creer que ya no volvería a verlo ocupar ese lugar.

Bryson dejó la copa sobre la mesa y se acercó.

—Ahora debes prepararte. El clan te necesitará más que nunca. A partir de hoy eres el *laird* de los MacDougall.

Las palabras lo golpearon con fuerza. *Laird*. Él. No se sentía preparado para cargar con aquel peso, pero la decisión no le pertenecía.

—No estoy preparado para esto Bryson, padre nos ha abandonado demasiado pronto —confesó.

—Lo sé, esto ha sido del todo inesperado, pero somos guerreros Dave, debemos reponernos y tú te debes a tu clan —respondió Bryson—. Lo harás bien, Dave. Lo llevas en la sangre.

Dave se irguió, como si de pronto las palabras de su primo lo hubiesen devuelto a la realidad. No podía dejar que el dolor de la pérdida de su padre lo derrumbara. Debía ser fuerte por sus

hombres, por sus hermanas, y por su pobre madre que todavía vivía ajena a lo ocurrido.

Todavía debía pensar en cómo abordaría la situación con ella. ¿Cómo se lo contaría? Quizá sería mejor que no supiera nada al respecto. Su estado mental era delicado, y era poco probable que se enterara, pues se pasaba los días en una de las torres encerrada, tan solo acompañada de su médico y una mujer que se encargaba de su cuidado.

Dave y Bryson pasaron la noche organizando los preparativos, para el funeral de *laird*, y el nuevo nombramiento. Ordenaron que se enviaran mensajeros a los pueblos vecinos, y escribieron cartas con el sello del clan para informar a las familias nobles de las Tierras Altas.

En todas se leía la misma frase solemne:

Ha fallecido el honorable Laird Sholto MacDougall. Su hijo, Dave MacDougall, asumirá el liderazgo del clan y será reconocido como su nuevo laird en la ceremonia de jura de lealtad.

El amanecer los encontró exhaustos, pero decididos.

Tan solo dos días después, el cuerpo del *laird* fue llevado al pequeño cementerio familiar, en lo alto de una colina que dominaba el lago. Los hombres del clan marchaban en silencio, con las cabezas descubiertas. Las gaitas sonaban a lo lejos, entonando una melodía triste que se mezclaba con el murmullo del viento.

Dave caminaba al frente, con la capa negra sobre los hombros y el tartán del clan prendido en el pecho. Sus hermanas, tomadas de la mano, lo seguían envueltas en mantas oscuras.

Cuando el ataúd fue descendido a la tierra, Dave se adelantó.

—Padre, tu linaje no muere contigo. Juro que protegeré esta tierra, nuestras gentes y el honor de los MacDougall. Lo juro ante los ancestros y ante el cielo.

Las palabras se perdieron entre el sonido de las gaitas, y entonces el primer puñado de tierra cayó sobre la madera.

El sonido fue seco, marcaba un final.

Bryson, de pie a su lado, colocó una mano sobre su hombro.

—Lo echaremos en falta Dave, fue un gran líder.

Dave asintió mientras apretaba la mandíbula y levantaba el mentón. No podía mostrarse débil ante sus hombres, aunque en aquel momento su corazón estaba completamente roto.

Esa misma tarde, mientras las campanas del castillo repicaban, se fijó la fecha de la jura de lealtad. Los heraldos partieron hacia todos los confines de Lornhaven, convocando a vasallos y capitanes.

En dos meses, los hombres del clan MacDougall se reunirían en el gran salón, ante la espada del padre caído, para jurar fidelidad al nuevo *laird.*

Capítulo 6

Escocia, Lornhaven, 1591

Dos meses después…

Harper despertó sobresaltada, con el corazón latiendo con fuerza, y la respiración agitada. El sudor perlaba su frente a pesar del frío que aún impregnaba la habitación. La visión había sido tan vívida, tan real, que necesitó unos segundos para distinguir sueño de realidad. Había visto a Dave, de rodillas, con la mirada perdida en la nada, y los puños hundidos en la tierra húmeda. A su alrededor, hombres con semblantes sombríos, y el sonido grave de una campana doblando a muerte. Y detrás, un féretro cubierto con el estandarte del clan MacDougall.

El dolor que sintió en su pecho no era suyo, lo sabía. Era de él.

Pero ¿por qué? ¿Por qué aquel hombre al que apenas conocía aparecía en sus sueños, en sus visiones? Hacía ya un par de meses que no lo había vuelto a ver, y no tenía sentido nada de aquello. Nada los unía y, sin embargo, cada vez que pensaba en él, una extraña punzada le recorría el alma.

El resto del día trató de distraerse. Salió con su arco al bosque, cazó un par de conejos y revisó las trampas que había colocado días atrás. Pero incluso en medio del silencio de los árboles, sentía que algo invisible tiraba de ella, algo que no era tangible, pero que la unía a aquel hombre que ahora lloraba la muerte de su padre.

Al caer la noche, regresó a la posada. El calor del fuego crepitaba en la chimenea y el olor a guiso llenaba el aire. Se sentó en un rincón, con su plato de sopa y algo de queso, intentando acallar la inquietud que la consumía. Entonces una mujer se le acercó. Tenía las manos curtidas por el trabajo y los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado largo rato.

—Dicen que podéis ver el destino de las personas —susurró, nerviosa—. Una vecina me habló de vos, necesito saber qué me espera.

Harper la observó con cautela, pero al final asintió. La condujo hasta la parte trasera de la posada, donde apenas llegaba la luz de las lámparas.

—Dadme la mano —pidió Harper con voz baja.

Apenas sus dedos se rozaron, la visión la golpeó con fuerza.

Un campo bañado por la luz del amanecer. La mujer, joven, radiante, con un niño en brazos. Pero aquella imagen se desvaneció pronto, reemplazada por otra: un pequeño féretro, tierra cayendo sobre la madera, lágrimas y silencio. Luego otra vez, otro llanto, otra pérdida. Harper sintió el peso del dolor ajeno, el vacío, el frío de la desesperanza. Pero después, una tercera imagen: la misma mujer, años después, con tres niños corriendo a su alrededor, risas y vida. El sol iluminando sus rostros.

Harper soltó la mano con un suspiro tembloroso.

—Tendréis tres hijos —dijo despacio—. Pero perderéis al que ahora lleváis en vuestro vientre, y también a los dos que le sigan. Después de eso, no volveréis a perder otro.

La mujer se quedó inmóvil, con las lágrimas resbalando por sus mejillas, aunque una extraña paz se reflejó en sus ojos.

—Gracias… —dijo, sacando unas monedas que dejó sobre la mesa—. Gracias por decirme la verdad.

Y se marchó con paso lento, dejando a Harper sola, contemplando el dinero y preguntándose si realmente estaba haciendo lo correcto.

Su don —o su maldición—, la estaba guiando por un camino incierto. Pero si con ello lograba reunir el dinero suficiente para marcharse lejos, quizá, solo quizá, valía la pena el riesgo.



Harper despertó de un salto, con un grito ahogado que se perdió entre las sombras de la habitación. Su respiración era rápida, y sus manos temblaban. Las imágenes seguían golpeando su mente con la fuerza de una pesadilla que parecía más real que el propio amanecer que se filtraba por la ventana.

Dave estaba de pie en medio de un gran salón de piedra. La luz del fuego iluminaba los estandartes del clan MacDougall que colgaban de las paredes, y decenas de hombres se arrodillaban ante

él, sosteniendo sus cuchillos frente al rostro en señal de lealtad. El aire olía a humo, a acero, a ceremonia. Pero de pronto, entre los hombres, uno se incorporaba. Lo vio avanzar con la mirada baja, el cuchillo aún en alto, hasta quedar frente a Dave, y sin previo aviso, el filo se hundía en su vientre.

El *laird* se doblaba sobre sí mismo, con la expresión de sorpresa aún pintada en los ojos.

Y luego, nada.

Oscuridad.

Harper se cubrió el rostro con las manos.

—No… —dijo, temblando—. No puede ser real.

Pero lo sabía. Cada visión que había tenido desde que era joven se había cumplido, aunque no entendía que lazo la unía a aquel hombre como para estar viendo su futuro. Sentía su dolor, su miedo.

Y ahora, su vida corría peligro.

No podía quedarse quieta.

Tenía que advertirle.

Pero ¿cómo? ¿Cómo iba a presentarse en la fortaleza de los MacDougall diciendo que había visto su muerte en un sueño?

La tomarían por una loca. Peor aún, por una bruja. Y en aquellas tierras, las brujas no solían vivir para contarlo.

Se levantó, se vistió con prisa y bajó al salón de la posada. El aire olía a pan recién hecho y a leña, y la luz de las primeras horas del día entraba cálida por los ventanales.

En una mesa, junto al fuego, vio a Mathan que leía un pergamino, con el ceño fruncido y una jarra de cerveza a medio terminar. Cuando levantó la vista y la vio, sonrió.

—Buenos días, Harper. —Levantó el pergamino—. ¡Grandes noticias!

Ella trató de sonreír, aunque su mente seguía atrapada en la pesadilla.

—¿Noticias?

—El nuevo *laird* de los MacDougall hará una gran fiesta en la fortaleza. —Sus ojos brillaron—. Es la jura de lealtad de los clanes, una celebración de su ascenso. Todo el mundo está invitado.

Harper sintió un vuelco en el pecho.

—¿Has dicho jura de lealtad?

—Exacto. —Mathan asintió con entusiasmo—. Partiremos mañana. Habrá comida, música y baile durante tres días, y los hombres podrán ofrecer sus respetos al nuevo señor. ¿Vendrás con nosotros?

Durante un momento, Harper dudó. Cada parte de su ser le gritaba que aquello era una locura, pero su corazón sabía que no podía ignorar lo que había visto. Si su visión era cierta, ese día, en esa ceremonia, Dave moriría.

Apretó los puños con decisión.

—Sí —dijo al fin—. Sí, iré.

Harper se volvió hacia la ventana, mirando el horizonte cubierto por una neblina gris.

Fuera lo que fuese que el destino había tejido entre ella y el nuevo *laird*, ya no había marcha atrás, debía acudir junto él para impedir que su visión se hiciese realidad. Algo en ella le decía que debía ayudarlo. No podía dejarlo morir.

Capítulo 7

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El sol bañaba con una luz dorada los muros de piedra del castillo de Dunstaffnage, y el aire estaba impregnado de música, risas y el inconfundible aroma de la cebada y el pan recién horneado. Fuera de las murallas se había levantado un pequeño poblado improvisado: tiendas coloridas, puestos de comida humeante, toneles de cerveza, mesas repletas de carne asada y miel, y un bullicio constante que mezclaba las gaitas con los gritos de los niños correteando entre los clanes.

Los hombres participaban en los juegos de fuerza que siempre acompañaban las grandes celebraciones. Algunos medían su poder lanzando troncos de abeto —el tradicional *caber toss*—, otros competían en tirar de la cuerda, en lanzamiento de piedra o en carreras por el barranco. Cada victoria era recibida con vítores y jarras alzadas.

Dave avanzaba entre la multitud acompañado de Bryson, saludando a su gente, aceptando los apretones de manos, los golpes

amistosos en el hombro y los murmullos de condolencia. Todos reconocían su porte, su mirada serena y la autoridad que emanaba sin esfuerzo. Aun así, aquel día, bajo el ruido de la fiesta, pesaba la pérdida del antiguo *laird.*

—*Laird* MacDougall —lo saludó un anciano con una reverencia torpe—, vuestro padre fue un buen hombre.

—Y un gran líder —añadió otro, con voz ronca por el *whisky*—. Que el cielo lo guarde.

Dave asintió en silencio, agradecido, pero sin hallar las palabras. Bryson, siempre más hablador, se encargaba de responder por él con alguna broma o gesto de cortesía.

Ya casi habían llegado a la entrada del castillo cuando un grupo de jinetes apareció en la distancia. El estandarte con el ciervo plateado ondeaba en el aire. Dave lo reconoció de inmediato, eran los MacDougall del norte.

Su pecho se tensó.

Los hombres desmontaron con elegancia, y al frente de ellos se encontraba Cameron MacDougall, hermano menor de su padre. Su rostro, curtido por el viento y los años, se contrajo en cuanto lo vio. Caminó hacia él, y sin decir palabra lo abrazó con fuerza.

—Siento mucho lo de tu padre, Dave —aseguró con voz quebrada—. Mi hermano era el mejor hombre que he conocido.

—Gracias, tío —respondió Dave, intentando mantener la compostura—. Fue tan repentino… te escribí en cuanto ocurrió.

—Y vine tan pronto como pude —dijo Cameron, tratando de mantener sus emociones a raya—. No podía creerlo.

Tras él, su hijo Finn dio un paso al frente, sonriendo con esa mezcla de solemnidad y orgullo que tanto irritaba a Bryson.

—Primo —dijo, inclinando la cabeza—. Lamento lo de tu padre.

Dave asintió en silencio.

—Sobrino, llévame a su tumba —pidió Cameron con voz grave—. Quisiera presentar mis respetos de inmediato.

Los acompañó a través de los jardines, hasta la pequeña colina donde descansaba el *laird* fallecido. El viento movía la hierba alta, y sobre la lápida recién colocada brillaban las runas grabadas

con su nombre.
Cameron se quedó allí, de pie, sin hablar, mientras el resto guardaba distancia para darle intimidad.

A unos metros, los tres primos se apartaron hacia un claro.

—¿Cómo están tus hermanas? —preguntó Finn, cruzándose de brazos.

—Tristes —respondió Dave—, pero lo superarán.

—¿Qué edad tienen ya?

—Once años.

Finn asintió lentamente.

—Entonces deberías casarte cuanto antes, primo. Las niñas necesitan una madre, y esta fortaleza una mujer que la gobierne. Sé que tu madre no ha mejorado.

Dave lo miró con frialdad.
Antes de que hablara, Bryson intervino con tono cortante:

—Aquí las cosas siempre han marchado bien sin el mandato de una mujer. Las niñas tienen a la misma nana desde que nacieron. Dave se casará cuando lo vea conveniente.

Finn levantó las manos, fingiendo inocencia.

—Tranquilo, primo. Solo digo que un líder estable siempre inspira confianza. Mírame a mí, ya tengo tres hijos varones.

Bryson soltó una risa breve, seca.

—Sí, pero tú nunca liderarás un clan.

Finn sonrió con fastidio.

—Lo sé, querido primo. Y tampoco lo deseo. Soy feliz con lo que tengo.

Bryson lo observó con recelo. Nunca había confiado en Finn, lo consideraba ambicioso e inconformista.

Dave, cansado de las tensiones, inspiró hondo.

—Si me disculpáis, iré a hablar con unos arrendatarios. —Se giró hacia Bryson—. Llévalos dentro, atiende bien a nuestra familia. Han viajado desde lejos, y necesitan descansar.

Bryce asintió con una sonrisa tensa mientras se alejaba junto a Finn, en busca de su tío que todavía estaba junto a la tumba del *laird*.

Dave regresó con su pueblo. El bullicio de la celebración lo envolvía todo. Las gaitas sonaban con fuerza, los niños corrían entre los puestos, y las voces de los hombres se mezclaban con el aroma a carne asada y cerveza. Caminaba distraído, intentando responder con una sonrisa a quienes lo felicitaban, cuando algo —un destello, un reflejo del sol—, lo obligó a detenerse.

Entre la multitud, como si el propio cielo la hubiese puesto allí, la vio iluminada por la luz del atardecer.

Harper se movía entre los puestos de comida con paso curioso, casi tímido. Su cabello oscuro caía suelto sobre los hombros, reflejando tonos rojizos que parecían arder al contacto con el sol. Llevaba un vestido sencillo, pero en ella nada resultaba simple.
Su sola presencia, tan inesperada, le golpeó el pecho con la fuerza de un martillo.

Dave se detuvo sin poder apartar la vista. Por un instante creyó que el vino y la emoción del día lo hacían delirar. Pero cuando ella giró el rostro y sus miradas se cruzaron**,** el mundo se redujo a ese instante.

El murmullo del clan se desvaneció. Solo quedó ella.

Sin pensarlo, caminó hacia allí.

—Pensé que no volvería a verte —dijo con voz grave, casi en un susurro en cuanto estuvo a solo unos pasos de ella.

—Yo tampoco creí volver a verte —respondió—, pero aquí estoy.

Él la miró en silencio. Las palabras le resultaban inútiles. Quiso decirle que había soñado con ella, que su recuerdo lo había perseguido en cada rincón del bosque y en cada sorbo de *whisky.* Pero solo pudo observarla, beberla con los ojos, grabar en su memoria el temblor de sus labios, el brillo de su piel.

Dios, cómo la había deseado sin saberlo.

—¿Has venido sola? —preguntó al fin, con voz ronca.

—No. He venido con Mathan, el posadero, y algunos del pueblo. —Dudó unos segundos antes de añadir, bajando la mirada—. Necesitaba verte.

Aquellas palabras fueron un puñal y un bálsamo a la vez.

Dave sintió que el aire se le escapaba del pecho. Ninguna mujer había pronunciado algo que lo desarmara así.

Sin pensarlo, dio un paso hacia ella.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Tengo que hablar contigo. En privado. Es… importante.

El tono de su voz lo sacó de su ensoñación. Había algo de miedo en sus ojos, de urgencia.

Él asintió con gravedad.

—Ven conmigo.

Comenzó a avanzar entre el gentío, abriéndose paso entre hombres ebrios y niños correteando. El ruido de las gaitas era ensordecedor, y en un instante, Dave tomó la mano de Harper para guiarla tras él.

El contacto fue un estallido. La piel contra la piel era suave, cálida.

Entonces Harper se detuvo como si el mundo hubiera dejado de girar, y un torbellino de imágenes la invadió de forma abrupta. Estaba teniendo una de sus visiones.

Ella y Dave, entre sábanas revueltas, el fuego iluminando sus cuerpos, sus labios encontrándose con la urgencia de dos almas destinadas. Sintió el roce de su barba en su cuello, su respiración acelerada, y el calor de sus cuerpos enredados.

El deseo era tan real que la estremeció.

Dave se giró alarmado.

—Harper, ¿qué te ocurre?

Ella parpadeó, aturdida, con el rubor encendido en las mejillas.

—Nada… —mintió—. Estoy bien.

Pero no lo estaba.

Aún sentía su respiración en la piel, aunque todo hubiese sido una visión. Aunque no supiera si era un presagio o un deseo.

Dave le sostuvo la mirada unos segundos más, intentando descifrarla, antes de apartar un mechón de su rostro con ternura.

—Ven —dijo en voz baja—. Ya casi llegamos.

El gentío quedó atrás. Subieron por el pasillo de piedra de la fortaleza hasta llegar al despacho.

El silencio del lugar contrastaba con el bullicio del exterior.

Dave se volvió hacia ella, y

Harper respiró hondo. Sentía el corazón golpearle el pecho. No sabía por dónde comenzar a explicarle su visita. ¿La tomaría por loca?

Dave al ver que no hablaba se acercó a ella con cautela y agarró una de sus manos entre las suyas.

—¿Te encuentras bien? ¿Te ha pasado algo Harper? Si puedo ayudarte no dudes en decírmelo.

Ella suspiró, mientras su contacto le inspiraba la confianza que parecía haber perdido por el camino.

—Es complicado Dave. Y no sé por dónde empezar…

—Por el principio. —Dave tiró de ella y la hizo sentar en un sillón, después se sentó él, a su lado—. Te escucho.

Estaban tan cerca que por un momento Harper olvidó lo que realmente hacía allí.

—Yo… he estado soñando contigo, Dave. —Él abrió mucho los ojos, no se esperaba que ella también hubiese soñado con él—. En mis sueños tratan de matarte el día de la jura. Alguien se arrodillará ante ti y te quitará la vida con el mismo cuchillo con el que te jurará lealtad.

Él se quedó callado por unos segundos.

—Creo que tuviste un mal sueño, Harper, solo fue eso. Yo también he estado soñando contigo.

—No, Dave. —Tomó aire, pues lo que estaba a punto de confesar podría cambiarlo todo—. Puedo predecir el futuro. Es un don o una desgracia, según como se mire, pero veo cosas que después se cumplen.

—Pero, Harper, eso es imposible. ¿Es que acaso eres una *bana-bhuidseach*? —Él se levantó de golpe y la miró directamente a los ojos.

—No, claro que no. No soy una bruja. Solo una persona normal que tiene premoniciones. Solo quería advertirte. No deseo tu muerte.

—Nadie podría hacerme daño aquí, estoy rodeado de mi gente.

Dave comenzó a andar con nerviosismo por la estancia mientras su cabeza se llenaba de todo tipo de pensamientos.

—Entonces es eso. Me has embrujado. Ahora entiendo la obsesión que tengo contigo, las ganas constantes de besarte, por sentir tu piel, ese aroma a flores silvestres que me vuelve loco. —La señaló—. ¡Has sido tú! ¿verdad? Me has embrujado con tus artes.

—Yo no he embrujado a nadie. Ella se levantó también muy ofendida—. No debí de haber venido, pero al menos te he avisado. Este hombre que te traicionará llevará una piedra diferente a todas las demás incrustada en el emblema MacDougall. Es todo lo que puedo decirte. Siento haberte molestado.

Harper hizo ademán de marcharse, pero Dave la sujetó por el brazo.

—No te marcharás después de lo que me has dicho. Te quedarás aquí conmigo hasta después de la jura, si eso que me has contado es cierto, vas a tener que darme muchas explicaciones.

—¡No te debo nada!

—Por supuesto que sí. Ahora soy el *laird* de estas tierras y todo aquel que las regente me debe algo.

—¡Suéltame, maldito! —Harper fue a echar mano a su cinturón, pero Dave fue más rápido. Agarró su daga y la metió a su espalda, entre en cinto de cuero que sujetaba su *kilt* y su misma piel.

—Te quedarás aquí como invitada hasta que termine la jura. Después pensaré que hacer contigo.

—¿Estás loco? No puedes retenerme. —Harper lo empujó, pero apenas logró moverlo, era mucho más fuerte y corpulento que ella—. Al menos devuélveme la daga, es lo único que tengo de mi madre.

—Te la devolveré cuando lo vea conveniente.

Harper no daba crédito a la situación, no entendía el cambio brusco de Dave. ¿La encerraba por bruja? ¿Por intentar salvarle la vida?

—Acompáñame.

Tiró de ella y Harper se resistió todo lo que pudo, pero Dave harto de su resistencia, la cargó sobre su hombro como si se tratase

de un saco de grano.

—Me prometí a mí mismo que antes o después te atraparía —dijo mientras caminaba por el pasillo de la fortaleza en dirección a las habitaciones.

—¡Maldito zoquete! No me has atrapado, he sido yo la que he venido hasta a ti, pero en cuanto tenga la oportunidad me largaré.

Las palabras de Harper solo hicieron divertir más al guerrero. Le gustaba el carácter de aquella mujer. Era como una pequeña fierecilla enjaulada.

En cuanto llegó a la estancia, la lanzó contra el lecho y Harper se revolvió de inmediato para incorporarse. Lo miró con verdadero odio, si hubiese tenido su daga, ya habría intentado ensartarlo.

—¡Te arrepentirás de esto! —Dave sonrió.

Verla así, con el cabello revuelto, el rostro sonrojado y su pecho hinchándose y deshinchándose bajo el corpiño por su respiración agitada, le pareció la visión más hermosa y sensual que había contemplado hasta entonces.

Fue ahí cuando comprendió que no la retenía porque creyese que ella era una *bana-bhuidseach*, sino todo lo contrario. La encerraba porque la deseaba. La encerraba porque no quería volver a perderla.

Sabía que después de aquello lo odiaría, pero si conseguía pasar más tiempo con ella, quizá con el paso de los días, le daría una oportunidad. No era la primera vez que un *laird* secuestraba a la mujer que deseaba para casarse con ella. Desde luego no era ni el primero ni el último.

—Haré que te traigan algo de beber y de comer. Quiero que estés cómoda.

—¿Cómoda? ¡Me has secuestrado! —Harper miró a los lados, y como no divisó ningún objeto que lanzar, se quitó uno de sus zapatos y se lo tiró a la cabeza.

El guerrero se cubrió con uno de sus brazos, y después le sonrió con picardía.

—Admitiré que tienes una puntería excelente, Harper, pero no lo vuelvas a hacer o tendré que darte unos azotes.

Ella abrió mucho los ojos, y después gruñó muy enfadada.

El guerrero se inclinó con cierta burla en su pose antes de abandonar la habitación, y ella no pudo hacer otra cosa que maldecir a gritos a aquel hombre que la había encerrado.

Se vengaría de Dave, lo haría pagar por aquello. Si pensaba que podría retenerla allí en contra de su voluntad estaba muy equivocado.

Capítulo 8

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Harper estaba enloquecida, tanto como lo estaría una avispa atrapada en un tarro de cristal. La ansiedad le recorría el cuerpo como fuego líquido mientras iba de un extremo a otro de la habitación, con el corazón latiendo tan fuerte que casi podía sentirlo en la garganta.

La estancia en la que la había encerrado Dave era amplia y acogedora, con gruesas paredes de piedra cubiertas por tapices bordados en tonos rojizos y dorados. Los muebles eran de roble oscuro, y una cama grande, con dosel de lino marfil y colchas bordadas, ocupaba el centro de la estancia; junto a ella, un cofre tallado y una pequeña mesa. Las cortinas, pesadas y elegantes, estaban recogidas a los lados de un ventanal que daba al patio interior del castillo.

Harper se acercó al cristal. Afuera, el bullicio del festival continuaba: los aldeanos reían, y las gaitas continuaban sonando. Todo parecía tan vivo, y tan ajeno a la angustia que ella sentía. Se

apoyó en el alféizar con las manos temblorosas, preguntándose cómo diablos había acabado ahí, prisionera de su propia desesperación y de un destino que parecía burlarse de ella.

Un golpe en la puerta la hizo girar en seco.

—¿Sí? —preguntó, esforzándose por sonar serena.

La puerta se abrió y una joven sirvienta entró con una bandeja de plata. Traía pan caliente, un cuenco de estofado y una jarra de vino. Harper se tensó, tratando de pensar con rapidez. Detrás de la muchacha, en el pasillo, distinguió la silueta de un guerrero que parecía vigilar la entrada.

—Le han enviado esto, señorita —dijo la sirvienta con una sonrisa tímida antes de cerrar la puerta.

Harper asintió, intentando parecer tranquila. La muchacha dejó la bandeja sobre la mesa, y en cuanto se inclinó para acomodarla, actuó. Tomó uno de los candelabros de la estancia y, con un golpe certero, la dejó inconsciente. La joven cayó de inmediato sobre la alfombra.

—Lo siento… —susurró Harper con voz temblorosa, inclinándose sobre ella—. No tienes la culpa de nada.

Respiró hondo y miró hacia la puerta. Debía moverse rápido. La abrió con cautela, y el guerrero, un joven de cabello rubio y mandíbula cuadrada, la miró con extrañeza.

—¿Todo bien, señora? —preguntó, acercándose.

—¡Rápido! —dijo Harper, fingiendo agitación—. La muchacha se ha desmayado, no sé qué le ocurre.

El soldado entró sin dudarlo, inclinándose junto a la sirvienta para comprobar su pulso. Harper buscó con la mirada algo que pudiera usar, y no tardó en encontrarlo: una pesada figura de piedra que lucía sobre la repisa de la chimenea. La tomó con ambas manos y, antes de que el hombre pudiera girarse, lo golpeó en la sien. El cuerpo cayó de inmediato, sin un sonido más que el golpe seco de su armadura contra el suelo.

Harper lo observó unos segundos, con el pecho subiéndole y bajándole con rapidez. Dejó la pesada figura a un lado, se ajustó el chal y salió corriendo al pasillo.

El corazón le martilleaba el pecho mientras bajaba las escaleras. El murmullo de las voces, los pasos, los sonidos de celebración la envolvían, pero en su cabeza solo había una idea; huir.

A mitad del descenso, escuchó pasos acercándose desde el pasillo contiguo. Se irguió, tratando de adoptar la compostura de una invitada cualquiera, y rezó en silencio para que no fuera Dave.

El hombre dobló la esquina. Harper levantó la vista, y su respiración se detuvo. No lo conocía, pero algo en él le resultó familiar. Ese cabello oscuro, el porte arrogante, y la mirada fría de un depredador… Estaba segura de que lo había visto en algún lugar.

Se saludaron con un leve gesto de cabeza, simple cortesía, y siguieron su camino en direcciones opuestas. Pero cuando él pasó junto a ella, una punzada le atravesó el pecho. Lo reconoció. Era el hombre de su visión. El que mataba a Dave.

El terror la golpeó de lleno.

Aceleró el paso, bajando los últimos escalones con el corazón en la garganta. Los gritos resonaron desde arriba; alguien había encontrado los cuerpos.

—¡Buscadla! ¡La mujer, ha huido!

Maldijo en voz baja y echó a andar con rapidez por el pasillo de la planta baja. A cada paso, su mente era un torbellino. No sabía a dónde ir, pero debía ocultarse. Al oír pasos acercándose, giró bruscamente y empujó una puerta.

Harper cerró con un golpe suave y se apoyó sobre ella, con el corazón martilleándole el pecho. Necesitaba un respiro, unos segundos para pensar, para ordenar el caos que la consumía. Inspiró hondo, intentando calmar el temblor de sus manos, cuando un sonido leve la sobresaltó.

Un sollozo.

Alzó la vista de inmediato. La habitación era grande y luminosa, cálida a pesar del frío que dominaba los pasillos de piedra. Las paredes estaban decoradas con tapices florales y, en el centro, un amplio lecho cubierto con gruesas colchas. Sobre él, dos niñas de rostro angelical se acurrucaban. Una lloraba en silencio, con los hombros encogidos, mientras la otra la abrazaba con torpeza,

intentando consolarla. Ambas se sobresaltaron al notar la presencia de Harper.

—Hola… —dijo ella con voz suave, avanzando despacio—. Espero no molestar.

Las niñas la miraron con los ojos muy abiertos, como si temieran que fuera un fantasma. Harper, al observarlas, sintió un vuelco en el pecho: eran idénticas. Cabello rubio como el trigo bajo el sol, ojos verdes como los prados de primavera y mejillas salpicadas de pecas.

—¿Huyes de la ceremonia? —preguntó la que no lloraba, con un atisbo de picardía en la voz.

Harper esbozó una sonrisa. —Se puede decir que sí —respondió con un suspiro—. ¿Y tú? ¿Por qué llorabas?

La niña bajó la mirada. —No es nada… —murmuró, pero la voz se le quebró—. Hemos perdido a nuestro padre recientemente, y hoy que es el día de la jura de mi hermano, parece que el recuerdo de su muerte estuviese de nuevo presente.

Harper sintió que el suelo se le desvanecía bajo los pies.

—¿Sois las hijas del *laird* Sholto MacDougall? —preguntó con un hilo de voz.

La otra asintió con tristeza.

—Sí. Somos Annie y Bethany.

El corazón de Harper se encogió. Se acercó despacio, agachándose a su altura.

—Entonces no debéis llorar —les dijo con ternura—. Ahora tenéis que ser más valientes que nunca. Estoy segura de que vuestra madre os necesita.

Las niñas se miraron, y una de ellas murmuró con amargura:

—No conocemos casi a nuestra madre.

—Bethany, calla —susurró la otra, pero Harper ya había notado el dolor en sus voces.

—Podéis confiar en mí —les dijo suavemente—. Soy amiga de vuestro hermano Dave.

Las niñas alzaron la vista con un brillo esperanzado. Harper aprovechó ese momento para acercarse un poco más, posando una mano en el borde del lecho.

—Nuestra madre enfermó después de nuestro nacimiento —explicó Annie, bajando la mirada—. Desde entonces está confinada, en reposo. Solo la hemos visto dos veces en toda nuestra vida.

Harper sintió un nudo en la garganta. —Lo siento mucho, pequeñas —dijo con sinceridad—. Pero tenéis a vuestro hermano, y él os cuidará con todo su corazón.

—Solo tenemos a Dave, y ahora como va a ser el nuevo *laird* ya no tendrá tiempo para nosotras —dijo Bethany, con tristeza.

—Estoy segura de que vuestro hermano siempre sacará tiempo para vosotras.

El recuerdo de su visión la golpeó con fuerza: la imagen de Dave, de rodillas, atravesado por un cuchillo. Harper apretó los puños con impotencia. No podía permitir que ocurriera. Esas niñas se quedarían solas.

¿Por qué tuvo que entrar en esa habitación? De lo contrario ya estaría lo bastante lejos como para desaparecer, pero no, el destino siempre acababa jugando con ella. Era como si cada visión que tenía era un claro ejemplo de que debía hacer algo al respecto. Como si no pudiese escapar de ellas por más que quisiera.

De pronto, un sonido grave retumbó en el aire. Un cuerno. Largo, solemne, inconfundible.

Las niñas se sobresaltaron.

—Comienza la ceremonia de la jura de clanes —dijo Annie, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Harper se irguió de inmediato, con el corazón acelerado.

—Entonces no debo perdérmela —aseguró convencida de lo que iba a hacer.

—¿Volverás después? —preguntó Bethany, con una mezcla de timidez y esperanza—. ¿Nos contarás cómo ha sido la ceremonia?

Harper les sonrió, aunque en su interior solo había angustia.

—Claro —les prometió con dulzura—. Volveré.

Y sin mirar atrás, salió de la habitación, sabiendo que no podía fallarles.



Harper avanzaba por los pasillos con el corazón desbocado. El sonido de las voces resonaba a lo lejos, guiándola hacia el lugar donde se celebraba la ceremonia. Sin embargo, al pasar frente a la puerta del despacho de Dave, se detuvo en seco.

No podía presentarse ante el peligro con las manos desnudas, y pensó que podría encontrar algo con lo que defenderlo allí.

Empujó la puerta con cautela, asegurándose de que no hubiera nadie, y entró.

Sobre el escritorio reposaban varios documentos, una jarra de hidromiel a medio terminar y un par de candelabros encendidos que bañaban la sala con una luz cálida. Cerró la puerta tras ella, conteniendo la respiración mientras registraba los cajones. En el tercero, bajo un montón de papeles y mapas de las tierras del clan, encontró su daga. No podía creerlo.

Al tocarla, un estremecimiento le recorrió el cuerpo, y las palabras de su madre resonaron en su mente con una claridad sobrecogedora:

—Harper Talamh, mi hija indómita. En ti vive la fuerza y la furia de nuestra sangre. Esta daga no es para matar, sino para proteger. Recuerda que la violencia atrae violencia, y que tu mayor batalla será siempre contra ti misma.

Aquello no era una casualidad. Era el destino. Ella estaba allí para salvarlo.

Apretó la empuñadura con fuerza, la guardó entre el corpiño y salió del despacho decidida. El murmullo creciente de la multitud la guio hasta una gran sala de piedra abovedada, adornada con estandartes escarlata y dorados. Antorchas colgaban de las paredes, y el brillo del fuego iluminaba las caras expectantes de los presentes.

En el centro, sobre una tarima de madera, estaba Dave.

Por un momento, Harper olvidó respirar.

Llevaba su *kilt* tradicional, y el tartán verde y rojo, con el broche del clan MacDougall prendido en el hombro. Su camisa blanca de lino resaltaba el bronceado de su piel, y la faja de cuero marcaba la amplitud de sus hombros y el vigor de su pecho. Su cabello rojizo caía algo despeinado sobre la frente, y la barba espesa enmarcaba su mandíbula con una rudeza que solo realzaba su atractivo. Había nobleza en su porte, y tristeza en su mirada, pero también una fuerza que parecía capaz de sostener el mundo.

A su lado estaban Bryson, firme como una roca, y su tío Cameron, con el rostro solemne. Uno a cada lado, ambos representaban la continuidad de una estirpe que juraba seguir unida bajo su nuevo líder.

La sala estaba llena. Guerreros, aldeanos, esposas e hijos observaban con respeto. Uno a uno, los hombres se acercaban al estrado, arrodillándose ante Dave para jurarle fidelidad eterna, mostrando su cuchillo ceremonial como símbolo de su promesa.

Harper se deslizó entre la multitud, sin apartar los ojos de él. Su respiración era corta, su pulso una tormenta. Fue entonces cuando divisó al hombre de su visión.

El asesino.

Su turno se acercaba. El guerrero avanzó con aparente calma, inclinando la cabeza ante Dave. Sostenía su cuchillo con ambas

manos y murmuró las palabras del juramento. Dave asintió, emocionado.

Todo parecía normal. Hasta que Harper vio el brillo asesino en los ojos del hombre.

Su cuerpo actuó antes que su mente.

El atacante alzó la mano con rapidez, y en un segundo Harper saltó desde entre la multitud, embistiéndolo por la espalda. Su daga brilló a la luz de las antorchas mientras la presionaba contra el cuello del traidor.

—¡Suelta el arma o te mato aquí mismo! —gritó con voz firme, resonante, que acalló toda la sala.

Hubo gritos. Las mujeres se llevaron las manos a la boca. Los hombres se apartaron, sorprendidos.

El asesino, al sentir la hoja tan cerca de su garganta, dejó caer el cuchillo.

Dave se levantó de inmediato, sin poder creer lo que veía.

—¡No puedo creer que me hayas traicionado, Finn! —escupió con rabia

Un murmullo recorrió la sala como un viento helado. Cameron, al escuchar el nombre de su hijo, se quedó paralizado.

—¡Apresadlo! —ordenó Bryson con voz de trueno.

Varios guerreros corrieron a sujetar al traidor, inmovilizándolo en el suelo mientras Harper lo soltaba con cuidado, sin apartar la mirada.

—Llevadlo a una celda —dijo Dave, con la voz cargada de autoridad—. Después me encargaré de él. Ahora, la jura debe continuar.

El silencio volvió a caer.

Harper permanecía en pie, con el pecho agitado, aún sosteniendo la daga. Dave la miraba desde el estrado, con un brillo nuevo en los ojos. Algo entre asombro, gratitud, y deseo.

Bryson se adelantó, observándola con gesto serio.

—Señora —dijo con voz grave—, supongo que ha venido a jurar lealtad a nuestro *laird*. Por su destreza con el cuchillo, deduzco que es una guerrera.

Harper titubeó un instante. Miró a su alrededor, y se dio cuenta de que no podía huir de allí. No jurar ante un *laird* durante la ceremonia de jura era la muerte segura, incluso después de haberle salvado la vida. Dave la observaba sin apartar los ojos de ella, esperando su respuesta.

Ella asintió lentamente.

—Así es —susurró—. Juraré.

Entonces dio un paso al frente, se arrodilló sobre una rodilla ante él y, sosteniendo la daga con ambas manos, pronunció el juramento con voz firme y solemne:

—Ante Dios y la tierra que nos ampara, ante el viento que lleva nuestros nombres y la sangre que nos une, juro lealtad al clan MacDougall y a su *laird*, Dave, hijo de Sholto. Prometo proteger su vida con la mía, y mantener su honor aun cuando el mío sea puesto en duda.

El silencio fue absoluto.

Dave la miró, orgulloso, y complacido por aquello.

Se acercó hasta ella y le tendió la mano para que se levantara, después se volteó hacia Bryson y este le dio una copa la cual Dave le entregó a Harper. Harper bebió de ella, y automáticamente todo el clan se unió en un mismo grito de celebración, estaba hecho, le había jurado lealtad eterna.

Capítulo 9

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

La música y las risas llenaban el gran salón, donde las mesas rebosaban de platos humeantes, pan recién horneado y jarras de cerveza. Harper permanecía sentada a un extremo, tratando de pasar desapercibida mientras pellizcaba distraídamente un trozo de pan. No había probado bocado en todo el día, y el hambre le ganaba la batalla al nerviosismo.

—Harper —la voz grave a su espalda la hizo girarse de inmediato.

Dave estaba allí, a apenas un paso. Tenía los ojos fijos en ella, intensos, como si intentara descifrarla.

—Te prometo que eres todo un enigma para mí —dijo con media sonrisa.

Harper arqueó una ceja, llevándose otro pedazo de pan a la boca.

—¿Vienes a encerrarme? —replicó con fingida indiferencia.

—Ahora ya no es necesario —contestó él, ladeando la cabeza—. Me has jurado lealtad. Y acatarás mis órdenes sin rechistar.

Ella soltó una risa breve.

—Te he jurado lealtad, pero no obediencia. No soy uno de tus guerreros.

Dave la observó un instante, divertido, mientras sus labios se curvaban apenas.

—No, desde luego que no —aseguró—. Ninguno de mis hombres me desafía con esa mirada.

Antes de que Harper pudiera responder, una voz irrumpió entre ambos.

—Creo que no tengo el placer de conocer a esta joven —dijo Bryson, acercándose con una copa en la mano y una sonrisa traviesa.

—Es Harper Talamh —respondió Dave con un suspiro—. Nos conocimos en el bosque durante la caza.

Bryson alzó las cejas.

—No me digas que ella es la que te pateó…

Harper soltó una carcajada. Dave se tensó un poco, intentando mantener la compostura.

—Sí, fue ella —dijo con tono seco—. Así que dejemos el tema.

Bryson le dio una tregua a Dave, pero siguió preguntando:

—¿Y cómo supiste lo de Finn? ¿Cómo sabías que iba a atacar a Dave?

Dave cruzó los brazos y la miró con un brillo divertido.

—Sí, Harper, explícaselo. Quizá él lo comprenda mejor que yo.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sabía. Simplemente vi algo en su forma de moverse, en su mirada. Intuición. Actué antes de pensarlo —mintió.

Bryson la observó, intrigado, pero acabó asintiendo.

—Entonces te agradezco que salvaras la vida de mi primo.

Harper bajó la mirada, ligeramente sonrojada.

Dave dio un paso hacia ella, inclinándose apenas para que solo Harper lo oyera.

—Ven conmigo —susurró—. Deseo hablarte en privado. —Luego, alzando la voz, se volvió hacia su primo—: ¡Bryson, atiende a los invitados! Será fácil, la mayoría ya están borrachos, y la otra mitad demasiado ocupada comiendo.

Harper lo miró con exasperación, pero Dave la ignoró y extendió su brazo con un gesto de pura cortesía. Ella, tras un segundo de vacilación, lo tomó.



Dave cerró la puerta tras ellos y apoyó una mano en la madera, cortándole la retirada.

—Cada vez estoy más convencido de que eres una bruja, Harper —dijo con voz baja, grave, casi en un murmullo que parecía acariciar su piel—. Sabías lo que iba a pasar, incluso antes de que mi primo intentara atacarme.

Ella se irguió, conteniendo el temblor que le recorrió las manos.

—Te lo dije. Era una premonición. —Su mirada se clavó en la suya—. Veo cosas en mis sueños, y a veces las siento con solo tocar a alguien.

Dave soltó una risa seca, sin apartar los ojos de ella.

—Si eso no son cosas de bruja, que venga Dios y lo vea.

Harper dio un paso atrás, con su respiración acelerada.

—Está bien —dijo al fin, con la voz temblorosa pero firme—. Soy diferente, lo admito. ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Matarme por ello? ¿Denunciarme ante el rey?

Él la observó en silencio unos segundos que parecieron eternos. Luego se acercó, lento, con ese porte seguro que la desarmaba.

—No —respondió al fin, con una calma peligrosa—. No voy a hacer nada de eso.

—¿Entonces? —susurró ella.

—Ahora me has jurado lealtad, Harper Talamh. Y por ello te quedarás aquí. —Su voz se volvió un susurro ronco—. Serás mi consejera, me aprovecharé de tu don.

Entonces recordó a su madre. Ella fue la consejera del *laird* de los Campbell. No quería ser como ella, siempre escondida, siempre temiendo.

—¿Aprovecharte? —repitió, indignada—. ¡No! No pienso quedarme aquí para servirte como una maldita adivina. Yo no pedí esto, Dave. No pedí ver cosas que no quiero ver. Solo quiero marcharme, desaparecer entre la gente y vivir en paz.

—¿Y dejar que otro me apuñale por la espalda mientras duermo? —replicó él, dando un paso más, tan cerca que ella sintió el calor que desprendía su cuerpo—. No puedo permitirlo. No después de lo que hiciste hoy.

Harper apretó los puños.

—No soy tuya.

—No —susurró él, mirándola a los labios—. Pero me salvaste la vida, Harper. Y aunque no lo creas, también yo te salvaré a ti. Te salvaré de la soledad, del miedo, de seguir huyendo. Aquí estarás protegida.

Harper notó cómo el pecho le subía y le bajaba con fuerza, y como su corazón se apresuraba hasta desbocarse. Dave alzó una mano y, sin tocarla aún, la rozó con los dedos en el aire, como si temiera que se desvaneciera.

—No deberías mirarme así… —murmuró ella.

—¿Y cómo quieres que te mire, Harper? —respondió él con voz áspera—. Me has vuelto loco desde el primer día que te vi en el bosque.

El aire pareció estallar entre ambos. Dave la tomó del rostro, con firmeza, y la besó. No fue un beso suave, sino un choque de fuego y deseo reprimido por demasiado tiempo. Harper se resistió un instante, perdida entre el miedo y la atracción, pero el calor de su boca la desarmó por completo. Lo rodeó con los brazos y se dejó arrastrar, hundiéndose en ese beso como si el mundo entero se derrumbara a su alrededor.

Sus lenguas jugaron sin control mientras sus manos cobraban vida. Hubo jadeos, pequeños gruñidos e incluso suspiros demasiado profundos. El deseo entre ellos era imparable. Como una llama de fuego entre un montón de paja seca.

—No, no, no. Esto no es correcto. —Harper lo apartó con cuidado, aunque todavía estaba entre sus brazos—. Esto es peligroso.

—No me importa Harper, solo dime algo, ¿qué ves? ¿Qué ves cuando me tocas?

Dave cogió una de sus manos y se la colocó sobre el pecho.

Ella cerró los ojos y recordó la visión que tuvo con él. Sus besos, sus cuerpos desnudos entrelazados sobre el lecho…

—Un fuego que arde demasiado rápido, Dave.

Él la besó de nuevo y recorrió su espalda con sus manos, la apretó contra su cuerpo y se emborrachó con el calor que desprendía su ser. La deseaba, deseaba hacerla suya. Pero no era un ruin, era un señor. Un *laird,* y como tal no actuaría como un bárbaro.

Apenas se apartó de su boca.

—Nos casaremos Harper Talamh, nos casaremos de inmediato porque no pienso dejarte ir.

Ella lo miró con cierto miedo en el rostro.

—No. Yo no deseo el matrimonio.

—¿Desprecias a un *laird*?

—No desprecio a un *laird,* desprecio a un hombre. —Ella levantó el mentón, altiva.

Luchaba contra su deseo, contra su cuerpo. No podía casarse con él. Debía marcharse, lejos. No sería como su madre, eso nunca. Si cedía quedaría atrapada por siempre.

—¿Cómo puedes decir que me desprecias cuando tus labios me dicen lo contrario?

—La pasión no está ligada al raciocinio. Es solo un cuerpo reaccionando a otro.

Dave la miró estupefacto, ¿de dónde había salido aquella mujer? Era tan diferente a las que había conocido que lo tenía completamente fascinado.

—Haremos algo —habló casi sin pensar, llevado por la desesperación de perderla—. Te quedarás aquí solo el tiempo que tú desees. Cazarás para mí y te pagaré por ello el triple de lo que te paga ese posadero. Además, tendrás una habitación decente. —Le tendió una bolsa repleta de monedas que tenía anudada al cinto—. Pero a cambio, si tienes otra visión me la contarás de inmediato.

—¿Nada más? ¿Podré irme cuando quiera?

—Exacto.

Harper quería rechazar la oferta, era tan tentadora como lo era él. Sus ojos la tenían atrapada, y el sabor de sus labios todavía lo sentía en los suyos.

Cuando fue a contestar y decirle que se marcharía, Dave atrapó una de sus manos entre la suya, y sucedió. Una visión.

Las gemelas gritaban con desesperación, sujetas a la parte trasera de una carreta de madera medio desbalijada. Sus vestidos estaban salpicados de sangre, y en sus rostros podía ver la desesperación, el miedo. Alguien las había secuestrado.

Fueron segundos los que estuvo en trance, pero para ella fue eterno. Parpadeó un par de veces y regresó a la conversación.

—¿Estás bien? —quiso saber Dave—. Te has puesto pálida de repente.

—Me quedaré, Dave —contestó ignorando sus palabras—. Me quedaré por un tiempo, pero nada de matrimonio.

Dave sonrió satisfecho, y después asintió.

—Bien, nada de matrimonio.

«Por ahora», pensó. *«Pero, acabarás siendo mía. Voy a hacer que me ames».*

—Entonces tenemos un trato Harper Talamh. Tú me contarás las visiones que tengas sobre mi futuro o mi clan, y yo te protegeré. —Dave extendió su brazo, y ella lo aceptó.

—Tenemos un trato.

Capítulo 10

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Harper no dejaba de darle vueltas en la cabeza al pacto recién sellado. Caminaba junto a Alferd, el encargado del castillo, por un pasillo de piedra apenas iluminado por unas pocas antorchas que colgaban de las paredes. Había prometido contarle cualquier visión que lo involucrase, y ya había roto su palabra.

No podía hablarle de sus hermanas. Lo que había visto era confuso, una imagen fugaz. Hasta que no supiera más, hasta que no estuviera segura de que significaba, no se atrevería a decir nada.

Alferd se detuvo frente a una puerta de roble con herrajes labrados, y la abrió con una leve reverencia.

—Aquí es, señorita —anunció con su voz grave—. Esta será su habitación mientras permanezca en el castillo.

Harper cruzó el umbral y se detuvo, sorprendida.

El cuarto era grande, más de lo que había imaginado. Una alfombra tejida con esmero cubría el suelo, y un fuego vivo ardía en

la chimenea de piedra, llenando el aire con un calor acogedor. Una cama con dosel de terciopelo azul oscuro ocupaba el centro, y sobre la colcha reposaban almohadones bordados con el emblema del clan MacDougall. En una esquina, un arcón tallado esperaba con sus bisagras abiertas, y junto a la ventana, una mesa con una jarra de plata y un cuenco de agua reflejaban la luz del fuego.

—¿Está seguro de que es aquí? —preguntó Harper en un susurro, todavía perpleja.

Alferd la miró con desconcierto.

—Por supuesto, señorita. El *laird* ha ordenado que se le asigne la mejor estancia del ala norte. ¿Hay algún problema?

Ella negó con la cabeza, aunque su voz la traicionó.

—Es demasiado… —dijo, más para sí que para él.

Alferd sonrió con una cortesía antigua.

—Nada es demasiado para quien ha salvado la vida del *laird* —respondió con suavidad antes de inclinarse y retirarse—. Si necesita algo, solo llame.

Cuando la puerta se cerró, Harper recorrió la habitación con la mirada. Tocó la colcha, la madera pulida del tocador, y los cortinajes gruesos. Todo le resultaba ajeno, como si hubiera entrado en la vida de otra mujer.

No podía quedarse. No debía, ella no necesitaba tanto, se conformaba con el bosque, el río, y quizás con esfuerzo conseguiría una pequeña casa de madera al igual que en la que había crecido. Pero ya había aceptado el trato.

«Será temporal».

Suspiró, se llevó una mano al pecho y decidió salir antes de volverse loca.

En el patio del castillo el aire era frío y húmedo, cargado del olor a cerveza derramada y humo de hogueras. La celebración aún no había terminado. Algunos hombres cantaban, otros reían a carcajadas, y los más borrachos intentaban bailar torpemente. Harper caminó entre ellos, buscando a Mathan. Lo encontró cerca de los establos, sentado en un barril y con una jarra en la mano.

—Mathan —lo llamó con una sonrisa triste.

El hombre levantó la vista, sorprendido.

—¡Por todos los santos, Harper! Pensé que te habías marchado ya.

—No… —titubeó ella—. Me quedaré un tiempo. El *laird* me ha pedido que cace para el clan. Dice que, necesita mis servicios.

Mathan arqueó una ceja, divertido y algo resignado.

—Vaya, así que el *laird* en persona, ¿eh? Me parecía raro que te dejara ir tan fácil. —Dejó la jarra sobre el suelo y se puso en pie—. Será una pena no verte más por la posada, ya me había acostumbrado a tenerte cerca.

Harper sonrió, aunque sus ojos se humedecieron un poco.

—Te mandaré tus cosas con una doncella.

— No quiero causar molestias.

—Ninguna molestia —dijo él con tono cálido—. Y si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, por todo.

Mathan asintió y le sonrió con cariño.

Harper se alejó entre la multitud, que empezaba a dispersarse. Las gaitas sonaban más lejanas ahora, y el fuego de las antorchas teñía de ámbar las piedras del patio.

Un grupo de hombres borrachos la miró al pasar. Uno de ellos, con la barba enmarañada y el paso tambaleante, soltó una frase que la hizo detenerse en seco. Harper apretó la mandíbula, dispuesta a replicar, cuando una voz familiar interrumpió la tensión.

—Vamos, Harper —dijo Bryce, apareciendo entre la penumbra. Su tono era firme, pero amable—. He oído que vas a cazar para el clan. Ven, te enseñaré las caballerizas. No deberías andar sola por aquí a estas horas; eres una muchacha bonita, y los que quedan están demasiado borrachos para comportarse como caballeros.

Harper lo miró con un destello de orgullo en la mirada.

—Sé cuidarme sola, Bryson.

Él sonrió, ladeando la cabeza.

—No lo dudo, pero será mejor que no les des la oportunidad de comprobarlo.

Y, sin añadir más, la guio con paso tranquilo hacia el camino que conducía a las caballerizas, mientras la música de la fiesta se

perdía tras ellos.

En cuanto llegaron Bryson se apoyó contra uno de los pilares del pasillo, con los brazos cruzados y una expresión entre severa y curiosa.

—Te seré claro, Harper —dijo al fin, con una voz grave que resonó entre las paredes de piedra—. Espero que no hayas venido aquí a sembrar el caos.

Harper alzó la barbilla, aunque sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—Sé que mi primo te aprecia —continuó él, dando un paso hacia ella—. Todavía no entiendo por qué, sobre todo después de vuestro primer encuentro en el bosque. —Esbozó una sonrisa ladeada, apenas perceptible—. Eres bonita, eso es cierto, pero él ha estado con cientos de mujeres bonitas.

Su mirada se clavó en ella, inquisitiva, casi como si quisiera desentrañar lo que Dave veía en esa muchacha de cabellos despeinados y mirada de fuego.

—¿Qué es lo que quieres realmente? —preguntó con voz baja, casi en un desafío.

Harper frunció el ceño, dolida y desconcertada.

«*¿Qué insinúa?*».

—No deseo nada —replicó, conteniendo la furia en su tono—. Es su primo quien se empeña en retenerme aquí contra mi voluntad.

Bryson arqueó una ceja, escéptico.

—Ah, ¿sí?

—Sí —insistió ella—. No sé si lo sabe, pero me encerró en mis aposentos justo antes de la ceremonia.

Él la observó con una mezcla de sorpresa y cálculo, aunque su expresión permaneció serena.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó, sin apartar los ojos de ella.

Harper se sintió atrapada. No podía decirle la verdad, no podía confesar que Dave la había encerrado porque le había contado que había visto su muerte.

—¿Acaso eso importa? —preguntó evasiva.

Bryson soltó una risa seca, sin humor.

—Por lo visto sí. No es necesario que me lo cuente —dijo, dando un paso más hasta quedar a escasa distancia de ella—, pero sé que oculta cosas.

La miró fijamente, con una intensidad que la hizo tragar saliva.

—Dejaré algo claro, Harper Talamh. Soy la mano derecha de Dave, y mi deber es protegerlo. Haré lo que esté en mi mano para asegurarme de que nada ni nadie lo ponga en peligro.

Ella sostuvo su mirada, orgullosa, sin ceder terreno.

—Yo no le haría daño, si es eso lo que insinúa.

—Puede que no de forma consciente —replicó él, con una calma cortante—. Pero hay muchas formas de infligir dolor, y no todas dejan heridas visibles. Téngalo en cuenta.

Durante un instante, el silencio los envolvió. Se oía a lo lejos la risa de los hombres ebrios en el patio, el repiqueteo de una jarra al caer, el mugido distante de una vaca en el corral. Harper sintió que el aire del castillo pesaba más que nunca.

Bryson la miró un momento más, luego bajó la voz.

—Debería regresar a sus aposentos. No quedan mujeres de servicio por los alrededores, y no es seguro para una dama deambular entre tanto guerrero borracho.

Ella apretó los labios, pero no discutió.

—Lo tendré en cuenta.

Bryson asintió con leve inclinación, se dio media vuelta y se alejó con paso firme, con su capa oscura ondeando tras él. Harper lo siguió con la mirada hasta que la sombra lo devoró al final del pasillo.

Solo entonces se permitió respirar.

El corazón le latía con fuerza. ¿Qué era lo que deseaban los MacDougall de ella?

Harper caminó en silencio por el corredor hasta alcanzar una de las terrazas que daban al patio interior. El aire nocturno era frío, y olía a brezo y a humo de las hogueras que aún ardían en el exterior. Levantó la vista hacia el cielo, donde miles de estrellas titilaban como brasas suspendidas sobre las colinas.

Por un instante, el bullicio del castillo desapareció. Solo quedaron ella, el murmullo del viento y aquel cielo inmenso que parecía querer tragársela.

Apoyó las manos sobre el muro de piedra y buscó, entre los destellos, la estrella más brillante. La encontró enseguida, justo sobre la torre del norte.

—Ginevra… —susurró con la voz temblorosa.

Recordó la última noche que pasaron juntas, sentadas junto al río, con los pies descalzos sobre el agua helada. Ginevra, con su sonrisa dulce y sus ojos color miel, le había dicho mientras señalaba el firmamento:

«Cuando te sientas sola, mira esa estrella. No importa dónde estés, Harper, yo estaré mirando la misma.»

Harper sonrió con tristeza.

—Lo estoy haciendo, hermana —susurró a la nada mientras acariciaba la pulsera de hilo que le regaló su hermana y que pendía de su muñeca, —. Y ojalá pudieras decirme que todo va a salir bien.

El viento agitó sus cabellos, enredándolos alrededor de su rostro como una caricia invisible. Durante un instante, juró oír la risa de Ginevra entre las ráfagas, suave y lejana, como un eco de otro tiempo.

Se llevó una mano al pecho, justo donde guardaba la daga de su madre, y cerró los ojos por un instante.

Con un suspiro cansado, se apartó del muro y regresó a su alcoba. Estaba fría, apenas quedaban unas brasas en la chimenea, así que añadió unos cuantos palos, y después se sentó sobre el lecho. Se despojó de las botas y del resto de la ropa, se puso un camisón que había sobre las colchas, se tumbó, y dejó que la oscuridad la envolviera.

Capítulo 11

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Dave se encontraba en su despacho, de pie frente al fuego. Las llamas danzaban reflejándose en sus ojos, y la copa de *whisky* parecía temblar entre sus dedos. Aún no lograba asimilar la traición de su primo. Todo cuanto había construido junto a los suyos pendía ahora de un hilo.

La puerta se abrió de golpe. Cameron, su tío, irrumpió con el rostro desencajado y la voz quebrada por la desesperación.

—Me marcharé con él ahora mismo, Dave… pero no puedes matarlo. —Sus palabras fueron una súplica más que una orden.

Dave alzó la vista lentamente, dejando la copa sobre la mesa.

—Tu hijo me ha traicionado ante todo el clan. Si lo hubiese hecho en otro momento, quizá habría hallado indulgencia, pero lo hizo durante la ceremonia de jura. Es la peor deshonra que puede sufrir un *laird*. No puedo liberarlo después de eso.

—¡Pero es tu sangre! —gritó Cameron, dando un paso al frente.

—Y yo también lo soy —replicó Dave con voz grave—. Y, aun así, ha intentado matarme.

Cameron negó con fuerza, con los ojos empañados.

—Es joven e impulsivo, no comprende lo que hace.

—Tal vez lo comprende demasiado bien —dijo Dave, acercándose—. Si me mata, tú ocuparás mi lugar, y después lo hará él.

El silencio cayó como una piedra entre ambos. Cameron lo miró horrorizado.

—¿Insinúas que yo tuve algo que ver con esto?

—No lo insinúo, tío. Es lo que parece. —Su tono fue sereno, pero había acero en cada palabra.

En ese instante, Bryson entró en el despacho, percibiendo la tensión, pero ambos continuaron con su conversación.

Cameron se giró hacia Dave, furioso.

—No dejaré que lo mates. ¡Lucharé si es necesario!

Dave se irguió, y lo miró con aplomo.

—Entonces a partir de ahora seremos enemigos.

Cameron contuvo un temblor y, sin responder, salió del despacho, golpeando la puerta al cerrar.

Dave tomó la copa de su escritorio y se la llevó a los labios, bebiendo de un trago el resto del *whisky.*

—¿Doblamos los refuerzos? —preguntó Bryson con cautela—. Estoy seguro de que intentará sacarlo del calabozo por la fuerza.

Dave lo miró fijo, con su voz más cansada que dura.

—No. Lo dejaremos hacerlo.

Bryson lo observó, incrédulo.

—¿Por qué?

—Porque son nuestra sangre, Bryson. ¡Nos criamos con ellos! —Dejó la copa sobre la mesa, con un golpe seco—. Y porque mi padre acaba de morir. No ensuciaré su memoria con más sangre familiar.

Se volvió hacia la ventana, mirando el cielo oscuro de las Highlands.

—Les permitiremos marcharse. Pero no podrán regresar jamás. A partir de mañana serán enemigos del clan, y todo el pueblo lo sabrá.

Bryson asintió despacio.

—Eso te hará parecer débil ante algunos.

Dave giró la cabeza y sonrió sin humor.

—Entonces quien ose poner en duda mi fortaleza, será ensartado en una pica ante todos.

Las llamas rugieron detrás de él, como si la propia fortaleza aprobara sus palabras.



La noche había calado en los muros de la fortaleza con la misma paciencia del mar contra las rocas. Harper despertó con un sobresalto, y con el corazón martillándole en las costillas, todavía aturdida por la extrañeza de aquella habitación amplia y perfumada

con cera. Un lamento largo y quebrado le había arrancado del sueño, un sollozo como de mujer que venía desde algún recodo del castillo y se negaba a apagarse.

Se incorporó sin pensar, con los pies desnudos buscando la madera fría del suelo. A tientas encontró leños secos y avivó la chimenea; pronto la estancia cobró vida, la oscuridad retrocedió y el aire se templó. Se asomó a la ventana: la noche era densa, sin luna, y el patio dormía bajo un manto oscuro. Pensó que quizá todo había sido un sueño; sin embargo, al acomodarse para volver a la cama, el lamento se escuchó de nuevo, pero esta vez más cerca. Era una mujer que lloraba, estaba segura, y la plegaria de su pena tiraba de Harper como una cuerda.

Se enfundó una bata, se calzó las botas, y salió al pasillo con pasos cautelosos. El castillo dormía a medias, pues los guardias que custodiaban las noches recorrían el lugar guardando la seguridad de la fortaleza.

Harper siguió el sonido por instinto, bajó las escaleras, giró a la derecha, luego a la izquierda, hasta que una luz, tímida, se derramaba por debajo de la puerta del despacho del *laird.*

Empujó y entró. Él estaba a la ventana, inmóvil, recortado contra la noche como una estatua de hombre hecho de viento y recuerdo. Al volverse, sus ojos encontraron los de ella y por un instante ambos se quedaron sin aliento ante la sorpresa. Harper estaba pálida, con la bata ceñida al cuerpo, y el pelo aún revuelto por la almohada.

—¿Estás bien? —preguntó él con voz grave, sin artificio.

—No puedo dormir —respondió ella sin ocultar la inquietud—. He oído un lamento, un llanto que me ha despertado.

Dave la miró, con la frente fruncida.

—Será el viento —dijo—. Aquí arriba el aire entra por cualquier rendija. Pasan las rachas y traen consigo sus propias voces. Pero dime, ¿qué oíste exactamente?

Ella se acercó.

—Una mujer —musitó Harper—. Lloraba como si la torturasen.

—Puede que sea una de tus premoniciones.

—No lo era. Sé bien lo que es una premonición, Dave.

Se hizo entre los dos el silencio.

—No vas a contármelo, ¿verdad? —Harper lo miró con intensidad. Como si tratara de leer cada uno de sus gestos.

—No oculto nada Harper. Quizá podrías comprobarlo por ti misma. —Él le tendió la mano—. ¿Qué ves?

—No es tan sencillo —respondió mientras la sujetaba entre las suyas—. No lo controlo bien.

—¿Se puede dominar? —quiso saber, con la curiosidad prendida como una chispa.

Ella negó con la cabeza, pero sus ojos tenían memoria.

—Mi madre lo hacía —confesó Harper en un momento de debilidad, después soltó su mano y caminó con nerviosismo por el lugar—. Lo controlaba, lo guiaba. Yo lo tengo, Dave. Lo heredé. Mi madre me enseñó a reconocerlo, pero no a controlarlo.

Hubo una pausa larga, en la que la verdad se acomodó entre ellos como una pieza alta en un tablero de ajedrez.

—¿Y dónde está ahora tu madre? —preguntó él, con la voz que se vuelve íntima cuando la curiosidad es sincera.

—Ella murió hace poco.

—Lo siento mucho —dijo de corazón—. ¿Y tu padre? ¿No tienes hermanos?

—Nunca he conocido a mi padre. Madre nunca nos contó quien era. Jamás nos habló de él. De hecho, ni siquiera teníamos un apellido, nos dio este el mismo día en el que murió. —A Harper se le inundaron los ojos de lágrimas, pero eran de rabia.

Su madre nunca había sido del todo sincera con ellas. Jamás les había hablado de su padre, ni siquiera les había dado una pista para saber de quién se trataba.

—Pero, tu madre tendría un apellido, ¿no?

—Tampoco lo sé. Si lo tenía nunca nos lo dijo. Cualquier cosa que le preguntásemos, la omitía. Decía que era para protegernos a mí y a mis hermanas.

—Así que tienes hermanas.

—Tengo dos —contestó Harper—. Sólo las tengo a ellas. Tuvimos que separarnos cuando murió nuestra madre. Ella dijo que

era lo mejor. Juntas llamábamos más la atención, la gente podría darse cuenta de que somos diferentes.

Dave la oyó y algo en su rostro se conmovió. Aquellas palabras resonaban en él de un modo que no esperaba.

Hablaron de la cabaña apartada donde crecieron; hablaron de la vergüenza y del don, de la culpa y de la supervivencia. Harper confesó que a veces la rabia la visitaba, que había noches en las que odiaba esa protección que terminó por convertirlas en fantasmas. Odiaba a su madre por ello.

—No te reprocho nada —dijo Dave, con una ternura que venía de lo más hondo—. Nadie elige nacer con lo que le toca.

Ella apoyó la frente en la fría ventanilla. Por un momento la paz pareció posible, una tregua entre el ruido del mundo y la verdad de las almas.

Fue entonces cuando un cuerno, agudo y urgente, desgarró la noche. Dave corrió a la ventana; desde allí la visión se abrió con la violencia de un golpe: una carreta que cruzaba el patio a toda prisa, caballos jadeantes, hombres ataviados con prisas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Harper sobresaltada sin apartar la vista de la ventana.

—Mi primo huye —contestó, observando a la carreta alejarse por el camino—. Cameron y su hijo se marchan.

Harper se volteó para mirarlo.

—¿Los dejarás ir?

Dave asintió, con seriedad.

—Los dejaré marchar, pero solo porque una vez fuimos familia. No deseo matar a mi primo, Harper. Y mi padre tampoco lo hubiese querido.

Harper comprendió la magnitud del gesto y, respetó la decisión que nacía de la fidelidad de un hombre a lo que quedaba de su padre. Era admirable.

—Eres una buena persona Dave MacDougall —movida por un impulso acarició su mejilla—, y eso es algo que no se puede fingir.

Él cerró los ojos por un instante, empapándose del calor de su mano.

—Hay muchas cosas que no se pueden fingir, Harper.

Ella levantó el rostro para poder mirarlo a los ojos, su altura era imponente, pero más lo eran sus iris marrones que parecían contener la calidez de los bosques de escocia.

Sus cuerpos se movieron por inercia, de una forma tan natural que apenas se dieron cuenta de lo pegados que quedaron el uno al otro. Cuando sus bocas se encontraron una sensación vertiginosa los recorrió por dentro.

Harper, sintiendo perder el control, no pudo evitar enredar sus dedos en su pelo rojo. Tiró de él y lo pegó todavía más a su boca. Sus lenguas bailaron, se degustaron, y se reconocieron de inmediato. Como si una ya formara parte de la otra.

—Oh, Harper. Te deseo tanto —Dave rodeó su cintura con sus manos.

Era tan pequeña que podía abarcarla al completo. Deslizó una mano hacia su trasero, y lo estrujó como si se tratase de un melocotón maduro. Era firme y redondeado, tan deseable que pronto sintió como su grandeza crecía bajo su *kilt*.

—Dime que tú también me deseas y no me detendré, mujer.

Harper se apartó unos centímetros para poder mirarlo al rostro. Sus ojos no mentían. La deseaba tanto como ella lo deseaba a él.

«¿Pero es lo correcto?». Se preguntó.

«Al demonio con lo correcto».

Siempre temiendo a las consecuencias. Siempre pensando en qué será lo que pase después.

No temería más, no se anticiparía. Dejaría que las cosas fluyesen a su tiempo, y allí, en ese momento lo deseaba a él con todas sus fuerzas, aunque mañana se arrepintiese.

—Yo también te deseo Dave MacDougall, te deseo como nunca he deseado a nadie.

Las palabras de Harper fueron suficientes para el guerrero. Con ímpetu la levantó por la cintura y ella enredó las piernas en sus caderas. Se besaron con pasión, con lujuria. Dave caminó hasta su escritorio, donde sin ninguna delicadeza retiró con una mano todas las cosas que había sobre él y cayeron al suelo creando un gran estruendo. Sentó a Harper sobre la tabla, y esta se acomodó la tela

de sus ropas subiéndolas sobre sus muslos. La imagen de sus piernas perfectas y definidas casi le hizo perder el aliento.

Besó su cuello, y descendió por su escote, embriagándose de la calidez de su piel. Todo en ella estaba hecho para tentarlo, para torturarlo. Desató la cuerda de su bata, y deshizo las cintas de su camisón, dejando que la prenda se deslizara por sus hombros liberando así sus pechos.

Dave pensó que eran perfectos, sonrosados y erguidos, pequeños, pero repletos. No se resistió, los devoró con una intensidad que a Harper le pareció que si no hubiese estado sentada las piernas le habrían fallado.

Un calor sofocante despertó en su centro, un calor palpitante que clamaba por atención, y que le hizo escapar un jadeo. Dave consciente de lo que despertaba en ella, no dudó en introducir su mano entre sus faldas.

En cuanto alcanzó su humedad, Harper se detuvo en seco y lo miró con los ojos muy abiertos. Aquello era nuevo, no sabía que debía hacer.

—¿Estás bien, *mo ghràdh?*

Harper asintió aferrada a su cuello.

Dave, conciente de su falta de experiencia, acarició con cuidado en centro de su placer, mientras ella mordía su labio inferior y su respiración se desacompasaba.

La sintió humedecerse todavía más, y entonces introdujo un dedo. Harper jadeó sumergida en esa nueva sensación que hacía que todo su cuerpo ardiese por dentro.

—¿Y qué tal ahora? Mucho mejor, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa pícara en el rostro.

Sin cesar en sus movimientos, Dave acercó la boca a su oído, y con voz ronca le dijo:

—Pues esto solo es el principio, *mo ghràdh,* voy a hacerte besar el cielo.

Harper sintió su corazón martillear en su pecho, descontrolado.

«¿Besar el cielo? ¿Es que acaso aquello ya no era el cielo? ¿Había más?».

Dave se agachó entre sus piernas, y en un movimiento brusco, levantó las faldas de Harper hasta sus caderas, después tiró de su cintura, y la desplazó hasta el borde de la mesa, dejando su sexo expuesto ante él.

El instinto de Harper, fue cerrar las piernas al verse tan vulnerable, pero Dave se lo impidió sujetándola por las rodillas.

La miró a los ojos, y negó con la cabeza antes de sumergirse entre sus muslos.

Lo que vino después fue casi indescriptible para Harper. El fuego, la humedad, la sensación ardiente que le quemaba hasta las entrañas. Sus pezones se endurecieron, todo su cuerpo se estremeció, y se vio aferrandose al borde de la mesa mientras su cuerpo se arqueaba de forma involuntaria. Jadeó, y tiró del pelo de Dave, tratando de que el calor que emanaba de la boca del guerrero no se despegara de ella. Era maravilloso, y se vio deseando que aquello fuese eterno.

Dave lamió cada pliegue, ahondó en su cavidad con su lengua, y trazó círculos sobre su sexo abultado. Era exquisita, la tentación personificada. La sintió temblar, e intuyó que estaba cerca, así que introdujo un dedo y siguió lamiendo y succionando su sexo sin tregua.

Para Harper aquello fue una deliciosa tortura. Nunca imaginó poder sentir tal placer. Su cuerpo ya no le pertenecía. Actuaba por voluntad propia. Se había rendido por completo a las caricias sin censura que le otorgaba el guerrero. Entonces sintió algo demoledor; una explosión palpitande y devastadora que la dejó sin aliento. Su cuerpo convulsionó, y un jadeo profundo salió involuntario de lo más adentro de su ser. Se quedó quieta unos segundos, en los que trató de asimilar qué era lo que había pasado.

Dave se incorporó y la atrapó entre sus brazos conciente de su respiración agitada.

—Te dije que te haría besar el cielo, *mo ghràdh.*

—Y creo que así ha sido —confesó ella entre risas, una vez que se recompuso.

—No creas que esto ha acabado aquí —le advirtió, antes de cargarla en volandas—. No sabes las ganas que tenía de tenerte así, entre mis brazos.

Caminó con ella hasta el lecho, y la depositó sobre él con cuidado, después la ayudó a despojarse del resto de su ropa. Ella se cubrió el pecho con las manos, mientras se sonrojaba.

—No lo hagas, *mo ghràdh.* No te cubras delante de mí. Eres hermosa. Un pecado bajado del cielo para torturarme.

Aquello lo dijo de pie junto al lecho, sin dejar de mirarla a los ojos, y mientras se quitaba la camisa.

Harper sonrió por sus palabras, y retiró las manos que cubrian su desnudez. Observó el torso del guerrero. Era fuerte, de hombros anchos y definidos, y con unos pectorales marcados, apenas cubiertos por una fina capa de pelo también rojiza.

Se quitó el cinturón de cuero que sujetaba su *kilt*, y la prenda cayó al suelo dejando al fin su cuerpo libre de coberturas.

Harper abrió mucho los ojos, era la primera vez que veia un hombre desnudo, y le pareció fascinante.

Dave se acomodó junto a ella, y acarició su pelo con ternura. Después la besó, y recorrió su cuello con su lengua. Degustó sus pechos, los masajeó y los lamió con entrega tomándose todo el tiempo del mundo. Quería disfrutarla, saborearla, hacer que aquel momento fuese eterno para ambos.

Ella acarició su torso desnudo, despacio, explorando por primera vez a aquel hombre que tenía delante. Tocó cada pedazo de piel a su alcance, y cuando llegó a la línea de vello que la separaba de su grandeza, se detuvo dudosa.

Él, consciente de su nerviosismo, agarró su mano, y con delicadeza se la colocó sobre su miembro erecto.

Harper se dejó guiar. Envolvió con la mano su miembro y lo masajeó de arriba abajo con cuidado. Era suave, cálida, y húmeda.

La respiración del guerrero se agitaba con cada uno de sus movimientos, y se sintió poderosa. Capaz de hacer cualquier cosa. Se sentía cómoda.

—¿Crees que yo también podría...? —No terminó la frase, no sabía como plantear sus inquietudes.

—¿A que te refieres, *mo ghràdh?* —preguntó él con las pupilas completamente dilatadas.

—Bueno... que si yo también podría besarte ahí. —Desvió la mirada hasta su miembro y Dave creyó que explotaría allí mismo.

—Podrías, pero estoy seguro de que me volvería loco, Harper. No sé si lograría contenerme.

Harper no sabía a qué se referia.

—¿Qué quieres decir con contenerte? —Dave pensó que era la inocencia personificada.

Y se puso tan extremadamente duro que comenzó a dolerle.

—Todo eso tendra que ser en otro momento, Harper. Ahora deseo que disfrutes tú. Quiero hacer que está noche sea inolvidable para ti.

Dave buscó su centro, y comenzó a acariciarla mientras la besaba. Introdujo un dedo, luego otro, y cuando ya la sintió preparada, se colocó sobre ella.

La acarició con su miembro, y ella no pudo evitar jadear.

—Puede que te moleste un poco.

—No me importa, Dave. Quiero que lo hagas.

Dave no esperó, la penetró con cuidado, pero con firmeza. Sintió su barrera romperse, y como su cuerpo se tensaba. La besó con ternura, y le susurró palabras de amor al oído. Se movió con cuidado al principio, y poco a poco se intensificó en sus movimientos. Ella aferró sus piernas a su cintura, y arqueó su cuerpo deseando que aquello no cesase. Lo que sentía era demoledor. Un placer ardiente que le robaba prácticamente todo el aliento.

Pronunció su nombre entre jadeos, tiró de su pelo, y se abrió para él. Lo deseaba, deseaba que aquello no acabase. Sintió de nuevo aquella sensación; aquel vértigo que la recorría desde la coronilla hasta su bajo vientre, y que la hacía perder la cordura. Cada una de las embestidas del guerrero la acercaban más a él. Entonces se dejó ir, y su cuerpo convulsionó sin que ella pudiese hacer nada. Clavó sus uñas en la espalda del guerrero, y gritó su nombre alto y claro como si se tratase de un juramento.

Dave no lo soportó más. Se derramó en ella y se dejó arrastrar por su calidez, por su sensualidad.

Después se acomodó a su lado, y con cariño acarició la suave piel de su vientre. Harper miraba al techo con la mente en blanco, tratando de asimilar todo lo que había sucedido.

—¿Estás bien, pequeña? ¿Te he hecho daño?

Ella se volteó para mirarlo y le sonrió con cariño.

—¿Esto es así siempre?

—Cada vez es mejor. La práctica hace al maestro.

Harper rodó por el lecho, y se colocó sobre Dave.

—Quiero volver a hacerlo. Ha sido... maravilloso.

Dave no pudo evitar reír.

—¿Qué voy a hacer contigo, Harper? —Dave la sujetó por la nuca con cuidado y la besó con intensidad, después la miró de nuevo a los ojos, aquellos ojos azules que lo tenían completamente fascinado—. Cásate conmigo. Sé mi esposa.

Ella guardó silencio unos segundos y sus ojos se llenaron de brillo.

—No puedo —su voz era apenas un susurro.

—Claro que puedes, Harper. ¿Es que no me amas?

Ella se sentó en el lecho y se tapó con la sábana.

—No sé si lo que siento es amor, Dave. Solo estoy viviendo el momento. No quiero quedarme atrapada como mi madre.

—¿Tu madre? ¿Qué le pasó?

—Ella servía al clan Campbell. La desterraron al exilio por sus dones, y por eso nos apartó también a nosotras.

—¿Por qué no se marchó? ¿Por qué no empezó de nuevo en otro lugar?

—No lo sé, supongo que cuando tuvo a mi hermana mayor ya le resultó más difícil. Al menos allí teníamos la protección del *laird*. Nunca nos faltó comida ni techo, pero era muy solitario.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo, Harper?

—Que no quiero acabar exiliada de nuevo, Dave. Tú eres un *laird* y yo no soy nadie. Tú deseas mis premoniciones y, cuando la gente hable de ello, porque hablarán —esto no es algo que se pueda

ocultar para siempre, va en mi naturaleza—, acabarás por exiliarme, y yo no quiero ser como ella.

—Harper, deseo convertirte en mi esposa, ¿es qué eso no te da ninguna seguridad?

—¿Ahora ya no piensas en que te he embrujado, Dave? Antes lo creías. Me acusaste de ello.

—Yo… he sido un estúpido. No te conocía.

Trató de acariciarle el rostro, pero ella se alejó instintivamente.

—Creo que es mejor que esto se quede como está. —Harper se levantó y comenzó a vestirse deprisa—. Dime una cosa, Dave. ¿De quién eran los lamentos que escuché cuando vine a tu alcoba?

—Ya te lo he dicho. Solo era el viento.

Ella lo observó intensamente. Sabía que era mentira, podía leerlo en su rostro. No estaba siendo sincero, pero asintió como si estuviese conforme.

¿Por qué no le decía la verdad? Ella se había abierto con él. Le había hablado de sus hermanas, de su madre, y de sus dones. Había puesto su vida en peligro confesando aquello, y él no podía ni siquiera contestar con sinceridad a una sola pregunta.

—Buenas noches, Dave. Fue lo único que dijo antes de salir de la alcoba para dirigirse a la suya.

Capítulo 12

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Harper se levantó temprano, cuando el castillo aún dormía, y apenas lo rayos del sol iluminaban la fortaleza. Se vistió con sencillez y cruzó los pasillos silenciosos hasta llegar a las cocinas, guiada por el aroma a pan recién horneado.

Allí conoció a Morven, una mujer entrada en años, robusta, de mejillas sonrosadas y ojos grises como el acero. Llevaba el cabello recogido bajo la cofia, y se movía con la precisión de quien lleva toda una vida en aquel lugar. Su voz era ronca, pero amable.

—Buenos días, señora —saludó Harper, con una sonrisa tímida.

—Buenos días, señorita —respondió Morven, inclinando la cabeza—. El señor dijo que debía servirle su desayuno en la mesa grande, puede acomodarse en el gran salón.

Harper negó con suavidad.

—No. Prefiero comer aquí, con vosotras.

Morven alzó una ceja, sorprendida, pero enseguida sonrió.

—Como quiera, aunque eso no es común por aquí.

Harper se sentó en un banco de madera y comió pan tibio con miel y un cuenco de gachas. Conversaron un rato sobre el clima y las tormentas del norte.

Tras desayunar, Harper se dirigió a las caballerizas. Uno de los mozos, un muchacho pecoso llamado Iain, le ofreció un arco y un *carcaj*.

—¿Estáis segura de que sabéis usarlo? —preguntó con respeto.

Harper sonrió, tomando el arco con firmeza.

—Digamos que no soy de las que se esconden cuando el hambre aprieta.

Montó en un caballo castaño, ágil y nervioso, y salió al bosque. Cazó con paciencia, tendió un par de trampas y recogió lo suficiente para sentirse útil. En el silencio del bosque, los pensamientos regresaron: el rostro de Dave, las palabras de la noche anterior, y ese fuego que la había desarmado por completo. Pensar en él calentaba su interior de una forma que no podía controlar. Se mantendría lejos, era lo mejor.

Cuando regresó al castillo, las risas de unas niñas la sacaron de su ensimismamiento. En los prados cercanos a la muralla, las hermanas pequeñas de Dave jugaban a perseguirse entre los arbustos. Harper se acercó con una sonrisa.

—¿Puedo unirme a vosotras? —preguntó.

—¡Claro! —dijo Bethany, con los rizos alborotados.

Jugaron a las escondidas, corrieron descalzas sobre la hierba y acabaron tendidas en el suelo riendo. En un momento, Harper se quedó mirándolas, recordando el llanto que había escuchado la noche anterior.

—Decidme, niñas —preguntó con tono casual—, ¿habéis oído alguna vez un lamento en el castillo? Como si alguien llorara.

Las dos se miraron, inquietas.

—A veces —admitió Annie—. Pero no sabemos qué es.

—Al principio nos daba miedo —añadió Bethany, bajando la voz—, pero luego pensamos que podía ser un hada. Una de las que protegen las murallas del castillo.

—¿Un hada? —repitió Harper, fingiendo sorpresa.

—Sí —dijo la menor con convicción—. Papá decía que las hadas lloran cuando alguien está triste.

Harper sonrió, aunque un escalofrío le recorrió la espalda. Estaba decidida a descubrir quién —o qué—, era en realidad esa voz que lloraba entre las piedras.

Cuando regresó a las cocinas para dejar las piezas de caza, volvió a preguntar a Morven directamente, sin florituras.

—¿Es habitual escuchar lamentos durante la noche?

La mujer se puso rígida, sorprendida por aquella repentina pregunta.

—Yo… no sé nada de eso —respondió demasiado deprisa, secándose las manos en el delantal.

Harper la observó con atención. Su pulso se aceleraba, sus ojos esquivaban los suyos. Sabía que mentía.

Aquel silencio le confirmó que el secreto era real.

De vuelta en el patio, Harper vio a lo lejos a Dave, acompañado de Bryson, caminando hacia las caballerizas. Cuando sus miradas se cruzaron, algo en su pecho se tensó, y creyó que lo mejor sería regresar a dentro. No deseaba hablar con él.



Dave observó cómo Harper se giraba con el mentón erguido y el paso rápido, perdiéndose entre los arcos de la fortaleza. Aquello le dolió más de lo que quiso admitir. Sabía que lo evitaba. Sabía que, si lo miraba a los ojos, vería la verdad que él aún no podía confesarle.

Los lamentos.

Ella los había oído, como él cada noche durante once años. Le dolía demasiado para hablar de ello.

Respiró hondo, con el ceño fruncido, mientras el viento del norte agitaba su capa. No era solo culpa ni vergüenza lo que sentía: era miedo. Miedo a que Harper descubriera lo que él llevaba enterrado desde hacía ya demasiado tiempo.

—Esa mujer acabará contigo, primo —dijo Bryson, rompiendo el silencio. Se había acercado con esa sonrisa socarrona que solía irritarlo—. Estás obsesionado.

Dave giró la cabeza con una mirada gélida.

—Cállate —dijo simplemente, en tono bajo pero cortante.

—Solo digo lo que todos piensan —insistió Bryson, encogiéndose de hombros—. Desde que llegó, te siento desconcentrado.

—Basta —gruñó Dave, y echó a andar hacia las caballerizas, con Bryson siguiéndole los pasos.

El suelo estaba húmedo por la lluvia de la noche anterior, y el resoplido de los caballos llenaba el ambiente. En cuanto cruzaron las puertas del establo, el mozo de cuadras, Iain, un joven delgado con las manos ennegrecidas por el trabajo, se les acercó visiblemente nervioso.

—Mi señor —balbuceó, haciendo una torpe reverencia—. Disculpadme, pero he oído cosas en el pueblo… cosas que debéis saber.

Dave lo miró con severidad.

—Habla.

—Anoche, en la taberna de Lornhaven, escuché a unos hombres decir que vuestro primo, el joven Finn, está reuniendo hombres. Que planea volver con su padre, el señor Cameron MacDougall, para reclamar el liderazgo del clan.

Bryson soltó una maldición.

—¿Lo ves? —dijo, mirando a Dave con dureza—. Tenías que haberlo matado cuando tuviste oportunidad.

—Silencio —ordenó Dave.

Su mandíbula se tensó. El mozo tragó saliva y dio un paso atrás. La idea le revolvió el estómago. No quería creerlo, pero su primo había demostrado que no era de fiar. Aunque su tío Cameron… de él sí que no se lo esperaba.

—Solo pueden ser rumores —espetó, aunque ni él mismo lo creía.

Bryson negó con la cabeza.

—Rumores o no, debemos actuar. Si el pueblo empieza a hablar, si los hombres dudan de ti, el clan se dividirá. Tienes que frenarlo antes de que corra la sangre.

Dave permaneció callado unos segundos, observando el reflejo del amanecer en el metal de las herraduras. Finalmente, asintió con firmeza.

—Tienes razón. No permitiré que mi autoridad sea cuestionada. Tienes mi permiso para preparar a los hombres. Si Finn o mi tío ponen un pie en mis tierras serán apresados y ejecutados.

—Así será Dave. Reuniré de inmediato a los hombres y les trasladaré las nuevas.

—Iré al despacho y redactaré una misiva de destierro para enviarlas de inmediato a los arrendatarios. Cualquiera que guarde información sobre ellos, o no lo aprese en tierras MacDougall, será también un traidor.

—¿Escribirás también a Cameron? —quiso saber Bryson.

—Así es, le exigiré que abandone Escocia con su hijo. Que se marche lejos y no vuelva jamás. Que ahora es nuestro enemigo

—¿Y si no acepta? —preguntó Bryson.

Dave alzó la vista, y en sus ojos brilló una mezcla peligrosa de tristeza y determinación.

—Entonces haré lo que sea necesario para proteger a los míos. Para proteger el clan, y mi honor.

Bryson lo observó en silencio, consciente de que su primo hablaba en serio.

Capítulo 13

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Harper se retiró temprano aquel día. Había estado tratando de no coincidir con Dave, evitándolo, y para ello se había dedicado a pasear por los alrededores, a jugar con las gemelas, y a ayudar en las tareas de cocina. No era de las que se quedaban sentadas observando pasar el día.

Se acercó a la chimenea y tras tirar unos cuantos troncos gruesos que pensó que le durarían parte de la noche, se metió en el lecho. Pero justo cuando cerró los ojos un grito la sobresaltó.

Harper se incorporó en un salto, con la respiración entrecortada. No pensó, sólo se vistió con manos temblorosas, se calzó las botas, se puso la bata y salió al pasillo, deslizando los pies por la piedra hasta que la voz quebrada la guio como una brújula.

La torre norte olía a cera vieja y a humedad. Dos guardias dormían recostados junto al umbral, con sus armas descansando a un lado. Harper apretó los dientes y, con la naturalidad de quien ha aprendido a pasar desapercibida, caminó despacio sin apenas emitir sonido alguno. Los guardias dormían profundamente, con una

botella de *whisky* vacía a los pies de uno. Harper supuso que sus noches de guardia debían ser bien aburridas. ¿Quién desearía entrar a una torre vieja y olvidada?

Se deslizó como un fantasma ante ellos y caminó los metros que la llevaron a una escalera de caracol. Cada peldaño vibraba bajo su peso, y al llegar al rellano notó el latido del lamento más cerca, un quejido que venía desde detrás de una puerta al final del corredor.

El pasillo estaba medio en penumbra. Sus dedos rozaron la pared de piedra, sintiendo la aspereza. Fue avanzando con pasos cautos, hasta que llegó a una puerta. Para su sorpresa estaba entreabierta, así que solo la empujó, y la luz vacilante de una vela mostró un cuadro que la dejó sin aliento.

Una mujer yacía en el lecho, atada de muñecas y tobillos con cordeles gruesos. Tan solo llevaba un largo camisón de lino, su piel blanquecina brillaba al calor de las velas, y su cabello rubio se derramaba sobre la almohada enredado como la corriente de un río.

Aun con los ojos cerrados, su rostro tenía rasgos que Harper reconoció de inmediato: la misma curva de la mandíbula que había visto en las niñas, la misma frente pequeña, los mismos labios. Era como mirar un retrato de ellas envejecido, una versión frágil de Annie y Bethany alzada en dolor.

La mujer lloraba sin soltar la voz, arqueándose con espasmos, y las uñas clavadas en las sábanas. Al acercarse, Harper notó el temblor del cuerpo y el sudor frío que le perlaba la sien. Le apoyó una mano en el hombro con tanta ternura como pudo reunir y, cuando la mujer no respondió al gesto y tan sólo miró el techo con ojos vacíos, Harper se asustó.

Aquella mujer no estaba bien.

Entonces la puerta crujió y un hombre entró con paso mesurado. Vestía con un atuendo sencillo, pero las manos las tenía manchadas de tintes y ungüentos.

Al verla, abrió mucho los ojos con sorpresa, pero pronto su expresión cambió a una de dureza.

—¿Qué hace aquí? —preguntó sin alzar la voz más de lo necesario. —Esta cámara es privada

Harper no se dejó intimidar.

—¿Y usted quién es?

—Soy el médico de la señora MacDougall, y ¿usted es?

—Una invitada del *laird.* —Harper dio unos pasos hacia él y despues señaló a la mujer—. ¿Por qué está atada de esta forma?

El hombre alzó las manos como quien sostiene un cuenco vacío.

—Es por su propio bien. Atiendo sus episodios desde hace años. Sufre convulsiones y autolesiones cuando despierta. Atarla es la medida más segura para evitar que se haga daño.

El hombre pasó por su lado y se acercó hasta el lecho, puso una de sus manos sobre la frente de la señora MacDougall, y negó con la cabeza.

Harper fue a protestar, pero antes de que pudiera hacerlo, vio cómo el médico tomaba una pequeña botella de vidrio y la inclinaba hacia una cuchara. El líquido era oscuro, olía a hierbas y algo dulzón. Harper lo observó con la mirada de quien sabe reconocer los aromas. Se acordó de su madre, y reconoció de inmediato el olor de la amapola, y la raíz de adormidera, mezcladas con a saber qué más.

—¿Qué contiene eso exactamente? —preguntó Harper, con cierta dureza en la voz.

El hombre puso la cuchara contra los labios de la mujer atada, y con un movimiento experto la derramó; la paciente tragó a duras penas y, casi al instante, los quejidos se fueron apagando, y sus párpados cayeron como telones.

Harper no resistió el impulso.

Le arrancó la botella de las manos al médico y la olió. La mezcla le golpeó la nariz: raíces amargas que adormecen, un toque de vino y algo floral que pretendía suavizar, quizá lavanda o valeriana. No había duda. No era un remedio para el dolor pasajero. Era un somnífero potente, de esos que apagan la conciencia.

—¿Qué le ha dado? Esto no es bueno —dijo hecha una furia. Si se excede en la dosis podría matarla.

El médico se encogió, cansado como quien sostiene una verdad incómoda.

—Lo necesario para que no sufra —replicó con voz plana—. Así evitamos que se lastime. El antiguo *laird* estaba de acuerdo.

—¿Y Dave? ¿Él está de acuerdo con que mantenga a su madre en este estado de inconciencia?

—Él no viene por aquí desde mucho antes de que su padre falleciera. Nunca se ha involucrado.

Harper sintió un nudo en la garganta.

—Dave no puede estar de acuerdo con esto. Voy a hablar con él ahora mismo. No permitiré que la dejen atada como si fuera un animal.

El hombre la miró con cierto rencor, como quien contempla a una joven que no sabe las consecuencias de abrir una tumba.

—No debería meterse en asuntos que nos son de su incumbencia, podría no salir muy bien parada.

—¡¿Me está amenazando?!

—Solo le advierto.

—Yo le advertiré a usted, no vuelva a darle nada más, ¿me oye? ¡Nada! Harper tiró la pequeña botella de vidrio que todavía estaba en su mano al suelo, y esta se rompió en varios pedazos derramando el líquido por todas partes.

Después salió de aquella estancia echa una furia, un animal rabioso. Hablaría de inmediato con Dave. Necesitaba saber si él estaba al tanto de los horrores que escondía la torre norte.



Harper salió de la torre norte con el corazón en llamas. La rabia le hervía bajo la piel, mezclada con una punzada de impotencia que la empujaba a caminar más rápido. Necesitaba encontrar a Dave. Tenía que hablar con él, enfrentarlo, hacerlo ver la verdad. Estaba segura de que no sabía lo que ocurría con su madre; no podía creer que él, de todos los hombres, fuese capaz de permitir semejante crueldad.

Lo encontró en la biblioteca, de pie junto a una de las estanterías, con un libro abierto en una mano y una copa de *whisky* en la otra.

Cuando la vio, su expresión se iluminó con una sonrisa genuina.

—Pensé que no volverías a hablarme —dijo con un deje de alivio.

—Eso no importa ahora —replicó ella, tajante—. Vengo a hablarte de tu madre.

El libro cayó sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Mi madre? ¿Qué sabes tú de mi madre? —exclamó Dave, con el rostro súbitamente desencajado.

Harper dio un paso al frente.

—La he visto, Dave. Y lo que hacen con ella es inhumano.

—¿A qué te refieres?

—A ese médico que la «atiende». La está enfermando a propósito. Las pócimas que le da no son para curarla, son sedantes. Dosis tan fuertes que podrían destruir su mente.

Dave negó despacio, intentando mantener la calma.

—No, estás equivocada. La sedan para que no se haga daño.

—¿Daño? —Harper dejó escapar una risa amarga—. ¡Está atada de manos y pies! ¿Qué daño puede hacerse alguien que ni siquiera puede moverse?

La confusión se dibujó en el rostro de Dave.

—¿Atada? No, no sabía eso —murmuró, llevándose una mano al cabello, visiblemente alterado.

—Créeme, Dave —insistió Harper, acercándose—. A tu madre la está matando ese hombre. Sé de lo que hablo. Conozco las plantas, los efectos de cada una.

Dave apretó los puños.

—Pero ese médico lo buscó mi padre exclusivamente para ella. Lo hizo traer desde Edimburgo.

—Puede que él tampoco supiera que no la trataba adecuadamente. —Harper, un poco más calmada le preguntó—: ¿Por qué lo llamó? ¿Qué era lo que le pasaba?

—Él me dijo que, después de dar a luz a mis hermanas, ella… se trastornó. Que intentó hacerles daño. —Harper observó sus ojos y supo que sus palabras eran ciertas—. No me dejaba verla. Las pocas veces que me lo permitía, él siempre estaba presente. Con el tiempo dejé de ir, era demasiado doloroso. Ella parecía no reconocerme, y apenas estaba despierta.

Harper lo observó con ternura, pero sin suavizar sus palabras.

—Era por la medicación, estoy segura. ¿Tú recuerdas haberla visto agresiva alguna vez, Dave?

Él alzó la mirada, perdido entre los recuerdos.

—No. Nunca. Ella siempre fue una madre cariñosa.

—Entonces ven conmigo —dijo Harper, con firmeza—. Míralo con tus propios ojos. Solo así sabrás la verdad.

Dave la observó largo rato, con el alma en vilo. Finalmente dejó la copa sobre la mesa y asintió.

—De acuerdo.

Capítulo 14

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El doctor todavía estaba en la cámara cuando entraron. Había retirado las cuerdas de las muñecas y los tobillos de la señora MacDougall, en un penoso intento por ocultar lo que había hecho. Intentó enderezarse al verlos, pero Harper no le dio tiempo: se acercó a la cama con pasos decididos y, sin dramatismo, tomó la mano de la mujer. Tiró ligeramente de la tela para mostrar las muñecas. La piel, enrojecida y marcada por los cortes, hablaba por sí sola.

—Esto no lo puedes ocultar —dijo Harper, dejando la frase como una sentencia.

El médico pestañeó, intentando recomponer la máscara de profesionalidad.

—Solo he hecho mi trabajo —replicó, con voz afilada—. El antiguo *laird* confiaba en mí.

Dave ya estaba a media distancia, y al ver a su madre quedó como fulminado. Se acercó corriendo, y la sala se hizo pequeña a su

alrededor. Era un esqueleto de ella misma, estaba muy delgada, con ojeras profundas y los labios partidos por la sequedad.

Dave se arrodilló y tomó su mano con cuidado, como temiendo que pudiese lastimarla.

—Madre… —la llamó, con voz rota—. Lo siento. He sido un cobarde.

El médico levantó la barbilla.

—Insisto: he obedecido órdenes. He administrado lo necesario para que no se haga daño.

—Dudo mucho que el *laird* hubiese permitido esto —dijo Dave, mirando al hombre con la ira pegada en la garganta—. No con su permiso.

Harper inclinó la cabeza hacia la mujer y, como quien toca la punta de una hebra, prendió la mano de la señora MacDougall. Al contacto, algo vibró en su pecho: una visión, nítida y terrible, estalló en su mente.

La señora MacDougall estaba en una sala iluminada por velas. Acababa de dar a luz, y el *laird*, solemne, le tendía la mano para felicitarla. En ese instante ella vio su futuro. Tuvo una visión. Estaba postrada en una cama, atada de pies y manos y condenada al olvido por años.

Asustada, le contó lo que había visto a su esposo, y lo acusó de tal destino. Él respondió con desprecio:

«—Ser «bruja» es una vergüenza para el clan, el pueblo te repudiará».

El *laird* le dijo que en cuanto se recuperara del parto, iniciaría un tratamiento con el doctor Collins, y que este anularía sus visiones. Ella juró ocultarlas, prometió no volver a hablar de ellas, pero la visión ya le había mostrado su fracaso; el *laird* la encerraría, y el supuesto tratamiento arrancaría algo esencial de su interior.

El *flash* se rompió. Harper volvió a la habitación con la cara pálida, como si hubiese visto al mismo demonio en persona.

—Él iba a encerrarla de por vida —susurró, mirando a Dave—. La iba a tratar con Collins para que su don desapareciese. Lo he visto Dave.

—¿Era una de tus visiones, Harper? ¿A quién has visto?

—A tu padre. Él esperó a que tu madre alumbrara a las gemelas. Después la encerró y la dejó en manos de este hombre. —Señaló al médico que la observaba con terror—. Quería acabar con su don. Ella era como yo. —Sus lágrimas comenzaron a caer sin control.

Harper sentía el dolor de aquella mujer como si fuese propio.

El médico dio un paso atrás, no dando crédito a lo que escuchaba.

—¡Brujería! —vociferó, señalando a Harper—. Esta mujer está enferma del espíritu. Si el rumor se extiende, pondrá en riesgo vuestro mandato.

Dave se levantó de un salto, sintiendo que la rabia le quemaba en la garganta. Salió de la sala con pasos que resonaron en el pasillo y, sin perder tiempo, llamó a los guardias.

—Que lo lleven al calabozo —ordenó una vez regresó con sus hombres.

—¡No, por favor! Solo hice lo que debía. —gritó el médico tratando de zafarse de los soldados que lo arrastraban hacia la salida.

—Llevároslo, no quiero verle el rostro a ese ser despreciable.

Los soldados hicieron lo propio y rápidamente desaparecieron, dejando tras ellos los alaridos del doctor.

Harper se quedó junto a la cama, con el rostro mojado, y sin dejar de observar a la mujer.

—Es como yo, Dave —dijo, con la voz partida—. Ella es como yo.

Dave se acercó y la tomó de los hombros con cuidado. Harper temblaba.

—Esto podría pasarme a mí. Somos perseguidas, por esto. —Ella se miró las palmas de las manos—. Yo no pedí esto, ni tu madre tampoco. —Señaló con un gesto de cabeza a la mujer que yacía en el lecho ajena a todo lo que acababa de suceder—. Esto solo puede traer problemas.

—No digas eso Harper. Salvaste mi vida, y ahora la de mi madre.

—Tu madre sigue estando en peligro, Dave.

—Lo sé. —Él la miró apenado—. Necesito que la ayudes. Solo confío en ti.

Ella lo miró intensamente.

—No será fácil. No puedo quitarle las pócimas de golpe; lleva años tomándolas. Si las dejara ahora, su cuerpo se desplomaría. Los lamentos que escuché tal vez eran de abstinencia. Quién sabe cómo se la administraba ese salvaje. Necesitaremos ayuda, esto llevará tiempo, y yo sola no podré vigilarla de día y de noche.

—Hay una muchacha. Lleva tan solo unos días en la fortaleza, me suplicó trabajo. No es de la región y está sola, eso hace que tampoco pueda contarle a nadie lo que pase aquí. Hablaré con ella y le pagaré lo que sea necesario por su silencio.

—También necesitaré provisiones. Hierbas para calmar sin matar, remedios para la desintoxicación gradual.

Él asintió, firme.

—Harper, haré todo lo que haga falta, pero no dejes que muera.

—No morirá, te lo prometo.

Dave asintió, y ella no pudo evitar abrazarlo. Necesitaba consolarlo, podía leer en sus ojos que se sentía culpable. Se quedaron así por un tiempo, dejando que uno fuese el sostén del otro, dejando que el calor de sus cuerpos los reconfortara.

Capítulo 15

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El sol apenas despuntaba tras las colinas cuando la puerta del aposento se entreabrió. Harper levantó la vista desde el lecho de la señora MacDougall, donde había pasado la noche en vela vigilando su respiración, y vio entrar a una joven de cabello rubio, recogido con descuido bajo una cofia blanca. Tenía los ojos color miel y una expresión entre nerviosa y resuelta.

—Buenos días, señora —dijo con una leve reverencia—. Me llamo Elora. El *laird* me ha enviado.

Harper asintió, incorporándose despacio.

—Eres la muchacha nueva, ¿verdad?

—Sí, señora. Me dijeron que necesitabais ayuda aquí.

—Bien, Elora. Soy Harper… Harper Talamh.

Elora se quedó petrificada. La palidez le subió al rostro como una ola.

—¿Talamh? —repitió en un susurro, como si temiera pronunciarlo demasiado alto.

Harper frunció el ceño.

—¿Sucede algo?

La joven negó rápidamente, apretando las manos sobre el delantal.

—No, claro que no. Es solo que su apellido es poco común por estos lares.

Harper la observó un momento más, con esa intuición aguda que pocas veces la engañaba, pero decidió no insistir.

—Escuchadme bien, Elora. Lo que ocurra en esta habitación no debe salir de aquí. Ni una palabra. A nadie.

—El *laird* ya me lo ha explicado, señora —respondió la joven con seriedad—. Prometo completa discreción.

Harper asintió, satisfecha por el tono firme de su respuesta.

—Bien. La señora MacDougall tiene algo de fiebre —le explicó, acercándose al lecho—. Debes quedarte con ella y colocar paños fríos sobre su frente. Cambia el agua cuando se tibie, y si delira, háblale con suavidad.

Elora miró a la enferma y su rostro se suavizó.

—Así lo haré, señora.

—Llámame Harper. Vamos a pasar mucho tiempo juntas, y habrá momentos donde la cortesía esté de más.

—Por supuesto, Harper.

—Bien. Mucho mejor. —Harper tomó su capa del respaldo de la silla—. Ahora debo salir un momento. Necesito buscar plantas con las que aliviarla. No debería tardar, pero si algo ocurre, manda buscarme. ¿Entendido?

Elora asintió, ahora reparando un poco más en las facciones del rostro de Harper. Se parecía mucho a Ginevra, la esposa del *laird* de los Ferguson. ¿Acaso serian familia? Compartían el mismo apellido, un apellido que no había escuchado en Escocia hasta que conoció a Ginevra. Aquello debía de ser mucha casualidad. A punto estuvo de confesarle sus pensamientos, pero pronto comprendió que no era el momento adecuado.

Antes de irse, Harper se detuvo junto al marco de la puerta, y miró por última vez la escena. Elora estaba inclinada sobre la señora MacDougall, colocándole un paño sobre la frente con manos

cuidadosas, y supo que podía marchar tranquila, pues por fin la madre de Dave estaba en buenas manos.



Tres días pasaron antes de que la señora MacDougall abriera los ojos. Tres días de calma tensa y noches en vela, en las que Harper y Elora apenas abandonaron su lado. El aire en la habitación olía a tomillo, a lavanda y a las brasas que mantenían el calor constante junto al lecho. Dave acudía cuando el deber se lo permitía, con el rostro marcado por la preocupación, aunque siempre trataba de mostrarse firme.

Aquella mañana los rayos del sol que se colaban entre los postigos parecían más fuertes que de costumbre, se avecinaba un día despejado. El exterior traía consigo los sonidos del bosque y el murmullo distante de los hombres en el patio. Elora corría las

cortinas para dejar pasar la luz al completo, y Harper, sentada junto al lecho, remojaba un paño en agua fresca.

Fue entonces cuando la mujer gimió débilmente.

Harper se irguió de inmediato, con su corazón latiendo con fuerza mientras observaba cómo los párpados de la señora MacDougall temblaban, luchando por regresar al mundo de los vivos.

La mujer respiró hondo, con su mirada perdida durante un instante, hasta que sus ojos, turbios aún por la fiebre, se posaron en las dos mujeres.

—¿Quiénes sois? —preguntó con voz ronca, como si las palabras le dolieran al salir.

Harper se inclinó hacia ella, hablándole con la suavidad de quien teme quebrar un cristal.

—Soy Harper Talamh —respondió—. Y esta es Elora. Hemos estado cuidando de vos, mi señora.

La mujer pestañeó, tratando de comprender. Sus dedos temblaron al aferrarse a las sábanas.

—Ayuda… necesito ayuda —susurró—. Ese médico… es el demonio. Avisa a mi hijo, dígale que Crystine MacDougall, lo manda a llamar. Debo salir de aquí.

—Tranquila, os lo ruego —dijo Harper, tomando su mano entre las suyas—. Ese hombre no volverá a acercarse. Está bajo llave por lo que os hizo. Nadie volverá a haceros daño.

Un suspiro tembloroso escapó de los labios de la señora MacDougall. La tensión en su rostro se deshizo lentamente.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero ahora debéis descansar —replicó Harper, con voz firme pero dulce—. Recuperaréis vuestras fuerzas poco a poco, y pronto podréis dejar esta cama.

La mujer asintió apenas, con un leve temblor en los labios.

—Haz que traigan sopa caliente —pidió Harper a Elora—. Y avisa a Dave. Debe saber que su madre ha despertado.

Elora salió de inmediato, mientras Harper acomodaba las mantas sobre el cuerpo frágil de la mujer.

La señora MacDougall alzó la vista hacia ella y, al pronunciar el nombre de su hijo, las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus

mejillas.

—Dave… —murmuró con un temblor en el alma—. Mi niño. Hace tanto que no lo veo. Ese médico no me dejaba ver a nadie.

Harper le apartó con delicadeza un mechón de cabello de la frente.

—Nadie volverá a hacerle daño, se lo prometo. —Harper agarró su mano con cariño, y justo en ese instante la mujer se quedó petrificada y con la vista perdida en la nada.

Harper supo que estaba teniendo una visión. Podía reconocerlo. Lo había visto en infinidad de ocasiones en sus hermanas, e incluso en su madre. Esperó en silencio que su visión acabara, mientras seguía sujeta a su mano.

Entonces la señora MacDougall, parpadeó un par de veces y posó su mirada sobre ella de nuevo, después sonrió mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Está bien?

—Mejor que nunca, muchacha. Ahora sé que todo saldrá bien.

—¿Lo ha visto?

La pregunta de Harper la dejó completamente descolocada. Crystine tembló, y se mordió el labio inferior tratando de controlarse.

—No sé a qué se refiere —contestó desviando la vista hacia la ventana.

—Señora MacDougall, no tiene por qué esconderse de mí. Sé que tiene visiones —su voz fue dulce y comprensiva.

—Le he dicho que no sé a qué se refiere.

—Escúcheme. Hace bien en esconder sus dones —Harper suspiró con tristeza—. Yo también lo padezco desde hace años. Siempre oculta, siempre pensando en que esto es una maldición.

Crystine la miró con la sorpresa instalada en el rostro.

—¿Tú? —Sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Así es. Yo también tengo visiones. Veo el futuro, e incluso el pasado. Antes… antes pensaba que mi don era una pesadilla, pero sin él no hubiera llegado hasta aquí. Sin él no habría podido ayudar a su hijo, y a usted.

—Tengo miedo. Mis visiones me lo han robado todo. A mis hijos. Me han condenado a estas cuatro paredes por ello, y lo peor de todo es que yo ya lo había visto, pero no quise creerlo. —Crystine comenzó a toser con intensidad.

Harper se levantó con premura, cogió una jarra de agua que había sobre la mesita, sirvió un vaso y se lo ofreció a la mujer.

—Beba, debe tener la garganta seca. Ha estado muchos días inconsciente.

Crystine bebió con cuidado, y después dirigió su mirada llorosa a Harper.

—Pensaba que me amaba, que no me condenaría aquí. Pero ya ve que me equivoqué.

—¿Habla de su esposo?

—Sí. Esperó a que diera a luz, y se llevó a mis niñas. Apenas pude verlas, después de eso creo que las vi dos veces. A veces pienso que me visitan en sueños. Desde entonces estoy aquí olvidada con ese médico horrible.

—Siento mucho lo que le ha pasado —Harper se sentó en el borde del lecho junto a ella.

—Ese médico solo me tenía consciente cuando lo deseaba. Quería saber sobre mis visiones. Al principio le hablaba de ellas, me decía que si le contaba su futuro hablaría con el *laird* para que me dejase ver a las niñas, pero pronto me di cuenta de que eso nunca pasaría. Entonces me negué a contarle nada más, y aumentó las dosis para hacerme dormir. Cuando mi hijo me visitaba, apenas podía hablar. Fue horrible.

Crystine lloraba desconsolada, y Harper la envolvió entre sus brazos. Necesitaba consolarla. No podía verla sufrir pues su dolor también podría haber sido el suyo. Ella era igual que Crystine, corría el mismo peligro.

—¿Qué les habrán contado a mis hijos sobre mí? ¿Qué pensarán?

—Eso no importa. Lo importante es que ahora podrás explicarles a ellos todo lo que pasó. Los recuperarás, te lo aseguro.

Crystine no podía dejar de llorar. Estaba completamente rota.

—¿Y el *laird?* ¿Dónde está él? ¿Sabe que estoy consciente? Por favor, no lo aviséis, deseo ver a mi hijo primero, antes de que pueda traer a otro médico.

—Tranquila, el *laird* no está aquí —trató de calmarla.

No podía contarle que su esposo había fallecido, estaba muy débil y no deseaba que se alterase todavía más. Además, eso era algo que le tendría que contar Dave.

—Todo fue mi culpa. Nunca debí contar lo de mis visiones. Debí ocultarlas.

Fue entonces cuando Dave, que había permanecido en la puerta escuchando a las mujeres entró con el alma hecha trizas.

—Madre, por favor, no te culpes. Si hay un culpable aquí soy yo. Padre me dijo tantas mentiras sobre ti… y yo decidí creerlas. No fui lo bastante valiente como para enfrentar la realidad. Apenas te visitaba porque me dolía verte así, ojalá lo hubiese hecho más, quizá así me hubiese dado cuenta de la realidad.

—No te culpes hijo, por favor. —Ella alargó su huesuda mano—. Ven conmigo, deja que te abrace.

Harper se levantó y les dejó espacio, mientras contemplaba la escena.

Madre e hijo se abrazaron con intensidad y se quedaron en silencio dejando que sus sentimientos hablasen por ellos.

Harper supo que era el momento de irse. Necesitaban intimidad, así que salió de la habitación con sigilo y caminó por el pasillo hasta la salida. En la puerta de la torre norte se cruzó con Elora, que llegaba con una bandeja repleta de alimentos para la señora.

—Dale un momento de intimidad Elora, la necesitan.

—Por supuesto —contestó la muchacha.

—Una cosa más. Sobre la mesita te he dejado el tónico de la señora, debes administrárselo tal y como te indiqué. Si lo haces bien, no habrá ningún problema.

—¿Es que acaso te marchas?

—Debo hacer unas cosas y no sé el tiempo que me llevará, por eso necesito que tú te encargues. Confió plenamente en ti.

—No te preocupes, la cuidaré como si se tratase de mi propia madre.

Harper asintió con cariño antes de marcharse hacia su alcoba.

Capítulo 16

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El corazón de Harper latía con fuerza cuando cruzó el umbral de su alcoba. Las manos le temblaban, y una punzada en el pecho le recordó que no había tiempo para dudar.

Sabía que debía marcharse.

Empujada por una urgencia que no comprendía del todo, comenzó a reunir sus pocas pertenencias: un par de mudas limpias, un frasco con hierbas secas, su pequeño cuaderno de notas, y la daga que le regaló su madre. Sus dedos rozaron la empuñadura, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Ya había cumplido su cometido allí. Su madre le había dicho que aquella daga era para defender, y es lo que había hecho. La había usado para salvar la vida de Dave.

Respiró hondo y se sentó al escritorio. No podía marcharse así sin más. Necesitaba explicarle, necesitaba avisarlo.

Tomó la pluma y escribió:

Dave,

Siento mucho dejarte así, pero si no lo hago ahora, temo que no podré hacerlo nunca.

He comprendido que te amo, y que no puedo causarte más problemas. Ya has sufrido bastante.

Me alejaré por tu bien. Este don solo puede llevarme a la ruina, y ahora tienes a tu madre para velar por ti.

Después de tu sucesión tuve una de mis visiones. Fue por eso por lo que decidí quedarme. Vi a tus hermanas en una carreta, secuestradas. Debes custodiarlas de día y de noche. No puedo decirte más. No sé cuándo sucederá, ni quien tratará de llevárselas, solo sé que están en peligro, y que debes protegerlas.

Siento si no te soy de ayuda. Espero que seas muy feliz en tu vida. Nunca me olvidaré de ti.

Con cariño,

Harper Talamh.

Las lágrimas le nublaban la vista cuando terminó de firmar. Doblar la carta fue como romper algo dentro de sí. La dejó sobre la mesa, junto a una ramita de lavanda seca. Tomó su bolsa, respiró una vez más y salió sin mirar atrás.

El aire frío del amanecer la golpeó en el rostro al cruzar el patio. Los rayos del sol de mediodía teñían de oro las piedras del castillo. Y allí, cerca del pozo, vio a las niñas junto a su nana, riendo, ajenas a todo.

—¡Harper! —gritó Bethany, corriendo hacia ella con inocencia infantil—. ¿Juegas con nosotras?

Harper sonrió con ternura, agachándose para mirarlas a los ojos.

—Ahora no puedo, mi amor. Debo hacer algo muy importante.

Annie la observó en silencio, como si comprendiera más de lo que debía.

—¿Te marchas?

Harper tragó saliva. No podía mentirles.

—A vosotras no os puedo engañar —susurró—. He de viajar, y no sé si volveremos a vernos. Pero quiero que sepáis que os quiero con todo mi corazón, y que habéis sido como mis hermanas pequeñas. Ahora debéis cuidar de vuestro hermano, él tiene una

sorpresa para vosotras que estoy segura de que os alegrará muchísimo.

—¿Nuestro hermano tiene una sorpresa para nosotras? —preguntó Annie, sonriendo con inocencia.

Harper asintió, conteniendo las lágrimas.

—Sí, una gran sorpresa.

Las niñas la abrazaron con fuerza, hundiendo el rostro en su falda.

—Te echaremos de menos.

—Y yo a vosotras, pequeñas. —Les besó el cabello, aspirando el perfume dulce de su niñez—. Sed valientes, ¿de acuerdo?

Se separó con esfuerzo y caminó hacia las caballerizas.

Allí estaba Iain, cepillando un corcel negro.

—Necesito un caballo, Iain. —Su voz sonó firme, aunque por dentro se deshacía.

—Claro, enseguida, señora. —El mozo desapareció en un instante.

Harper esperó en silencio, pero no estuvo sola por mucho tiempo.

Una voz familiar la sobresaltó.

—¿Te marchas?

Bryson emergió de las sombras, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Ella no se volvió.

—Debo partir, regresaré más tarde.

—No me mientas. —Su mirada descendió hacia la bolsa que colgaba de su hombro—. Te marchas por siempre.

Harper cerró los ojos.

—Le romperás el corazón —murmuró él.

—Me voy para que no tenga que sufrir, Bryson.

Hubo un silencio largo.

—¿Lo amas? —preguntó él al fin.

Ella levantó la vista, y la respuesta le brotó sin vacilar:

—Más que a mi vida.

Bryson suspiró, apartando la mirada.

—Entonces no lo hagas. No te vayas.

—Debo hacerlo. Solo necesito que le entregues una carta. La he dejado en mi alcoba, sobre el escritorio —le pidió con voz temblorosa.

En ese momento, Iain regresó con el caballo ensillado.

—¿Una carta? ¿Eso es todo? —Bryson la miró con incredulidad—. No te lo perdonará.

—Es mejor así. —Harper subió al caballo y ajustó las riendas—. Por favor, no se la des hasta mañana. Necesita estar con su madre, sin pensar en nada más.

Bryson asintió con pesar sabiendo que no podía retenerla. Quizá fuese lo mejor, su primo necesitaba centrarse, encargarse del clan y su familia.

—De acuerdo. —Entonces sacó una pequeña bolsa de cuero y se la ofreció—. Toma esto.

—No, no puedo aceptarlo.

—Hazlo. Es lo mínimo que puedo hacer. Lo necesitarás.

Ella asintió, con los ojos empañados.

—Gracias, Bryson.

Clavó los talones en los flancos del caballo, y el animal se lanzó a galope tendido por el sendero. El viento le golpeó el rostro, y las lágrimas se mezclaron con la bruma de la mañana.

El castillo de los MacDougall se fue empequeñeciendo a su espalda, hasta perderse entre los bosques y la neblina.

Y Harper Talamh, con el alma desgarrada, cabalgó hacia su destino sin mirar atrás.

Capítulo 17

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El aire olía a humo, cerveza y leña húmeda cuando Harper empujó la puerta de la posada. Un golpe de viento frío la siguió hasta el interior, haciendo danzar las llamas del hogar. Afuera, la noche caía como un manto oscuro sobre el camino, y con ella, el peso insoportable que le oprimía el pecho desde que había abandonado el castillo.

Mathan estaba tras la barra, limpiando una jarra con un paño viejo. Al verla, sus pobladas cejas se arquearon en sorpresa.

—Por todos los santos… No esperaba volver a verte, muchacha.

Harper bajó la capucha y soltó un suspiro cansado.

—Y no me verás por mucho tiempo. Solo necesito una habitación. Será por una noche. También comida, y cuadra para el caballo que está afuera.

El hombre soltó una risotada suave, moviendo la cabeza.

—Yo también me alegro de verte, Harper Talamh. —Dejó la jarra sobre el mostrador y se acercó—. Bien, tengo una habitación libre. Pero antes siéntate, muchacha, te serviré algo caliente. No pareces de piedra, y hace un frío que cala los huesos.

Harper dudó apenas un instante antes de obedecer. Se sentó junto a la chimenea, extendiendo las manos hacia el fuego. El calor le devolvió algo de color a las mejillas, aunque el alma seguía helada.

Pasaron unos minutos antes de que Mathan regresara desde la cocina con un plato humeante.

—Ahora mi carne ya no es tan buena como antes, pero se hace lo que se puede —bromeó, dejando el guiso frente a ella.

Harper esbozó una sonrisa débil.

—Si sabe la mitad de bien que huele, será un banquete.

Probó la primera cucharada, y el sabor cálido del estofado —con zanahoria, cebada y un toque de hierbas—, le supo a hogar.

—Está delicioso, Mathan —murmuró con sinceridad.

—*Bah*, te lo inventas para halagar a este viejo posadero. —Pero en sus ojos brilló el orgullo.

Comió despacio, sin prisa, como si cada bocado la anclara a la tierra por un momento. Sin embargo, el silencio entre cucharadas se llenaba con el recuerdo de él: la voz grave de Dave, el calor de su cuerpo junto al suyo, el olor a cuero y roble de sus ropas.

Cuando terminó, Mathan le entregó una llave y le indicó la escalera del fondo. Harper le agradeció con un gesto y subió lentamente, con la bolsa colgando del hombro.

La habitación era sencilla: una cama pequeña, una mesa de madera gastada, una vela y una manta gruesa. Dejó la bolsa en el suelo y se descalzó sin pensarlo. Al tumbarse en el lecho, el colchón crujió bajo su peso. El cansancio la vencía, pero el sueño no llegaba.

Cerró los ojos, y su mente la traicionó, volvió a sentir las manos de Dave en su piel, sus labios firmes, el modo en que la miraba como si el mundo se detuviera.

Un suspiro se escapó de sus labios.

Lo extrañaba.

Extrañaba su voz ronca al pronunciar su nombre, su risa, su aroma. Extrañaba sentirse a salvo.

Pero debía hacer lo correcto.

O al menos eso era lo que seguía repitiéndose una y otra vez, como si las palabras pudieran acallar el dolor.

Se giró en la cama, abrazando la manta como si con ella pudiera retener lo que había perdido.

Y así, con el corazón hecho trizas, Harper Talamh se quedó mirando la tenue llama de la vela hasta que el sueño —lento y cruel— la envolvió por fin.

Capítulo 18

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Dave había jurado que su madre no pasaría ni un amanecer más en aquella torre húmeda y sombría. Con ayuda de los sirvientes, la trasladaron con el mayor cuidado hasta una de las habitaciones más amplias de la fortaleza, en el ala sur, donde la luz entraba sin timidez y el aire olía a limpio. Allí, sobre un lecho recién vestido con sábanas de lino y mantas suaves, Crystine MacDougall recobraba poco a poco algo de su dignidad perdida.

Dave se aseguró de que todo estuviera perfecto: flores frescas en el jarrón, una bandeja con sopa caliente y pan recién hecho sobre la mesa. Caminaba de un lado a otro sin saber muy bien qué hacer con las manos, con el corazón demasiado lleno.

—¿Dónde está Harper? —preguntó al fin, mirando a Elora, que acomodaba unas toallas.

La muchacha bajó la vista, algo incómoda.

—No lo sé, mi *laird*. Nadie la ha visto desde el mediodía.

Dave frunció el ceño. Aquello no le gustaba.

—Llamad a mis hermanas, es hora de que vean a mi madre.

Elora asintió y salió rauda del cuarto.

Pocos minutos después, los pasillos se llenaron del sonido apresurado de dos pares de pies menudos.

Dave las esperó a la puerta de la alcoba, y en cuanto lo vieron, ambas sonrieron nerviosas.

—¿Nos vas a dar ya nuestra sorpresa? —preguntó Bethany con ojos curiosos.

—¿Quién ha dicho nada de una sorpresa? —Dave sonrió confundido.

—¡Fue Harper! Nos dijo que tenías una sorpresa muy especial para nosotras —contestó Annie.

—¿Y cuándo fue eso?

—Esta tarde en el jardín, justo antes de que se marchase. —A Bethany se le ensombreció el rostro.

—¡Marcharse! ¿A dónde?

—Nos dijo que debía viajar y que no sabía si volvería a vernos.

Las palabras de las niñas rompieron el corazón de Dave. No podía ser. ¿Lo había dejado? ¿Se había marchado así sin más?

Entonces escuchó la voz de su madre que lo llamaba desde adentro de la alcoba.

—¿Quién llama, hermano? —preguntó Bethany alzándose sobre las puntas de sus dedos y tratando de ver hacia el interior, pues su hermano era tan grande que taponaba casi toda la puerta de entrada.

—Es la sorpresa, querida Bethany. —Las niñas lo miraron con desconcierto—. Es madre, por fin se ha recuperado.

—¡No puede ser! —exclamó Annie mientras su rostro se llenaba de lágrimas.

Dave se hizo a un lado y ellas dieron unos cuantos pasos al frente hasta entrar por completo a la habitación. En cuanto la vieron ambas gritaron por la emoción.

—¡Madre! —chilló Bethany, corriendo hacia el lecho.

Crystine, incorporada entre almohadones, las esperó con los brazos abiertos. Las niñas se lanzaron a su abrazo, y el aire se llenó

de sollozos y risas entrecortadas. La mujer las estrechó contra su pecho con una fuerza que no creía conservar.

—Mis pequeñas… mis dulces niñas… —susurró, besándoles el cabello una y otra vez—. Cuánto os he echado de menos.

Annie la miró con lágrimas en los ojos.

—Nos dijeron que estabas muy enferma, madre.

Crystine tragó con dificultad, acariciando sus mejillas.

—Y lo estuve, cariño. Pero ahora, ahora ya no. —Les sonrió con ternura—. Estoy mejor. Más fuerte. Y os prometo que no pienso volver a dejaros nunca.

Bethany, escondió el rostro en su regazo.

—¿De verdad no te irás más?

—De verdad, mi amor. —La voz de Crystine tembló, y miró a Dave, que permanecía de pie junto a la ventana, con los ojos humedecidos—. He pasado demasiado tiempo lejos de vosotros. No pienso perder un solo día más.

—Es cierto que nos parecemos, ya apenas te recordaba. —Bethany, acarició su cabello rubio y comprobó que era del mismo tono que el suyo.

Annie observó su rostro, y pudo comprobar que sus ojos verdes eran muy similares a los de ella. Era tal y como la recordaba, tal y como se la había descrito su hermano Dave en incontables ocasiones.

Dave observó la escena y recordó a su padre. ¿Cómo pudo privar a sus hermanas de su propia madre? Entonces maldijo su muerte. Había partido de este mundo sin poder mirarlo a los ojos y decirle lo ruin que había sido con su propia familia. Apretó los puños con fuerza, tragándose la rabia que lo recorrió por dentro, y recordó que todavía había alguien que debía pagar por sus actos.

Se disculpó con su madre y las gemelas, y salió de la estancia en dirección a las celdas.



Las celdas se hallaban en los cimientos de la fortaleza, donde el aire era denso, olía a hierro, y a humedad. Dave descendió los peldaños de piedra con paso firme, y una antorcha en su mano.

El guardia que vigilaba la galería se enderezó al verlo.

—Mi *laird* —saludó, inclinando la cabeza.

—Llévame hasta la celda del doctor Collins —ordenó Dave, con la voz grave y cortante.

El guerrero asintió sin atreverse a decir palabra y avanzó delante de él, hasta detenerse frente a una reja herrumbrosa. Dentro, un hombre enjuto y demacrado alzó la vista. El brillo de la antorcha reveló el rostro del médico. Tenía la barba crecida, la piel cenicienta, y ojos hundidos por las noches sin descanso. Al verlo, se incorporó con torpeza, tambaleante, y cuando reconoció a Dave, se arrastró hasta la reja.

—Mi *laird*, os lo suplico —balbuceó, aferrándose a los barrotes con dedos temblorosos—. Dejadme salir. Yo… yo solo cumplía

órdenes. No sabéis lo que me habría ocurrido si me negaba.

Dave lo observó en silencio unos segundos, con el rostro pétreo. Luego se inclinó apenas, lo suficiente para que sus palabras sonaran como un filo.

—Dices que cumplías órdenes —su voz era baja, contenida, pero cargada de furia—. Y mientras las cumplías, encerraste a una mujer inocente durante once años. Once años, Collins. Le robaste su vida, su libertad. Tú y mi padre robasteis a una madre de su hogar con unas hijas recién nacidas.

El médico bajó la cabeza, avergonzado, con las lágrimas empezando a surcarle las mejillas sucias.

—Os juro que no tenía elección —explicó entre sollozos.

Dave apretó la mandíbula.

—Mañana, al amanecer, pagarás por lo que hiciste. Serás colgado en el patio, ante todos.

El hombre se desplomó de rodillas, y un gemido desgarrador escapó de su garganta.

—¡No, por piedad! ¡Os lo ruego, dadme un juicio justo!

Dave avanzó un paso, con la sombra de su figura llenando la celda.

—¿Un juicio justo? —repitió con amargura—. Mi madre no lo tuvo. Fue condenada sin pruebas, sin defensa, sin esperanza. Y tú fuiste su verdugo. No mereces más que lo que el amanecer te traerá.

El silencio se hizo pesado. Collins temblaba, abrazado a sí mismo, hasta que, entre sollozos, dijo:

—Si he de morir dejadme al menos ver a un sacerdote. Quiero confesar mis pecados, es mi última voluntad.

Dave lo miró largamente, sin mover un solo músculo del rostro. Finalmente asintió con un leve gesto.

—Bien —dijo con voz áspera—. Será tu última voluntad.

Y sin añadir más palabras, se dio media vuelta y subió las escaleras, dejando atrás el sonido de los lamentos del médico.



El aire cortaba como un cuchillo cuando Dave salió al exterior; la tarde ya había entregado sus colores y el frío se filtraba hasta los huesos. Hundió las manos en los bolsillos del abrigo y respiró hondo, intentando ahogar la inquietud que le taladraba el pecho.

Harper —su nombre—, resonaba en cada sombra del patio, en el crujido de la leña, en el silbido del viento entre las almenas. Con todo lo ocurrido aquel día no había logrado buscarla; la culpa le pesaba como una cadena. ¿Habría vuelto al castillo?

Al desviarse hacia la puerta principal se encontró con Bryson, que esperaba apoyado sobre la baranda de la escalera con mirada grave. El hombre se enderezó al verle.

—Debo decirte algo, Dave —dijo Bryson sin rodeos—. Es Harper.

Dave lo miró con la frente surcada por arrugas de alarma.

—¿Qué sucede?

Bryson tragó y sacó un papel doblado del interior de la chaqueta y lo extendió hacia él.

—Se ha ido. A mediodía. Dijo que debía hacerlo, y dejó esto para ti.

Dave tomó la carta con gesto automático; la letra de ella le quemó los dedos. Leyó en silencio, con cada palabra atravesándole como si fueran dardos. Cuando terminó, arrugó la hoja con los dedos hasta sentir el papel crujir bajo la presión.

—¿La has dejado marchar? —le recriminó sin medida.

Bryson le mantuvo la mirada, sin arrepentimiento en el rostro.

—Tenía que hacerlo, Dave. No pude retenerla. —Su voz era sincera—. Creo que es mejor así. Debes centrarte.

Aquellas palabras fueron como una chispa sobre un pajar. Por primera vez, la ira asomó en la mirada de Dave, fría y afilada. No era solo la pérdida; era la sensación de haber sido privado de una elección en su lugar. Se acercó a Bryson hasta quedar a pocos pasos, imponiendo su presencia.

—Debiste habérmelo dicho de inmediato —dijo con voz tensa—. Bryson, eres mi sangre, mi mano derecha, y te aprecio. Pero no olvides ante quién estás. ¡Soy tu *laird*, maldita sea!

—Y no lo olvido, por eso busco lo mejor para ti y para el clan.

—No te atrevas a decirme nunca más que no estoy centrado, porque me ocupo perfectamente de mis asuntos —replicó Dave, y la autoridad en su tono apagó cualquier reproche anterior—. Ahora ve con los hombres y prepara la ejecución del doctor para mañana. ¡Lo quiero muerto a primera hora!

Bryson asintió desconcertado. No esperaba que su primo le hablase así, y entendió que se había sobrepasado.

—Así se hará —respondió firme.

—Y después de eso, saldremos a buscarla. No debe de estar demasiado lejos.

—Que así sea. —Dijo con voz corta.

Bryson comenzó a andar, pero Dave lo llamó de nuevo.

—Y una cosa más —dijo—. Busca a un párroco de inmediato. Collins pidió ver a un sacerdote está noche. No negaré una confesión a un hombre que morirá con los primeros rayos del sol.

Bryson asintió sin vacilar.
—Se lo llevaré tan pronto como lo encuentre.
Después de eso, Bryson se alejó, perdiéndose en la noche.

Capítulo 19

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El frío de la mañana calaba hasta los huesos cuando el sacerdote salió de las celdas, con la sotana revuelta y la cara encendida por la cólera. Sus pasos eran zarpazos de aire que abrían paso entre los hombres agolpados. En el patio, la horca esperaba como un gigante de madera, y los campesinos y criados venidos de los alrededores formaban un semicírculo de ojos brillantes.

El párroco se abrió paso con la mirada dura, y se plantó ante Dave como si quisiera cortarlo en dos con su sola presencia. Levantó el dedo y lo señaló con acusación.

—¡Vas a culpar a un hombre inocente! —exclamó en tono acusador—. Esto es una sentencia precipitada.

—¿Inocente? —replicó Dave, y la palabra le salió como una piedra arrojada—. Inocente es la mujer a la que le robó la vida.

El sacerdote, descompuesto por la indignación, escaló la afrenta hasta la amenaza, sin pensar que estaba siendo un necio.

—Tu madre es una bruja, igual que esa mujer de la que me habló el médico, esa tal Harper Talamh —escupió—. Si matáis a este hombre, haré que las llamas reclamen a las culpables.

Las palabras cayeron como una piedra sobre la calma que precede al trueno. Dave tuvo un impulso oscuro, y su mano buscó el cinto colocándola sobre la empuñadura de su *claymore*. Sus ojos, fríos como acero bruñido, se clavaron en el sacerdote.

—Cuidado con esa lengua, hombre de Dios —dijo con voz baja, mortal—. El oficio que sirves no te autoriza a amenazar a un *laird.* Podría matarte ahora mismo si se me antojase.

El párroco, sin inmutarse, arremetió con desafío:

—¿Matarías a un siervo del Señor? —preguntó.

—Lo mataría —respondió Dave sin parpadear—, sí. Por defender a mi familia.

Bryson, que había estado a su lado, puso la mano en el brazo de Dave en un gesto instintivo para contenerlo, pero Dave la rehusó con un movimiento brusco.

Después miró a dos de sus guerreros, y estos —obedientes a los gestos de su señor—, dieron un paso adelante.

—¡Retenedlo! —ordenó Dave con voz cortante.

Los dos hombres robustos se adelantaron y lo sujetaron mientras él protestaba como un león herido.

Entonces Dave le exigió a otro de sus hombres que trajesen al médico. Ya se había cansado de todo aquello, y por fin terminaría con la vida de uno de los hombres que había arruinado a su familia.

Arrastrado hasta la plataforma, Collins gimió y suplicó hasta quedarse sin voz; aquello era penoso.

Dave se acercó hasta él y se colocó a su lado.

—Ten algo de dignidad, Collins. Afronta la muerte como un hombre. —No había piedad en sus palabras, solo la frialdad de quien desea impartir justicia.

No hubo más discurso. Dave tiró de la palanca con mano firme; la trampilla se abrió y el peso de la sentencia se hizo oír en un golpe sordo que hizo retroceder a algunos.

Un momento después se escuchó un murmullo, y luego un alborozo grave recorrieron las gargantas. La gente coreó, alzó las

manos; para muchos allí aquello era la justicia reclamada y la reafirmación de poder de su *laird*.

—Esto es lo que les pasa a los que me traicionan —dijo, y sus palabras encontraron la aceptación de los presentes satisfechos de aquella sentencia.

Cuando el zumbido aún no se había apagado, Dave se volvió hacia el sacerdote, bajó los escalones de madera, y se dirigió hacia él.

—Vete y guarda silencio de confesión, viejo. Si pronuncias palabra alguna sobre lo que te confesó el doctor, será tu cuerpo el que penda de esa cuerda —sus palabras fueron graves, pero susurradas para que solo el padre las escuchara.

No hubo tiempo para la réplica. Un grito tronó al otro lado del patio, acompañado de los sonidos de los tambores de guerra. Hombres armados y figuras que no habían pertenecido al gentío se abalanzaron desde los extremos, empujando y golpeando a los presentes.

Eran guerreros.

Los alaridos se apoderaron del patio, un patio que minutos antes había sido un teatro de justicia. Todo se convirtió en un caos de empujones y amenazas.

Dave llamó a sus hombres mientras desenvainaba su *claymore*.

—¡Nos atacan! —exclamó Bryson.

—¡Rápido, a las armas! —gritó Dave mientras ensartaba a uno.

Bryson chilló las órdenes, los guardias formaron una línea, y la turba se partió en dos como un mar que encuentra una roca.

Entonces en medio del tumulto, la figura de Finn apareció de pronto. Dave no podía creerlo. ¿Cómo osaba desafiarlo? Apenas era un joven de dieciocho primaveras, ¿cómo había podido reunir tantos hombres? Fue en ese instante cuando todas sus dudas se disiparon, cuando junto a su primo apareció su tío Cameron MacDougall.

—¡Malditos traidores! —gritó encolerizado Bryson.

Dave sintió un fuego que lo devoraba, una ira descontrolada deseosa por estallar. Se abrió paso junto a Bryson con su espada,

luchaban hombro con hombro, pues ambos tenían el mismo objetivo; matar a Finn y a Cameron MacDougall.

Bryson, bruñido y rápido, cubría su flanco con la eficacia de quien había crecido entre escudos. Desvió una estocada que venía dirigida al costado de Dave y le devolvió un tajo limpio al atacante con un movimiento tan seco que casi no hubo sangre, solo la caída de un hombre que ya no volvería a levantarse.

Dave, con la furia concentrada en cada músculo, clavaba la mirada en la figura desgarbada de Finn, que se movía como una sombra joven, decidido a herir al *laird* que lo había despojado del orgullo.

Finn era todo velocidad, pero la ira de Dave era distinta, era calculada y astuta. Cuando por fin se encontraron cara a cara, Finn no vaciló. Le lanzó una severa estocada que alcanzó el borde de la capa de Dave, éste giró el torso, sintiendo el viento de la hoja, y aprovechó la apertura para asestarle un golpe descendente y feroz, que hizo que la espada cortara el vientre de su primo. Finn cayó con la sorpresa en la boca; Dave no le permitió más tiempo. Se arrodilló ante él apenas un segundo, vio en sus ojos la mezcla de rabia y miedo, y con un movimiento definitivo —rápido, preciso, sin estridencias— le clavó la punta de su *claymore* justo a la altura del corazón. Finn expiró con la boca abierta, mientras Dave lo miraba con lástima.

Cameron gritó desconsolado al ver a su hijo caer, y sin pensarlo dos veces se lanzó a la batalla con su espada en alto. Su llegada al combate cambió la marea: empujaba, desgajaba filas, y su *claymore* cantaba con la experiencia de décadas. Dave lo vio avanzar, vio en él el rostro de la traición hecha carne, y supo que aquel era su verdadero adversario. Su tío era el verdadero traidor y se había encubierto con su propio hijo.

Era un cobarde, eso es lo que era.

Se abrieron paso por entre guardias y campesinos hasta quedar frente a frente, y el mundo, por un instante, se redujo al filo de sus espadas.

El encuentro fue brutal.

Cameron descargó su *claymore* con todas sus fuerzas. Dave apenas desvió el ataque con su arma, y la madera de la empuñadura vibró en su mano. Cada intercambio era peor que el anterior. Dave luchaba con la furia de la traición, y Cameron con la rabia de haber perdido a su hijo.

Bryson y dos hombres más sujetaban a los que querían romper la línea, manteniendo la presión para que Dave pudiera pelear. Al tercer asalto, Dave sintió la cólera convertirse en una calma afilada, vio la oportunidad y no la desaprovechó. Su tío le había lanzado una estocada con tanta fuerza que apenas pudo mantener el equilibrio, eso lo hizo vulnerable ante los ojos de Dave, que ensartó su espada en su costado. Fue casi automático. Cameron cayó con la mano abierta hacia el cielo como quien busca a qué aferrarse.

Cuando la última figura cayó, la música del combate se fue apagando como cuerdas destensadas. El patio quedó sembrado de cuerpos y de respiraciones entrecortadas; algunos hombres vitorearon, otros se santiguaron. Pero Dave permaneció erguido, con el sudor y el barro pegados a la cara, y la *claymore* todavía goteando la evidencia del ajuste. Su pecho ardía, no solo por el esfuerzo, sino por el dolor de la traición de su propia sangre.

Bryson llegó a su lado, apoyando una mano en su hombro para hacerle notar su apoyo, pues sabía que aquella victoria para el *laird* era agridulce.

Dave miró a los cuerpos tendidos, y luego al cielo gris, como buscando en la niebla una razón o una señal para no sentirse tan mal. Con la sensación de haberse vaciado por dentro, se giró, ordenó recoger a los heridos y asegurar la fortaleza.



Las gemelas no pudieron evitar gritar al contemplar por la ventana la escena que se desarrollaba en el patio. Abajo los hombres luchaban ferozmente ante sus ojos. Crystine que estaba tumbada en el lecho, con esfuerzo se incorporó lo más rápido que su entumecido cuerpo la dejó, para apartarlas de la ventana.

En cuanto pudo ver lo que estaba pasando, el miedo la recorrió de inmediato. Los estaban atacando, pero no veía tartanes enemigos, solo hombres sin clan que luchaban contra sus guerreros.

Trató de consolar a las niñas con palabras llenas de cariño. Las envolvió entre sus brazos y les aseguró que no les pasaría nada, y fue en ese mismo instante cuando de pronto la puerta de su alcoba se abrió de golpe, y sin previo aviso.

Era una mujer alta que cruzó el umbral con paso seguro, llevaba una capa negra sobre los hombros, tan larga que arrastraba por el suelo, y una capucha que cubría parte de su rostro. En su mano derecha algo brilló, era la hoja de un cuchillo.

Crystine retrocedió instintivamente, empujando a las niñas tras ella.

—¡Aléjate! —gritó, con la voz más quebrada de lo que habría querido.

La mujer retiró su capucha, y después sonrió con una calma terrible.

—Dame a las niñas y no te ocurrirá nada. —La frase cayó como una orden.

Crystine apenas tuvo unos segundos para pensar.

Había algo en la forma en que la mujer pronunció «niñas», en la seguridad de sus manos, que fue encendiendo pequeñas luces de memoria en su mente aturdida. Aquella mujer le era familiar.

—¿Qué queréis? ¿Por qué estáis aquí? —preguntó Crystine, aferrando el candelabro que reposaba sobre su mesita con toda la fuerza que le quedaba.

—No te has enterado, Crystine —dijo por fin—. Estamos en guerra.

Fue entonces cuando la reconoció.

Ligueria.

La mujer de Cameron MacDougall, su cuñada.

—¿Es que acaso te has vuelto loca, Ligueria? Somos tu sangre, tu mismo clan.

—Sois la razón por la que mi esposo no es el *laird* de estas tierras. Acabaremos con toda vuestra descendencia y tomaremos lo que siempre debió ser nuestro. El clan de los MacDougall necesita a un líder fuerte, y ni tu esposo lo fue jamás y ni tu hijo lo será. Así que entrégame a tus hijas, no te lo diré otra vez.

—Tendrás que matarme a mi primero.

Crystine alzó el candelabro y se lanzó contra Ligueria sacando fuerzas de donde no las tenía.

Ambas forcejearon, pero pronto Crystine sintió como su cuerpo no le respondía. Estaba débil, enferma, y aquello jugaba en su contra. Ligueria lo sabía y aun así no tuvo piedad, tampoco la tuvo cuando se dio cuenta de que las niñas miraban la escena acurrucadas en un rincón mientras lloraban abrazadas la una a la otra.

Ligueria clavó el cuchillo en el pecho de su cuñada, y tuvo la paciencia de observar cómo sus ojos se apagaban ante ella. No tuvo piedad, ni remordimiento.

El grito de las mellizas fue desgarrador. Pero más desgarrador fue como Ligueria atravesó la estancia con las manos manchadas de sangre y las agarró a cada uno por el brazo. Sujetó a las niñas con manos de hierro, las arrastró hacia la puerta y las sacó de la estancia sin ninguna delicadeza. No reparó en sus gritos, no reparó en su sufrimiento, en su mente no había otra cosa que no fuese su propio interés.



El estrépito de la batalla seguía retumbando entre los muros cuando Ligueria irrumpió en el patio con las niñas, una a cada lado, y arrastrándolas sin cuidado. Pero lo que encontró allí no era victoria.

No era poder como esperaba, ni el triunfo que había imaginado durante años.

El aire olía a sangre y a hierro caliente; los gritos se mezclaban con el choque de las espadas. Y, en medio de aquel caos, lo primero que vio fueron los cuerpos de Cameron y Finn tendidos en el suelo como si la tierra misma los hubiese vomitado de vuelta a la realidad.

La sorpresa la dejó sin aliento un instante, pero la furia no tardó en reemplazarla.

«¿Cómo era posible».

Tenían ventaja, tenían hombres, tenían la debilidad del clan, la sorpresa y, aun así, habían caído. No podía entenderlo. Miró el cuerpo de su hijo tendido en el suelo, y retuvo sus lágrimas sustituyéndolas por rabia y sed de venganza.

Los pocos mercenarios que quedaban con vida huían como ratas, incapaces de sostener la embestida de los guerreros de Dave.

El plan se había esfumado ante sus ojos.

Ligueria miró a las niñas, llorosas, temblorosas, y con los vestidos manchados de sangre ajena.

Ellas eran ahora su único salvavidas.

Escaneó el patio con los ojos de una loba acorralada hasta encontrar a uno de los suyos:
un hombre corpulento, cubierto de sangre y tierra, que aún conservaba la espada en la mano.

Cojeaba, pero respiraba.

Y sobre todo, *obedecía*.

—¡Tú! —le gritó, acercándose con paso decidido—. Ayúdame. Tenemos que salir de aquí.
El hombre la miró, desconcertado.

—Mi marido ha muerto, y también mi hijo —dijo ella sin pestañear—. Y si no espabilas, tú también lo estarás.

Lo sujetó del antebrazo, casi clavándole los dedos.

—Nos llevamos a las niñas. Son lo único que puede mantenernos con vida. ¿Me has entendido?

La respuesta llegó en forma de un asentimiento brusco.

Ligueria empujó a una de las mellizas hacia él.

El guerrero la agarró como si fuera un saco de harina, tirándosela al hombro entre los chillidos desesperados de la pequeña. A la otra la tomó por la cintura sin delicadeza alguna; los pies de la niña apenas tocaron el suelo mientras él la arrastraba consigo.

—¡Rápido, antes de que alguien nos vea! —ordenó Ligueria, echando una mirada frenética al patio donde la batalla empezaba a inclinarse sin duda hacia un solo lado: el de Dave.

Corrieron hacia la parte trasera de la fortaleza, moviéndose entre sombras y rincones como ladrones. El estruendo de la lucha se iba apagando a medida que se alejaban.

Al final del pasadizo, allí donde el muro estaba cubierto de musgo y apenas se oían los gritos, esperaba la carreta que habían preparado para su huida. Dos caballos nerviosos tiraban de los arneses, percibiendo el olor del miedo.

El guerrero lanzó a las niñas a la carreta sin miramientos; una cayó sobre las mantas, la otra se golpeó el costado, pero ninguna logró escapar. Ligueria subió de un salto, tomó las riendas con manos temblorosas y chasqueó la lengua.

—¡Sujétate! —ordenó al hombre, que se encaramó detrás, espada en mano.

Los caballos arrancaron, primero con un brinco, luego al galope, levantando un rastro de tierra húmeda mientras la carreta desaparecía por el camino estrecho que conducía al bosque.

Y así, Ligueria MacDougall huyó con lo único que le quedaba: dos niñas que no le pertenecían,

dos vidas que pensaba usar como moneda de cambio, y con su última oportunidad de dominar un destino que ya no controlaba.

Capítulo 20

Escocia, Lornhaven, 1591

Harper colocó la silla sobre el lomo del corcel con movimientos tensos pero precisos. No sabía hacia dónde dirigiría sus pasos, pero sí tenía la certeza de que iría ver a su hermana pequeña antes de emprender cualquier viaje. Una sola vez. Necesitaba asegurarse de que Emily estaba bien, de que seguía a salvo. Ya no le importaban las palabras de su madre, pues había comprobado por si misma que mantenerla alejada de sus hermanas no la había protegido, sino que la había hecho más vulnerable.

Porque separadas, solo estaban más solas. Separadas, ella seguía huyendo.

Seguía ocultando sus dones. Seguía escondiéndose del mundo.

Al menos antes las tenía a ellas.

Metió el pie en el estribo, lista para montar, cuando un hierro candente le atravesó la mente.

La visión la arrastró sin piedad.

Primero vio la carreta, bamboleándose entre sombras. Las gemelas estaban sentadas en el fondo, con sus pequeños vestidos

manchados de sangre, los labios temblorosos, y los ojos muy abiertos por el terror. Esta vez la imagen era más nítida: una mujer pelirroja sujetaba las riendas, y a su lado, encajado como una montaña entre tablas, un hombre corpulento vigilaba a las niñas.

La imagen se distorsionó, giró, y se rompió en un destello blanco.

La siguiente visión fue un golpe seco en el pecho. Crystine yacía en el suelo, con un charco oscuro extendiéndose bajo su cuerpo. No veía su rostro, pero la quietud, la absoluta falta de vida… lo decía todo.

Harper soltó un grito ahogado y se tambaleó, aferrándose a la silla del caballo para no caer.

El pánico la arrasó por dentro.

Las niñas estaban vivas, pero secuestradas, y Crystine… Crystine parecía muerta.

Un frío helado le recorrió la columna. No podía permitirlo.

Pensó en Dave, y lo injusta que era la vida con él. Ahora que había recuperado a su madre el destino trataba de robársela de nuevo. No podía permitirlo

Si había una mínima posibilidad de evitar el desastre, tenía que actuar. Tenía que volver. Tenía que ayudarlo.

Montó de un salto, clavó los talones en los flancos del animal y salió disparada del establo.



Harper apenas había cruzado el puente de entrada cuando un grupo de hombres se abalanzó hacia ella, corriendo en dirección contraria. Sus rostros estaban desencajados por el terror, algunos con las ropas manchadas de sangre ajena, otros sujetando bultos y pertenencias a medio recoger. Era el caos encarnado.

Uno de ellos tropezó y cayó de bruces en el barro, con la sotana enredándose bajo su propio peso. Harper detuvo a su caballo de inmediato, desmontó y corrió hacia el hombre.

El párroco, jadeante, se incorporó con dificultad mientras se sacudía la tierra del pecho.

—Gracias, hija —dijo, todavía aturdido.

Pero en cuanto levantó la vista hacia la fortaleza, sus ojos se desorbitaron de nuevo.

—Da la vuelta muchacha —ordenó con voz férrea—. Ahí dentro se libra una guerra. Es demasiado peligroso.

Harper negó con la cabeza, decidida.

—Debo ayudar a los míos. No puedo dejar que les pase nada.

Porque sí. Ya los consideraba de los suyos, además le había jurado lealtad a Dave, y ¿qué clase de persona sería si dejaba que les hiciesen daño a sus hermanas?

El hombre la miró entonces con verdadera atención por primera vez, y su expresión cambió, endureciéndose. Observó su rostro, los ojos azules que parecían encenderse con una luz propia, y el cabello negro como el ala de un cuervo cayendo sobre sus hombros. Entonces un nombre vino a su mente; Harper Talamh.

¿Podría ser la mujer que el médico le describió? ¿La de los dones impuros?

El párroco entrecerró los ojos, acercándose un paso más.

—Dime tu nombre, hija.

Harper tragó saliva, sin imaginar el peligro.

—Harper Talamh —contestó inocente a la intención del sacerdote.

El hombre no necesitó más.

Su rostro se contrajo en una mueca de horror mezclada con fervor fanático.

—¡Por todos los santos! —La agarró con brusquedad del brazo, como si hubiese tocado fuego—. ¡Atrapadla! ¡Es una bruja!

Antes de que Harper pudiera entender qué pasaba, varios feligreses que huían junto a él se abalanzaron sobre ella. La empujaron contra su propio caballo, retorciéndole los brazos a la espalda.

Ataron sus manos con cuerdas, mientras la insultaban y la amenazaban con la hoguera.

—¡No! ¡Soltadme! —gritó, intentando zafarse, pero eran demasiados, todos movidos por el pánico y la superstición.

La levantaron como si fuera un fardo y la subieron de mala manera sobre la silla de su montura, inmovilizándola mientras ella gritaba.

—¡Calla, bruja! —escupió el párroco—. Serás juzgada ante el Señor. La Iglesia decidirá tu destino.

Harper trató de hablar, de advertirlos, de suplicar, pero no logró emitir más que un sonido ahogado antes de que le colocasen una mordaza áspera entre los labios.

Su caballo se estremeció bajo ella, desorientado.

Harper, atada y amordazada, no pudo hacer nada más que mirar con el corazón desbocado como los hombres la alejaban de la fortaleza justo cuando más necesitaba llegar a ella. No temía por lo que le sucediese, temía por Dave y su familia, temía que fuese demasiado tarde.

Capítulo 21

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Dave seguía dando órdenes en medio del caos del patio:

—Retirad los cuerpos, aseguraos de que no haya heridos entre los nuestros, ¡reunid a los capitanes!

Cuando escuchó pasos veloces y vio a Elora aparecer ante él, casi sin aliento, y con el rostro descompuesto.

—Mi señor… —jadeó—. Algo le ha pasado a su madre. Debéis venir. Ahora.

No hizo falta más. Ni Dave ni Bryson necesitaron preguntar nada: la expresión de la sirvienta lo decía todo.

Dave salió corriendo de inmediato, y Bryson lo siguió. Subieron los escalones de dos en dos, atravesaron el pasillo como una exhalación y, cuando Dave entró en la estancia, sintió que el mundo se detenía.

Su madre yacía en el suelo.

Había sangre. Mucha sangre. Demasiada.

—¡No! —gritó Dave, arrodillándose de golpe.

El aire se le atascó en los pulmones cuando vio el arma.

Un cuchillo hundido en el pecho de su madre.

Aún respiraba, pero apenas. Su pecho subía y bajaba con un temblor casi invisible, como si cada bocanada fuese un último esfuerzo.

—Madre… —extendió la mano con desesperación.

Preso del pánico, intentó sujetar la empuñadura para arrancar la daga, pero Bryson lo detuvo con un movimiento brusco.

—¡No lo hagas! —gruñó, sujetándole la muñeca—. Podrías matarla.

Dave cerró los ojos, tragándose el horror, y asintió con lágrimas en los ojos.

—Buscad a un médico —ordenó con la voz rota.

Elora salió disparada de la estancia rumbo al establo; si montaba un caballo, aún podía encontrar a uno en el pueblo.

Mientras tanto, Bryson ayudó a Dave a levantar a la mujer con todo el cuidado del mundo. La depositaron sobre el lecho, inconsciente, y pálida como la nieve.

Y entonces Dave recordó a las niñas.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Mierda! —jadeó, levantándose de golpe—. Bryson, busca a las niñas. ¡Ahora! Pueden estar en peligro.

La carta de Harper cruzó su mente como un relámpago. Su advertencia. Su visión del secuestro.

«Que Dios no permita que se cumpla». Pidió al cielo.

Bryson salió corriendo hacia la alcoba de las pequeñas, mientras Dave se quedó junto al lecho, temblando.

—Por favor, no me dejes, madre. No ahora —le imploró sin saber si ella podía escucharlo.

Como si el amor la hubiese llamado desde un punto muy lejano, su madre abrió apenas los ojos. Dos rendijas vidriosas, cansadas, pero conscientes.

—Dave… —susurró, y él acercó su rostro al suyo.

—Estoy aquí, madre. No habléis, por favor. Ya viene ayuda. Os pondréis bien.

Ella negó con un gesto casi imperceptible. No había tiempo para consuelos.

—Ha sido… Ligueria… —habló con apenas un hilo de voz—. Ella me hizo esto… Y… se llevó… a las niñas…

Dave sintió un latigazo de furia recorrerle el cuerpo y la mandíbula se le tensó hasta dolerle.

Ligueria.

—No… no puede ser —dijo, pero la negación era inútil. La mirada de su madre lo confirmaba todo.

Ella alzó una mano temblorosa, apenas capaz de rozar su mejilla.

—Hijo… cuida de tus hermanas… Encuéntralas… Y cuando las tengas… serás feliz con ella. Lo he visto… —una sonrisa débil y dulce se dibujó en sus labios—. Lo he visto, Dave…

—No —susurró él—. Madre, no me dejéis. No puedes hacerme esto.

Pero ella ya estaba agotada. Era como si hubiese sostenido la vida únicamente para despedirse.

—Mi niño… —suspiró, cerrando los ojos.

Su mano cayó, sin fuerza, y su pecho ya no volvió a levantarse.

Dave la sostuvo contra su cuerpo mientras la última exhalación se perdía entre sus manos.

El castillo entero pareció contener el aliento ante el rugido silencioso de un hombre que acababa de perder a su madre, y que juró —en ese mismo instante—, que Ligueria pagaría por cada gota de sangre derramada.



Bryson llegó jadeando, sudoroso, y con el rostro pálido como la cera. Pero en cuanto cruzó el umbral se detuvo en seco.

Dave estaba arrodillado junto al lecho, abrazando el cuerpo sin vida de su madre como si pudiera devolverle el calor a fuerza de aferrarse. Tenía la cabeza inclinada sobre el cabello de ella, los hombros tensos, y el pecho subiendo y bajando en un intento desesperado por no romperse allí mismo.

Bryson tragó saliva, sintiendo cómo el corazón se le encogía al verlo así.

—Dave… —lo llamó con suavidad.

Dave alzó la cabeza. Sus ojos ya no lloraban.
Ahora ardían. Ardían con una furia tan profunda que Bryson dio un paso atrás sin darse cuenta.

—Las niñas no están, Dave —dijo al fin—. He buscado por todas partes. En todas las torres, en los establos, en la cocina. No hay rastro de ellas.

Dave cerró los ojos un instante, apretando la mandíbula.

—Lo sé —respondió con voz grave, rota y, aun así, firme—. Mi madre… alcanzó a hablarme antes de partir. Ligueria se las ha llevado.

El mundo de Bryson se inclinó.

—¿La tía Ligueria? —sus ojos se abrieron, incrédulos—. ¿Ella? No… no puede ser.

Dave lo miró fijamente.

—Era ella. No hay duda, mi madre la reconoció, por lo visto Ligueria también es parte de esta traición.

Bryson apretó los puños.

—Maldita sea… —maldijo, con un temblor de rabia en la voz—. Debemos encontrarlas, Dave.

Dave respiró hondo una sola vez.

Y entonces se levantó.

Con mucho cuidado, dejó reposar a su madre sobre las sábanas, y luego se irguió, recomponiéndose a la fuerza. Era el *laird*. No podía quedarse de rodillas cuando sus hermanas estaban desaparecidas.

—Las encontraremos —dijo sin vacilar—. Prepararemos a los hombres de inmediato. Peinaremos cada camino, cada bosque, ¡cada maldito rincón de estas tierras!

Pasó una mano por su rostro, tratando de borrar las lágrimas, pero dejó la sangre de su madre marcada en su piel.

Harper cruzó su mente entonces.

Su apoyo. Su claridad. La única que había visto lo que iba a suceder.

Pero decidió marcharse.

Ese pensamiento dolió más que la herida abierta en su pecho.

Había visto el secuestro de las niñas en sus visiones.

«¿Habría visto también esto? ¿La muerte de mi madre?».

Una rabia amarga le subió por la garganta.

«No… Harper no la habría dejado morir a su suerte. No ella».

Quiso creerlo con todas sus fuerzas.

Se volvió hacia Bryson, con la voz endurecida, llena de propósito.

—Preparemos a los hombres —ordenó—. Salimos en cuanto los caballos estén listos. No pienso perder ni un minuto más.

Y juntos salieron de la estancia, dejando atrás el silencio de la muerte, para lanzarse de lleno a la caza.

Capítulo 22

Escocia, Lornhaven, 1591

Elora llegó al pueblo casi sin aliento, tirando del ronzal del caballo como si de ello dependiera la vida entera del clan. Su corazón golpeaba contra sus costillas. Debía encontrar al médico, y debía hacerlo de inmediato. Si tardaba un minuto más, la señora MacDougall moriría.

Pero al doblar la esquina que daba a la pequeña iglesia de Lornhaven, su mundo se detuvo.

Un hombre bajó a tirones a una mujer de un caballo. La arrojó al suelo como si no fuese más que un saco. Alrededor, la multitud gritaba insultos, y escupía palabras llenas de veneno.

—¡Bruja!

—¡Engaño del demonio!

—¡Que arda!

Elora sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

Era Harper.

Harper, maniatada. Amordazada. Con el rostro pálido y los ojos azules llenos de pánico y lágrimas. No pudo evitar recordar la escena donde le pasó lo mismo a Ginevra. Entonces lo tuvo claro.

Era su hermana. Conforme más la miraba más segura estaba. Debía ayudarla, lo haría, y con ello enmendaría algo de la culpa que la carcomía por dentro, por haber contribuido a la acusación de brujería de Ginevra.

Elora se abrió paso entre la turba como una exhalación, empujando hombros y codos, e ignorando los gritos.

Harper levantó la cabeza cuando la vio y sus ojos se agrandaron. Una lágrima rodó por su mejilla.

Elora llegó hasta el cura justo cuando los feligreses empujaban a Harper hacia las escaleras del templo.

—Padre… por favor —suplicó con urgencia—. Déjeme hablar con ella. Solo un momento. Se lo ruego.

El sacerdote la miró de arriba abajo. La conocía: la muchacha amable que asistía a misa cuando podía, la criada humilde de los MacDougall.

—¿Qué relación tienes con esta mujer? —preguntó con recelo.

—Trabajo en la fortaleza de los MacDougall, y ella también, en las cocinas —mintió sin que le temblase la voz—. Solo necesito un momento. Por favor, padre.

El sacerdote dudó. Se vio a sí mismo como hombre de Dios, y quiso creer que aún tenía algo de misericordia en el pecho.

—Muy bien —cedió al fin—. Pero solo unos instantes.

La llevó dentro de la iglesia, cerrando la puerta para apartar el rugido de la muchedumbre. La luz filtrada por los vitrales pintaba el suelo de colores, pero nada podía suavizar aquella escena.

Elora se acercó, y con manos temblorosas, desató la mordaza de Harper. En cuanto su boca quedó libre, la rodeó con un abrazo desesperado.

—Crystine ha sido atacada —susurró entre sollozos, ocultando el rostro en su cuello—. He venido a buscar al médico y… y te he visto a ti…

Sintió a Harper tensarse. La joven tragó saliva antes de hablar, sabiendo que estaba apuñalando la esperanza de Elora.

—Crystine ha muerto —confesó, con la voz hecha pedazos—. Lo he visto.

Elora se derrumbó. Se tapó la boca para ahogar un grito, pero las lágrimas la desbordaron.

—No… no puede ser…

Harper la sostuvo con las manos atadas, como pudo.

—Lo siento, Elora. Ojalá no fuera verdad…

La muchacha respiró hondo, como si necesitara anclarse a algo para no caerse.

—Buscaré ayuda para ti —dijo al fin, limpiándose las lágrimas con rabia—. Avisaré a Dave que estás aquí. No dejaré que te hagan daño. Te lo prometo.

Harper asintió, inclinando la frente contra el hombro de ella.

—Antes… dime algo —pidió Elora, aún con la voz quebrada—. Ginevra Talamh… ¿ese nombre te dice algo?

Harper se separó de golpe con los ojos muy abiertos.

—¡Es mi hermana! —exclamó.

—He estado con ella. Está bien. Y creo que podría ayudarte. Iré a buscarla.

—Hazlo —susurró Harper—. Dile… dile que la necesito. Coge mi pulsera. Te creerá si la ve.

Elora rodeó la muñeca de Harper, tomó la pulsera de hilo trenzado, y la guardó en su propio bolsillo con cuidado.

—Volveré con ayuda. Te lo juro —prometió—. No te fallaré.

—Ya basta —gruñó el sacerdote, tirando bruscamente del brazo de Harper—. El tiempo ha terminado.

La arrastró hacia la puerta.

—Esta mujer está condenada —anunció con voz dura—. Será llevada a Edimburgo y quemada en la plaza dentro de una semana. Nadie volverá a verla ni a hablar con ella.

Harper lanzó una última mirada a Elora mientras la empujaban fuera de la iglesia.

Una mirada suplicante.

Una mirada llena de terror.

Y Elora, con la pulsera en su mano, y el corazón desgarrado, juró que no dejaría que muriese. Que haría todo lo posible para salvarla.

Capítulo 23

Escocia, 1591

Dave galopaba como un poseso, con el viento cortándole la cara y el peso del duelo arrancándole el aliento a cada zancada del caballo. Bryson y los cinco hombres seguían su estela, jinetes oscuros bajo un cielo que amenazaba tormenta, como si la misma tierra supiera que algo terrible se avecinaba.

Entonces divisó a Elora al borde del sendero, Dave tiró de las riendas y el caballo se alzó levemente antes de detenerse junto al de ella.

Elora se llevó una mano al corazón al verlo.

—Ya no es necesario ese médico, Elora… —Las palabras se le quebraron en la garganta. No podía pronunciarlo. No todavía. Decirlo en voz alta era hacerlo real.

Elora asintió lentamente, con una serenidad casi dolorosa.

—Lo sé —aseguró—. He visto a Harper. Ella misma me lo ha dicho. Siento mucho su pérdida, señor.

El nombre de Harper golpeó a Dave como una piedra en el pecho. Apretó la mandíbula con fuerza, con un rugido mudo

atravesándole la sangre.

«Entonces lo sabía… y aun así…»

Intentó hablar, pero Elora levantó una mano.

—Mi señor, la tienen encerrada en la iglesia del pueblo.

Él parpadeó, sin comprender.

—¿Qué? ¿Por qué?

—La acusan de brujería. —Elora tragó con dificultad—. Piensan trasladarla a Edimburgo antes de que acabe la semana. Allí… será quemada en una pira.

Dave se llevó la mano al pecho, como si de pronto todo el oxígeno hubiese abandonado sus pulmones.

—¡No! —exclamó. Era la negación de un hombre a punto de desmoronarse—. No, eso no puede estar pasando.

Bryson, viendo cómo la tormenta interna lo arrastraba, se adelantó con voz firme.

—Dave, mírame. —Y lo obligó a alzar la vista—. Tus hermanas siguen desaparecidas. Si no hacemos algo *ya*, podrían correr la misma suerte que tu madre.

Dave cerró los ojos, temblando. Harper… sus hermanas… el deber… el amor. Todo tiraba de él en direcciones opuestas, desgarrándolo sin piedad.

—¡Mierda! —rugió al fin, golpeando el aire como si quisiera romper el destino.

Elora se acercó entonces, con una calma que contrastaba con la desesperación de todos.

—Escúcheme, mi *laird*. —Su voz fue suave, pero firme—. A Harper no la ejecutarán hasta dentro de varios días. Y creo que puedo ayudarla. Pero usted, usted debe ir en busca de sus hermanas. Son solo unas niñas pequeñas, y deben de estar muy asustadas.

Dave negó con violencia.

—No puedo abandonarla. ¡No puedo! ¿Y si la matan antes de que vuelva?

—No lo harán —aseguró Elora—. Haré todo lo que esté en mi mano para impedirlo.

—Tiene razón —intervino Bryson, apoyando una mano en el hombro de su primo—. Déjala en nuestras manos, yo acompañaré a Elora. Tú ve a por las niñas.

Elora añadió:

—Conozco a alguien que puede ayudarla aún más. Su hermana está casada con el *laird* de los Ferguson. Iré a su clan y suplicaré ayuda. No dudo que acudirán de inmediato.

Dave tensó la espalda, con el alma rota por aquella encrucijada en la que se encontraba. Pero sabía que era la única decisión posible.

Primero recuperaría a sus hermanas. Y después… después cabalgaría hasta los infiernos si hacía falta para salvar a Harper.

—Que Dios os acompañe —dijo Bryson.

Se dividieron en un cruce del camino.

Dave espoleó su caballo hacia el bosque con el alma hecha trizas. No podía dejar de pensar en ella, y por más que quisiese echarle en cara que se había marchado dejándolo solo en el peor momento, no podía odiarla, sino amarla.

Haría todo lo posible por recuperarla, pero para ello necesitaba encontrar a sus hermanas más pronto que tarde.

Capítulo 24

Escocia, 1591
Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

El viento helado golpeaba el rostro de Elora como cuchillas mientras el caballo avanzaba a trompicones por el sendero empapado. Llevaba dos días cabalgando casi sin descanso, con Bryson a su lado empujándola a continuar cuando el cansancio amenazaba con derribarla. No habían parado más que lo imprescindible para que los caballos no murieran bajo ellos.

Cuando por fin la silueta del castillo surgió entre la cortina de lluvia, Elora sintió que las fuerzas la abandonaban. El corazón le latía con tanta violencia que apenas podía respirar.

Tenía que lograrlo. Si fallaba, Harper ardería en la pira.

No podía permitirlo.

Al llegar a la entrada, Bryson se apeó antes que ella y la sujetó para que no cayera.

—Ve —le dijo—. Yo me quedaré con los caballos.

Elora asintió, sin aliento, y avanzó hacia la gran puerta de madera. Cada paso sentía como si caminara hundiéndose en arena fría. Llamó con todas sus fuerzas, golpeando con el puño hasta que

los nudillos le ardieron. Cuando Kelly abrió, Elora apenas podía mantenerse en pie.

La mujer la miró alarmada y la hizo pasar. Elora cruzó la entrada principal envuelta en una capa empapada que pesaba como plomo. El viento se colaba por la puerta abierta, agitando su capucha. Se quedó de pie, temblando, aferrándose a la esperanza de salvar a Harper como a un último refugio.

—Estás bien muchacha.

—Debo hablar con Ginevra, es de vida o muerte.

—Los señores están acostados, ya es muy tarde, si quiere pueden hacer noche aquí y mañana…

Elora no la dejó terminar de hablar.

—Tiene que despertarlos entonces, le prometo que esto no puede esperar a mañana. La vida de una persona depende de ello.

Kelly la miró a los ojos y supo que hablaba en serio.

—Está bien, espera aquí muchacha.

La mujer desapareció escalera arriba y Elora se quedó allí de pie en el umbral con el corazón latiéndole a toda prisa.



La oscuridad de la habitación se quebró por un grito ahogado. Ginevra se incorporó en la cama, con los ojos desorbitados, y la respiración hecha jirones. Arthur, que dormía a su lado, se incorporó en un salto, y con el corazón en la garganta, encendió una vela.

—¿Ginevra? —susurró, acercándose, con la voz cargada de alarma—. ¿Qué ocurre?

Ella no podía hablar al principio, sus palabras salían atropelladas. Finalmente, con la voz rota dijo:

—La he vuelto a ver, a la mujer del camisón blanco, sobre la pira. —Sus dedos arañaban la manta como si pretendieran aferrarse a la certeza de la cama—. Arthur, han venido por ella. Van a matarla.

Arthur la tomó entre sus brazos, intentando que el temblor la abandonase. Le limpió la frente con la palma de la mano y buscó calmarla con paciencia.

—Estás en casa —dijo—. Estoy aquí. Nada te harán mientras yo respire.

Ella se apartó un poco, con la mirada perdida.

—No lo entiendes —explicó—. No es una visión cualquiera. Ha llegado el momento. Van a quemarla.

Un estruendo atravesó la noche, fue un trueno, cercano y violento, como si el cielo mismo respondiera a su miedo. La ventana vibró y las velas temblaron. Entonces alguien llamó a la puerta con urgencia.

—¡Señor! ¡Mi señora!

Era la voz de Kelly, sofocada por la lluvia.

—Puedo pasar, es urgente.

—Adelante —dijo Arthur.

La mujer entro con cierto nerviosismo.

—Perdonad que os moleste a estas horas, pero abajo hay una mujer que ruega ver a la señora. Dice que es urgente, de vida o muerte.

Arthur se vistió en un suspiro. Ginevra, con la bata ceñida, y los ojos todavía enrojecidos, lo siguió al corredor. Abajo, en la entrada principal, el viento azotaba la capucha de una figura envuelta en una capa empapada. Kelly sostenía la lámpara de pie junto a ellos. Cuando la mujer descubrió el rostro, el aire pareció detenerse. Era Elora. Mojada hasta los huesos, y temblorosa.

—Elora —dijo Ginevra, incapaz de disimular la sorpresa—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

Elora tragó saliva, las palabras salían atropelladas por la lluvia que aún chorreaba de su capa.

—Necesito contaros algo —dijo sin preámbulos—. No me habría presentado si no fuese absolutamente imprescindible. ¿Recordáis que os dije que os debía una? —miró a Ginevra, y su voz se quebró—. Os prometí que la cobraríais, y hoy es el día.

Ginevra la miró con gesto confuso, hasta que Elora continuó y pronunció un nombre que la dejó helada.

—Conocí a una muchacha. Se llama Harper. Harper Talamh.

El mundo de Ginevra se tambaleó; las piernas le flaquearon y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta.

—Harper… —susurró, como si el nombre le quemara los labios—. ¿Mi hermana?

—Sí —asintió Elora—. Está presa. La han acusado de brujería. La han condenado a morir en la plaza de Edimburgo dentro de cuatro días.

Un silencio feroz cayó sobre la entrada. El latido de Ginevra se aceleró hasta dolerle en los oídos. La visión de la pira, del camisón blanco, su premonición que la había despertado. Era su hermana.

Ginevra cayó de rodillas, con las manos sobre la piedra fría del suelo, y un sollozo escapó de su pecho.

—¡No! —gritó—. ¡No puedo permitirlo! ¡No lo permitiré!

Arthur se arrodilló a su lado en un gesto instintivo, apretando sus manos con fuerza

—No pasará —prometió—. Me aprestaré con los hombres en cuanto amanezca. Avisaré a Thomas; si hay algo que podamos hacer por la vía legal, lo intentaremos. Y si la ley falla, la sacaremos por la fuerza.

Elora bajó la vista.

—Me dio esto, por si no me creíais.

La muchacha extendió la mano, y en ella había una pulsera de hilo.

Ginevra alzó los ojos, bañados en lágrimas, y la agarró reconociéndola de inmediato.

—Oh, Dios mío. Es de ella, yo misma se la hice.

El mundo pareció darle vueltas. Tenía que salvarla a cualquier precio, o no se lo perdonaría jamás.

Arthur la ayudó a incorporarse, sosteniéndola con firmeza mientras la lluvia martillaba la puerta. Ginevra apretó la pequeña pulsera de hilo entre los dedos como si fuera un talismán.

Con la voz todavía rota, se volvió hacia Elora y la miró a los ojos.

—Gracias —dijo sincera—. Si no hubieras venido, no sé qué habría pasado.

Elora fue incapaz de articular respuesta inmediata, pero al fin dejó escapar una sonrisa pequeña.

—Siento todo lo que te hice, y solo espero que puedas salvar a tu hermana.

—Haré lo que haga falta para remediarlo.

Luego, de un movimiento decidido, se volvió hacia Arthur, que permanecía erguido en la penumbra con la vela iluminando su perfil.

—Tenemos que partir cuanto antes. No queda tiempo.

Arthur asintió sin vacilar

—Al amanecer reuniré a la mayor parte de mis hombres —contestó—. Iremos con suficiente fuerza como para exigir la libertad de Harper por la ley; si la ley se cierra, la tomaremos por la fuerza. Avisaré a Thomas para que prepare lo legal y a Price para que organice a los nuestros

Ginevra apretó la pulsera contra su pecho una última vez y cerró los ojos. Sintió el miedo, pero también algo de esperanza.

Al amanecer, partirían. Y salvaría a su hermana, aunque el precio fuese su propia muerte.

Capítulo 25

Escocia, 1591

El camino estaba convertido en un barrizal espeso que atrapaba cada rueda de la carreta que avanzaba con un chirrido lastimero. Los animales que tiraban de ella luchaban por mantener el ritmo, hundiendo las patas en la tierra blanduzca, mientras el guerrero que lo guiaba maldecía entre dientes.

Detrás, bajo una manta húmeda, Annie y Bethany permanecían acurrucadas, con los ojos muy abiertos, vigiladas por la mirada tensa y afilada de Ligueria.

La carreta vibraba con cada bache; las niñas se sostenían para no caer y Annie se golpeó duramente en el costado. Ella gritó por el dolor mientras su hermana la abrazaba tratando de consolarla.

Ligueria, irritada, golpeó el costado de la madera.

—Silencio —les gruñó—. No hagáis las cosas más difíciles.

Pero sus palabras se perdieron cuando el estruendo de cascos de caballos resonó desde la colina.

Ligueria levantó la cabeza de golpe y no le gustó lo que vio.

Desde el sendero lateral aparecieron jinetes, avanzando a ritmo feroz, y levantando salpicaduras de barro a cada tranco. Se acercaban sin frenar.

Se acercaban a ella.

Dave iba al frente, con el rostro endurecido y
la mirada fija en su punto. Su cuerpo entero estaba inclinado hacia adelante, como si fuera parte del mismo caballo que montaba.

Ligueria, palideció.

—No… —susurró.

Trató de pensar en algo, pero ya era demasiado tarde, el encuentro era inminente.

Dave parecía un demonio. Apenas pensaba. Solo se dejó llevar por la ira que le provocó ver la carreta en el camino y a sus hermanas acurrucadas en el suelo de esta como si fuesen fardos.

En cuanto estuvo lo bastante cerca, tiró de las riendas y desmontó en un solo movimiento.
Ni siquiera tuvo que alzar la mano: sus guerreros formaron un semicírculo alrededor de la carreta, cerrando cualquier vía de escape y obligándola a detenerse por completo.

—Ligueria —dijo él, sin gritar, sin temblar—. Suelta a las niñas, ya no tienes escapatoria.

Ella se lanzó hacia las gemelas, desesperada, arrastrando a Bethany consigo y, con un movimiento torpe pero desesperado, llevó su daga al cuello de la pequeña.

Bethany soltó un jadeo ahogado al sentir el metal frio apretando con fuerza sobre su carne.

Dave sintió cómo todo dentro de él se tensaba hasta casi romperse. Pero se quedó quieto. Controlándose. No debía precipitarse o Bethany sufriría las consecuencias.

—¡Alejaos y dejadme marchar a mi hogar! —escupió Ligueria—. ¡Retroceded, pues no respondo de mis actos!

Dave no apartó los ojos de la hoja.

—Tu pelea no es con ellas —dijo—. Apenas son unas niñas, ellas no saben de política.

—Por supuesto que la pelea también las incluye a ellas, su sangre es la misma que la tuya. Son descendientes directas

MacDougall. Las siguientes después de ti en la línea de sucesión. —Lo miró con verdadero odio—. Y son mi libertad. Negociaremos con ellas. Te las entregaré una vez llegue a salvo a mis tierras. O quizá las mate, tal y como hice con tu madre, ahora ya no tengo más que perder.

Las palabras lo golpearon como un puñal invisible, entonces observó a Bethany, la pobre temblaba tanto que era imposible no verlo, y en ese momento se le rompió el corazón. Aquellas niñas habían sufrido tanto…

—Te daré una oportunidad para que las sueltes. No te mataré si lo haces, pero vendrás conmigo y serás retenida por tu traición y por el asesinato de mi madre. Tu esposo y tu hijo han muerto, ahora tu contienda no tiene ningún sentido. La mayoría de vuestros mercenarios han perecido en batalla, y los otros han desertado. No te queda nada, así que te ruego que busques lo que te quede en el pecho de humanidad y sueltes a las niñas que son inocentes.

—¡Jamás! ¡Prefiero morir, ¿me oyes?! ¡Y que mueran ellas también!

La carreta, que estaba hundida en el barro, se inclinó hacia un lado por los movimientos bruscos de Ligueria.

Los caballos, nerviosos por los gritos, retrocedieron unos pasos, el guerrero que acompañaba a Ligueria tiró de las riendas. Todo se movió a la vez: la madera, el peso, las ruedas atrapadas.

Ese instante fue una bendición.

Bethany, aprovechó el momento en que su tía aflojó el agarre. Se deslizó hacia el suelo, y saltó de la carreta cayendo al barro con un pequeño grito. En cuanto sus rodillas tocaron el suelo, corrió hacia Dave como si la vida se le fuera en ello.

—¡Cogedla! —gritó Dave a uno de los guerreros.

Fue todo muy rápido. Mientras uno de los guerreros cogía a Bethany en volandas y la alejaba del peligro, otro tiraba del brazo de Annie, y la sacaba de la carreta llevándola lejos y a salvo.

Ligueria se quedó paralizada, y de pie sobre la carreta. Giró la vista justo a tiempo para ver como uno de los hombres de Dave le cortaba el cuello al guerrero que la había acompañado en su huida.

Lo entendió todo en un solo latido. Estaba perdida.

No había escape.

El mundo se le cerraba como una trampa.

—¡No! —exclamó, retrocediendo—. ¡No me encerraréis! ¡No viviré así!

Sujetó el cuchillo frente a su rostro que lucía desencajado, y Dave supo que haría una locura.

—Ligueria, no lo hagas. Debes afrontar tu destino.

Pero ella no escuchaba.

Con los ojos llenos de lágrimas colocó la daga en su cuello.

—Prefiero esto antes que veros triunfar.

Dave asintió, no pensaba detenerla. Aquella muerte sería mucho mejor que la que le otorgaría él, confinándola en una celda de por vida.

—¡Malditos! —fue lo último que dijo antes de quitarse la vida.

Su cuerpo cayó en un golpe seco contra la madera, y su vida se apagó lentamente ante los ojos de su sobrino, que no hizo nada por ayudarla.

Un silencio denso cayó de golpe.

Dave permaneció donde estaba, hasta que sintió unos bracitos rodearle la cintura.

Bethany lo abrazó llorando sin poder contenerse.

Annie llegó enseguida, con los ojos húmedos pero la barbilla alzada, como si quisiera sostener el mundo por su hermana.

Dave se arrodilló delante de ambas y las atrapó entre sus brazos con toda la fuerza que podía sin hacerles daño.

—Ya está —susurró contra sus cabellos—. Ya está… estáis a salvo mis pequeñas.

Bethany escondió el rostro en su pecho, mientras Annie le sostuvo la mirada con una determinación que hacía honor a su apellido.

—Sabía que vendrías por nosotras, hermano —dijo ella, con demasiado aplomo después de lo vivido.

Una chispa de orgullo quebró la dureza del rostro de Dave.

—Sí —respondió—. Mientras respire siempre os protegeré, eso no debéis dudarlo nunca.

Se separó un poco, solo lo suficiente para tomarles las manos.

—Y madre… —Bethany no pudo continuar la frase.

—Ella está en el cielo con padre. Ahora será feliz por siempre y nosotros debemos ser fuertes, honrarlos.

—Y lo haremos. —Annie se irguió y se limpió las lágrimas—. Somos MacDougall, y los MacDougall nunca se rinden.

Bethany al escuchar las palabras de su hermana también se irguió y secó sus lágrimas tratando de recomponerse.

Dave las miró sin palabras. Se sentía muy orgulloso de ellas, de su valentía después de todo lo vivido.

—Ahora hay algo más que debo hacer—confesó con voz baja—. Harper corre peligro, y he de ir en su busca. Odio dejaros solas, pero nuestros hombres os llevarán de vuelta al castillo. Estaréis bien.

—¿Qué le pasa a Harper, hermano? —preguntó Bethany.

—La han acusado de brujería. En unos días será sentenciada y debo acudir en su ayuda.

—¡Ella no es ninguna bruja! —exclamó Annie.

—Debes salvarla y traerla a casa, hermano. Debes hacerlo. —Bethany hablaba como una señorita—. No te lo perdonaré si no lo haces.

Bethany volvió a estremecerse, pero Annie le dio un apretón reconfortante.

—Ve —dijo Annie—. Tráela de vuelta. Nosotras estaremos bien.

Dave asintió mientras apretaba la mandíbula, y miraba sus rostros redondeados. Ellas eran su fuerza. Odió tener que despedirse ahora que las había recuperado, pero sería por poco tiempo, pues estaba seguro de que muy pronto estaría de nuevo con ellas y con Harper a su lado.

Dave se incorporó y ordenó a sus guerreros escoltarlas a casa con la carreta.

Cuando se pusieron en marcha se quedó allí un rato, mirando cómo se alejaban hasta que la silueta de las dos pequeñas se perdió tras un giro del camino.

Entonces montó de nuevo, y no volvió a mirar atrás. Solo clavó las piernas en los flancos de su caballo y emprendió la carrera hacia Edimburgo, esta vez solo.

Capítulo 26

Escocia, 1591

Cuando la carreta se detuvo frente a la iglesia de Edimburgo, Harper ya no sentía las muñecas. Había viajado todo el trayecto maniatada, con el párroco a su lado murmurando oraciones que terminaban derivando en reproches, como si su alma ya estuviese sentenciada y solo quedara advertirle del castigo que la aguardaba.

En cuanto bajó, varios brazos la sujetaron a la fuerza. No hubo compasión en ninguno de esos rostros. A las puertas, una multitud se agolpaba ansiosa, como si asistieran a un espectáculo. Alguien gritó *bruja*, y el resto lo repitió con una vehemencia que le heló la sangre. Harper alzó la vista y vio la enorme pila de madera apilada justo ante la entrada principal. Estaba pasando, iba a morir y no podía hacer nada.

No tuvo tiempo de reaccionar. La arrastraron hacia el interior de la iglesia, donde la esperaban otros párrocos con túnicas oscuras y expresión severa. Aquello no era salvación. Era una sentencia anunciada.

La empujaron dentro de un cuartucho miserable, un espacio tan pequeño que apenas podía dar un paso en cualquier dirección. El único mobiliario era un colchón viejo, hundido y cubierto de manchas. Harper se dejó caer sobre él y estiró las piernas, que le temblaban sin control. Trató de mantener la respiración pausada, pero su mente regresó una y otra vez a lo mismo.

Dave.

Pensó en su voz, en la manera en que la miraba, y en lo fácil que había sido destrozar todo por culpa de su miedo. «*No debería haberme ido*», se reprochó con amargura. «*No debería haberlo dejado*».

Apretó los puños, deseando poder deshacer cada decisión que la había llevado allí.

Pasaron horas. Tantas, que perdió la noción del tiempo. Nadie vino. Ningún sacerdote, ningún guardia, nadie que pronunciara palabra alguna. Solo el silencio, que la consumía poco a poco.

Hasta que, de pronto, el cerrojo retumbó.

Dos párrocos entraron sin mirarla siquiera. La levantaron del colchón como si fuera un saco de harina y la sacaron a tirones. Harper tropezó varias veces mientras la arrastraban por el pasillo principal de la iglesia. Las antorchas iluminaban los vitrales, pero nada podía suavizar la crudeza del momento. Iban a matarla. Lo sabía.

Al llegar al exterior, la luz la golpeó de lleno. La multitud rugía. Había gente subida en escaleras, en carros, hombres, mujeres, incluso niños sostenidos sobre los hombros de sus padres para verla bien. Todos querían contemplar la muerte de la bruja.

La subieron a la pira, atándola al poste con cuerdas gruesas que le rozaron la piel hasta irritarla. Después se apartaron sin pronunciar una palabra.

Y la dejaron allí.

Horas.

Expuesta como un trofeo.

La gente pasaba frente a ella: escupían, insultaban, le arrojaban pequeñas piedras. Algunos la miraban con odio, otros con

morbo. Pero Harper no alzó la vista ni una sola vez. Si lo hacía, sabía que se rompería.

Así que mantuvo la cabeza inclinada, con el cabello cayéndole sobre la cara. Y se aferró a la única imagen que le daba fuerzas para seguir respirando: el rostro de Dave. Su sonrisa. Sus manos grandes abarcando su cintura cuando la estrechaba contra él. La manera en que la llamaba *Harper, mo ghràdh*

«Ojalá pudiera verlo solo una vez más.
Solo una».

Y fue ese pensamiento lo que la mantuvo en pie mientras el mundo entero deseaba verla arder.



La noche cayó sin piedad, envolviéndola en una oscuridad que parecía durar siglos. El frío se colaba por cada grieta de la pira, pero Harper apenas lo sentía. Lo que la devoraba era la incertidumbre.
¿A qué esperaban? ¿Por qué no terminaban con ella de una vez?

Cuando por fin la desataron, sus piernas cedieron de inmediato. Se desplomó, incapaz de mantenerse en pie, y los párrocos tuvieron que sujetarla por los brazos para arrastrarla de regreso al cuartucho. La dejaron caer sobre el suelo como si fuera un trapo viejo. Ni comida. Ni agua. Nada. Solo silencio.

El amanecer llegó sin que hubiera podido dormir. Y antes de que pudiera ponerse en pie, el cerrojo volvió a sonar. Otra vez la misma rutina. La llevaron fuera ante un público aún mayor. La ataron otra vez al poste, y la cuerda le raspó la piel ya agrietada, mientras las voces del gentío la envolvían como un enjambre.

Esta vez no pudo contenerse.

—¡Matadme ya! —gritó, clavando la mirada en el cura que supervisaba la escena—. ¿Qué queréis? ¿Qué es esto? ¡Acabad ya!

El hombre, un anciano de barba blanca y ojos fríos como el hierro, le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Tu alma aún no ha sido purificada. Debemos decidir tu destino.

—¡No tengo nada que expiar! ¡No he hecho daño a nadie! ¡No soy una bruja!

—Confiesa. —El cura se inclinó un poco hacia ella—. Di que lo eres y quizá nos apiademos.

—¡No lo soy! —respondió Harper con voz rota.

—Entonces quédate ahí —sentenció él—. Que el pueblo te observe. Que sea testigo de tu terquedad.

La dejó allí, atada, sola, bajo el sol inclemente.

Harper cerró los ojos, dispuesta a convertir su mente en un refugio. Pero entonces, entre los gritos de la multitud, algo la obligó a abrirlos.

Un rostro.

Uno que no podía estar allí.

Uno que su corazón reconoció antes que sus ojos.

Dave.

Avanzaba como una tormenta desatada, abriéndose paso sin esfuerzo, con su *claymore* brillando al sol. La gente retrocedía ante él como si fuera una bestia salvaje. Subió a la pira de un único salto,

el tablón crujió, y antes de que Harper pudiera pronunciar palabra, él tomó su rostro entre las manos.

Sus dedos estaban tibios contra su piel helada. Bajó la frente hasta rozarla con la de ella. Sus labios quedaron tan cerca que Harper sintió su aliento.

Había ternura en ese gesto. Había miedo a perderla.

Pero no hubo tiempo para más.

Dave se giró de golpe, *claymore* en mano, y la alzó hacia la multitud.

—¡El que dé un paso más muere! —rugió.

El cura avanzó un poco, demasiado confiado.

—No puedes hacer nada aquí, muchacho. Esta es tierra de la iglesia. Vuelve al clan MacDougall. Nunca debiste abandonarlo.

Los ojos de Dave relampaguearon.

—Tú otra vez. Debí haberte matado.

—No tienes poder aquí —insistió el cura—. Pero sí puedes morir tú.

Varias figuras surgieron entonces desde las puertas laterales de la iglesia. Hombres armados con bastones y dagas cortas; guardias del templo con cotas de cuero.

Se lanzaron sobre Dave, y él se defendió. Feroz e imparable.

Moriría por ella si fuera necesario.

Pero eran demasiados. Harper lo veía retroceder un paso, luego otro. El sonido de metal contra metal resonaba por toda la plaza. La multitud se dispersaba, gritando y aterrada.

Fue en ese mismo instante cuando todo parecía perdido, que un ejército apareció como salido de la nada.

Hombres altos, robustos, con los colores y emblemas del clan Ferguson grabados en sus capas se extendieron como una ola oscura que rodeó la pira.

Harper contuvo la respiración, y fue entonces cuando una voz que se abrió paso entre el caos llamó su atención.

—¡Harper!

La reconoció al instante.

—Ginevra… —susurró, sin creérselo.

Su hermana luchaba por llegar hasta ella, empujando, apartando gente, hasta que finalmente alcanzó la base de la pira. Subió sin miedo, ignorando las astillas que se clavaban en sus manos, y cuando llegó a la cima, la abrazó con todas sus fuerzas.

Harper sintió que sus piernas, su respiración, su alma entera se aflojaba.

—Llegué… —sollozó Ginevra—. Estoy aquí, Harper. No voy a dejar que te pase nada.

Las dos lloraron. Lloraron por el miedo, por la angustia, por el milagro de estar juntas.

Ginevra apenas logró cortar la última cuerda cuando Harper se desplomó contra sus brazos. Sus rodillas chocaron contra la madera áspera de la pira, pero no sintió dolor. Solo alivio. Un alivio que les estalló en el pecho y las hizo llorar sin medida.

A su alrededor, la plaza era un caos. Las tropas del clan Ferguson habían irrumpido con tal fuerza que los hombres de la iglesia ya no sabían hacia dónde apuntar sus armas. Dave, aún empapado en sudor, con un corte sangrando en la ceja, se mantenía en pie entre dos guardias caídos. Pero ahora ya no estaba solo. Los guerreros Ferguson habían terminado por desarmar a los guardias y feligreses armados, reduciéndolos con eficacia militar. Entre ellos divisó a Bryson codo con codo con los Ferguson.

Entre ese torbellino de ruido y movimiento, una figura enorme emergió desde la retaguardia. El hombre caminaba con paso seguro. Su presencia imponía incluso sin hablar, tenía hombros anchos, el rostro duro, y las facciones tensas como si contuviera una tormenta.

Se plantó junto a Ginevra y la miró con una mezcla de enfado y preocupación.

—Te dije que esperaras atrás, mujer —expresó, con su voz grave resonando entre el alboroto.

Ginevra alzó la barbilla, limpiándose las lágrimas con la manga.

—No podía quedarme mirando. Es mi hermana.

Él soltó un resoplido que no lograba ocultar el alivio.

—Debemos irnos. Rápido —dijo, sin apartar la vista de los clérigos que intentaban reagruparse.

Dave, aún sin aliento, se acercó con su *claymore* apoyada en un hombro, desconcertado.

—¿Quién demonios sois vosotros? —preguntó, jadeando.

El gigante se volvió hacia él.

—Arthur Ferguson, líder del clan Ferguson —respondió, directo, como quien no está para rodeos—. Y esta mujer temeraria —miró a Ginevra con un destello entre irritado y enamorado—, es mi esposa.

Harper abrió los ojos, sorprendida pese al agotamiento.

—¿Estás… casada? —susurró a su hermana.

Ginevra asintió apenas, demasiado concentrada en Harper y en sobrevivir al instante como para explicarse.

—Ya habrá tiempo para presentaciones —continuó Arthur—. Hemos venido a ayudaros. Y ahora debemos irnos antes de que la ciudad entera se lance contra nosotros.

—De acuerdo —respondió Dave sin dudar.

Se inclinó y tomó a Harper entre sus brazos. Ella dejó escapar un suspiro, aferrándose a él sin fuerzas para oponer resistencia. Dave la levantó como si no pesara nada y comenzó a abrirse paso. Los hombres Ferguson se colocaron a su alrededor formando un muro impenetrable de acero y escudos.

Un murmullo peligroso empezó a moverse entre la multitud. La gente retrocedía, y al mismo tiempo quería ver más. Y entonces, desde la puerta principal de la iglesia, apareció el cura que había dirigido su tormento. Caminó hacia ellos con paso firme, extendiendo las manos como si pudiera detenerlos solo con autoridad.

—¡Deteneos! ¡En nombre de la santa…!

No terminó la frase.

Pues a Dave sole le bastó un movimiento fluido, una estocada certera. Su *claymore* atravesó el pecho del cura como si cortara mantequilla caliente. La multitud estalló en gritos. El anciano cayó de rodillas, con ojos desorbitados, y expiró su último aliento entre manos temblorosas que intentaron socorrerlo.

Dave no miró atrás.

No tenía espacio en su alma para remordimientos. Solo para Harper.

Cuando por fin alcanzaron el convoy que los Ferguson habían preparado, Arthur ordenó:

—¡Subid a las mujeres!

Colocaron a Harper en una carreta bien protegida, y Ginevra se acomodó junto a ella, sosteniéndole el rostro, y susurrándole que estaba a salvo.

Dentro estaba Elora. En cuanto Harper la vio extendió su brazo hacia ella y le dio la mano mientras los ojos se le llenaban de nuevas lágrimas.

—Gracias —susurró.

—Te dije que te ayudaría. No podía fallarte, no podía fallar de nuevo a Ginevra. —Ginevra le sonrió con verdadero agradecimiento.

Los guerreros montaron sus caballos, y Dave ofreció su fortaleza a los Ferguson. Sus tierras estaban más cerca, y allí podrían descansar.

Capítulo 27

Escocia, 1591

El camino hacia las tierras de lo MacDougall fue largo y polvoriento, el grupo era grande, y la carreta no permitía acelerar el paso. Harper estaba envuelta en una manta áspera, y apoyada contra el costado de la carreta, mientras Ginevra no dejaba de sujetarle la mano. A cada sacudida del carro, las dos se apretaban un poco más, como si temieran que una ráfaga de viento pudiera separarlas otra vez, mientras Elora las contemplaba con el corazón repleto.

Hablaron sin parar, lloraron, rieron, y volvieron a llorar. Era todo un cúmulo de sentimientos los que las envolvían. Se arrepintieron de su separación. De haber hecho caso a madre, pero por otro lado creyeron que si no hubiese sido de ese modo ninguna hubiese conocido el amor. Hubiera sido casi imposible, encerradas en aquella cabaña, y aisladas del mundo.

—¿Crees que madre nos obligó a separarnos por que tuvo una visión? —preguntó Harper.

—Hubiera sido muy retorcido por su parte. Casi nos matan a ambas por brujería —contestó Ginevra.

—Estoy muy enfadada con ella, por lo que nos ha hecho. —Harper cruzó los brazos y desvió la vista por la ventana tratando de reprimir las lágrimas.

—Ella nos quería Harper. Solo lo hizo lo mejor que pudo.

—Tenía que haberse esforzado más. ¿Qué habrá sido de Emily? Nuestra dulce y pequeña Emily. Rezo al cielo para que no haya tenido que pasar por lo mismo que nosotras.

—¿Tenéis otra hermana? —preguntó Elora que había permanecido callada escuchándolas.

—Así es. Somos tres. Ella es la menor, y apenas tiene dieciséis años —confirmó Ginevra—. Ella es preciosa. Tiene una melena castaña, y densa como una cascada. El rostro tan dulce como un azucarillo, pero el alma fiera de un guerrero. Es terca como ella sola, y consentida, pero leal y justa.

—Y debe de estar muy enfadada —añadió Harper.

—Enfadada como el mismo demonio —confirmó Ginevra.

—¿Y eso por qué? —Elora sintió curiosidad.

—Bueno, tuvimos que dejarla bajo la protección del clan Campbell. Ella era demasiado joven como para que vagara por el bosque sin rumbo. Y eso no le gustó nada —explicó Ginevra.

—Estoy segura de que ahora mismo nos odia con toda su alma. —Harper estaba convencida.

—¿Iréis a buscarla? —interpeló Elora.

Las hermanas se miraron por un momento y ambas asintieron casi al unisonó.

—Iremos, y no la dejaremos sola nunca más.

Cuando Ginevra terminó de hablar, Harper sintió un nudo extraño en el pecho. Algo ácido.

Se asomó por la ventanilla de la carreta, y buscó a Dave con la mirada.

El guerrero cabalgaba al frente, junto a Bryson y a Arthur Ferguson. Conversaban como si fueran viejos camaradas.

—¡Dave! —lo llamó.

El guerrero giró la cabeza de inmediato, y al verla una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. Se acercó con el caballo hasta casi rozar la madera de la carreta.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz más suave de lo que nadie esperaría de él.

—Ahora sí —respondió Harper—. Mejor que nunca. Gracias por venir a buscarme Dave.

—No me las des. Solo hice lo que mi corazón me gritaba.

Harper lo miró intensamente y supo que quería decirle algo más, pero no estaban solos.

Así que confesó sus preocupaciones.

—¿Y tus hermanas? No se cumplió mi visión, ¿verdad?

El cambio en el rostro de Dave fue inmediato. Su mandíbula se tensó, y sus dedos se apretaron con fuerza a las riendas.

—Mis hermanas fueron secuestradas, Harper.

Harper se incorporó en seco, como si la carreta hubiera chocado contra algo.

—¿Qué? ¡¿Qué dices?!

Dave alzó una mano para calmarla, aunque él mismo no parecía calmado.

Sus ojos castaños, siempre tan duros, tenían un brillo que la atravesó.

—Ya están a salvo. —Su voz tembló—. Las recuperamos. Están en casa, en la fortaleza.

Harper sintió que el corazón se le encogía. Aquellas chicas… tan dulces, tan jóvenes…

—Dave… lo siento tanto. No debí irme, soy una estúpida. Debí quedarme y afrontar contigo cualquier cosa que llegara. Lo siento, pensé que sería un peligro para vosotros, para mí.

—Y lo eres, Harper. —Ella se quedó desconcertada—. Sin ti, siento que todo a mi alrededor se desmorona. Que me falta hasta el mismo aire.

Ella se sonrojó al instante. Aquel Dave, le gustaba. Con esa pasión que transmitían sus palabras y que la demolían por dentro.

—No volveré a marcharme sin decírtelo.

—No volverás a marcharte —la corrigió.

—Nos casaremos Harper, aunque tenga que atarte con una soga a mi cintura. No te dejaré marchar esta vez.

Ella entreabrió los labios. Había tanta seguridad en sus palabras que la dejaron descolocada por un momento.

—Me casaré contigo, lo juro —soltó con cierto brillo en la mirada—. Pero antes deseó algo.

—No te pases Harper, no estás en posición de pedir. Te recuerdo que me has abandonado cuando más te necesitaba.

Entonces Harper recordó a Crystine y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, siento mucho lo de tu madre. Eso no lo vi venir, te lo prometo.

Dave se removió sobre su montura, sintiendo como la pérdida de su madre lo consumía por dentro.

—Sé que lo sientes, y agradezco que nos la devolvieras, aunque fuese por poco tiempo. —Dave estiró su mano y cogió la de ella en un gesto íntimo y cercano—. Haremos su entierro en cuanto lleguemos. Serás mi apoyo, y el de las niñas.

Harper asintió mientras sentía como se le hacía un nudo en la garganta.

—Y ahora dime ¿cuál es esa condición para casarte conmigo, *mo ghràdh*?

—Solo quiero recuperar a mi hermana.

Entonces el guerrero miró al interior de la carreta, donde Ginevra conversaba con Elora disimulando que no estaba pendiente a la conversación que tenía con su hermana.

—¿Tu hermana? —repitió el guerrero.

—¿Recuerdas que te conté que dejamos a mi hermana pequeña en el clan de los Campbell?

Dave de pronto recordó sus palabras.

—Lo recuerdo.

—Bien, pues deseo tenerla mi lado. Quiero recuperarla.

—Lo haré. Iremos a buscarla lo antes posible.

Harper sonrió y fue de una forma tan dulce y sincera que Dave deseó besarla. Era hermosa, tan hermosa como un sueño del que no quieres despertar. Espoleó a su caballo, y de nuevo se situó junto a Arthur, que conversaba con uno de sus hombres.

Harper volvió a acomodarse en la carreta, y su hermana la arropó con cariño con las mantas que en ella había.

—Así que vas a casarte. —Ginevra la miró con ojos grandes e ilusionados.

—Eso parece.

—¿Lo amas?

—Lo amo —confirmó escueta.

—¿Cuánto? —Ginevra insistió.

—¿Cuánto se puede amar a un hombre, Ginevra?

Ginevra miró por la ventana a Arthur y supo la respuesta de inmediato.

—Demasiado. Tanto y tan intenso que a veces duele.

—¿Y cuándo piensas contárselo? —Harper apoyó la mano en su vientre todavía plano, sintiendo que la dicha se apoderaba de ella.

—Pronto. Si se lo hubiese dicho antes no me habría dejado venir a buscarte.

—Gracias, aunque no apruebo que te pusieras en peligro. —Harper la abrazó, fuerte—. Estoy tan feliz por ti. ¡Voy a ser tía!

Elora que las contemplaba no daba crédito.

—Pero ¿cómo lo has sabido? No se le nota nada.

—Digamos que tengo un don —contestó Harper con picardía.

—Un don muy especial —reafirmó Ginevra entre risas.

Las tres mujeres rieron, y disfrutaron del momento. Una vida nueva era siempre una bendición, una alegría.



Poco después, las murallas del clan MacDougall aparecieron entre los árboles, imponentes, sólidas, y rodeadas por antorchas que comenzaban a encenderse con la caída de la tarde.

Las puertas se abrieron de par en par cuando vieron llegar al líder.

La gente salió a recibirlos, murmurando al ver a la muchacha destrozada en la carreta, a Dave cubierto de sangre ajena, y a Arthur, el *laird* de los Ferguson dirigiendo a todos hacia el patio principal.

Dave desmontó con un salto y volvió a subir a la carreta para recoger a Harper en brazos. Ella no protestó; apoyó la cabeza en su cuello, respiró su calor, y sintió cómo su cuerpo entero se tensaba para protegerla.

Así, rodeados por los hombres Ferguson y seguidos por Ginevra y Elora, entraron en la fortaleza.

Dave la llevó directamente a una de las alcobas principales, una estancia cálida iluminada por velas y con el brasero crepitando.

Las mujeres del clan se movieron con eficiencia y delicadeza. Prepararon un baño caliente que llenó la estancia de vapor perfumado. Harper sintió que el alma se le aflojaba cuando sus pies tocaron el agua.

Le limpiaron la piel marcada, lavaron sus cabellos enmarañados y aplicaron ungüentos suaves sobre los cortes y moretones. Nadie le hizo preguntas. Nadie la juzgó. Sólo manos cálidas, voces tranquilas, y el silencio reconfortante de un hogar que no era el suyo, pero que por primera vez parecía un refugio.

Cuando salió del baño, le ofrecieron un vestido sencillo, de un verde apagado, suave y modesto. Harper se lo puso con manos aún temblorosas. Se miró al espejo de metal pulido: seguía habiendo tristeza en sus ojos, pero ya no había muerte. Había vida. Y esperanza.

Respiró hondo.

Era hora de bajar.

Capítulo 28

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El salón principal estaba lleno de luz. La chimenea era enorme y bañaba todo con su resplandor dorado. Había jarras de cerveza, bandejas de pan caliente, queso y carne, y un aroma que casi le hizo llorar de alivio.

Allí estaban Ginevra, Arthur, Dave y Bryson junto a las pequeñas Annie y Bethany. Aquella estampa tan familiar reconfortó su corazón de una forma inesperada. Deseaba aquello, deseaba una familia con toda su alma y no había reparado en ello hasta entonces.

Pero antes de que Harper pudiera saludarlos, dos figuras pequeñas salieron disparadas desde el otro lado de la mesa.

—¡Harper! —Las gemelas corrieron hacia ella abrazándola por la cintura.

El impacto la tomó por sorpresa, pero Harper rio por ello. Era tan dichosa que no podía creerlo.

—Oh, niñas —Las estrechó con fuerza—. Qué alegría veros.

Las pequeñas hablaban a la vez, atropellándose, contándole cuánto la habían echado de menos. También mencionaron lo de su madre mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Harper sintió un nudo en el pecho. Quiso reconfortarlas, pero no sabía cómo. La pérdida de una madre era desgarradora y cruel cuando se trataban de dos niñas. Ella misma había podido comprobarlo.

Les acarició el cabello con suavidad, aunque las palabras no acudieron. ¿Cómo consolar un dolor que ella misma todavía no sabía cómo vivir? Lo único que pudo hacer fue abrazarlas fuerte, dejando que su calor hablase por ella.

Al sentarse a la mesa, las pequeñas se apretaron contra sus costados, como si temieran que Harper pudiera desvanecerse si la soltaban. Ella se acomodó entre ellas, justo al lado de Dave, que la observaba con una intensidad suave, profunda. Una mirada protectora, de calma después de la tormenta.

La mesa se llenó enseguida: pan caliente, estofado, queso, cerveza espumosa. La conversación fluyó con naturalidad, como si todos hubieran sido parte de la misma familia desde siempre. Las risas de las gemelas, la serenidad de Arthur, las bromas de Bryson y Dave… todo parecía sanar poco a poco el aire cargado de días oscuros.

Aquella noche, la fortaleza de los MacDougall volvió a respirar vida.



Después de cenar, Ginevra se levantó con un gesto delicado y tomó un chal que descansaba en el respaldo de una silla.

—Voy a caminar un momento —dijo con una sonrisa algo nerviosa.

Arthur arqueó una ceja, pero se levantó de inmediato para acompañarla. Ambos salieron al jardín, dejando atrás el calor de la chimenea. El aire nocturno era frío y limpio; el cielo, un manto de estrellas centelleantes que parecían más cercanas allí, en lo alto de las Highlands.

Ginevra aspiró hondo, como si necesitara valor mientras que Arthur la observaba con esa mezcla de paciencia y autoridad que siempre lo caracterizaba.

—Dime qué te inquieta, mujer —quiso saber él, cruzando los brazos sobre su ancho pecho.

Ella jugueteó con el borde del chal unos segundos antes de alzar la vista.

—Arthur, estoy en cinta.

El *laird* se quedó completamente inmóvil. No parpadeó. No respiró. Luego sus cejas se juntaron: no era enfado, sino sorpresa, y una mezcla de algo más profundo. Una chispa de alegría contenida, mezclada con preocupación.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó, con la voz baja, densa.

Ginevra bajó la mirada.

—Unas semanas. No quería… no quería preocuparte. Y si te lo decía no me habrías dejado venir.

Arthur dejó escapar un suspiro largo, casi resignado.

—Ginevra… ¿qué voy a hacer contigo? —Se acercó, posando sus manos grandes en sus brazos—. Eres tan impulsiva, y temeraria.

Ella sonrió, ladeando la cabeza.

—Amarme. Eso es lo que puedes hacer.

La dureza de su expresión se derritió.

Arthur deslizó una mano hasta su vientre aún plano y se arrodilló ante ella, apoyando la frente allí donde crecía la vida que ni siquiera podía verse.

—Amaros —murmuró—. Eso es lo que haré. A los dos.

Besó su abdomen con una devoción que hizo que los ojos de Ginevra se llenaran de lágrimas.

Después se incorporó, acunándola entre sus brazos.

—No sabes lo feliz que me has hecho, mujer —dijo contra su sien.

Ella apoyó el rostro en su pecho, escuchando el latido que siempre la había hecho sentir segura.

—¿Y ahora? —preguntó con voz temblorosa.

—Ahora —respondió él, besando su frente—, volvemos adentro. Tenemos mucho que celebrar. ¿No crees?

Ella asintió complacida. Llena de dicha.

La noticia, como era de esperar, alegró a todos. Hubo felicitaciones, abrazos y brindis hasta bien entrada la noche. Elora lloraba de emoción; Bryson abrazaba a Arthur como si fuese un hermano; las gemelas no soltaban la mano de Ginevra, y Harper sentía cómo la alegría ajena la envolvía y la contagiaba. Dave

permanecía a su lado, atento, con esa media sonrisa que solo mostraba cuando se sentía en casa.

Todos notaban el cansancio, pero parecía que nadie deseaba abandonar la sala. Había un ambiente de recogimiento, de familia reunida tras la tormenta.

Arthur alzó una copa por última vez.

—Por mi esposa —dijo con voz firme pero cargada de ternura—. Y por todo lo que está por venir.

Un murmullo de aprobación recorrió la mesa. Harper observó a Ginevra, radiante pese al cansancio, y sintió un calor en el pecho. Aquella fortaleza, tan ajena hacía apenas unas horas, ahora le parecía un lugar casi seguro, casi suyo.

Dave se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó despacio, para que solo ella lo oyera.

Harper asintió.

—Sí… creo que no recordaba lo que era sentirse rodeada de gente que te quiere.

Dave bajó la mirada durante un segundo antes de regresar a sus ojos.

—Entonces acostúmbrate —le aseguró—. Porque ya no pienso dejar que te alejes.

Ella no dijo nada. Solo apretó su mano bajo la mesa, en una caricia discreta, íntima.

Fue Ginevra quien finalmente decidió que la noche había llegado a su fin.

—Mañana nos espera un día largo —anunció con una sonrisa cansada.

Hubo protestas suaves, pero uno a uno comenzó a levantarse, despidiéndose con abrazos, besos y promesas de seguir celebrando por la mañana.

Cuando las gemelas se colgaron del cuello de Harper para darle las buenas noches, Dave observó la escena con una ternura que intentó disimular. Ella les devolvió el abrazo, sintiendo cómo algo dentro de ella —algo roto—, empezaba a recomponerse.

Al fin, cuando la sala quedó vacía y en silencio, Dave dio un paso hacia ella.

—Ven —dijo simplemente.

Harper no necesitó preguntar a dónde.

Salieron juntos hacia el pasillo que conducía a su alcoba, con sus pasos sincronizados, sin prisa… como si la noche aún les guardase algo que les pertenecía solo a ellos.

Capítulo 29

Escocia 1591,
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Dave cerró la puerta tras ellos, despacio, como si cada ruido pudiera romper algo sagrado entre los dos. La alcoba estaba iluminada solo por unas pocas velas, dando un aspecto íntimo y relajado al ambiente.

Harper se quedó de pie junto a la cama, respirando con calma. Dave avanzó hacia ella con pasos lentos, como si temiera que fuera a desvanecerse.

—Harper… —susurró, alzando la mano hacia su mejilla para acariciarla con ternura.

Ella dio el último paso, pegando su frente a la de él.

—Estoy aquí —aseguró—. Y no volveré a marcharme.

Dave exhaló como si hubiese contenido el aire durante horas. Sus dedos descendieron por su cuello y por sus hombros, con una delicadeza que le hizo cerrar los ojos.

Harper llevó sus manos a la hebilla de su cinturón, pero Dave las atrapó con las suyas.

—No tienes que… —dijo él, con la voz rota—. Debes descansar.

Ella sonrió con un gesto leve, casi tierno.

—No deseo descansar. Te deseo a ti.

Dave bajó la mirada a sus manos unidas, y luego a sus muñecas. Las marcas. Cada una de ellas parecía incendiarle por dentro. Las acarició con cuidado reverencial. Como odiaba lo que le habían hecho.

—Dios… Harper —tragó saliva, furioso consigo mismo—. Te hicieron daño. Y yo no estaba. No pude evitarlo…

Ella tomó su rostro entre las manos obligándolo a mirarla.

—Mírame, Dave —dijo, firme pero dulce—. Olvídate de eso, ahora estoy aquí. Solo nosotros.

Él levantó los ojos y se encontró con los de ella: cálidos, vivos, y anclándolo al presente.

Dave la rodeó con los brazos, estrechándola fuerte, como si necesitara comprobar que era real y suya. Ella deslizó las manos por su espalda, sintiendo la tensión desaparecer centímetro a centímetro.

Sin prisa, le quitó la camisa. Él dejó que lo hiciera, observándola, respirando cada caricia. La tela cayó, revelando la musculatura tensa, las cicatrices antiguas, la vida que había vivido antes de ella.

Harper lo recorrió con la mirada y luego con las manos, despacio, como si memorizara cada forma, cada línea de su piel. Dave cerró los ojos cuando sus dedos tocaron una vieja herida en su costado.

—Eres… tan hermoso —susurró ella.

Él dejó escapar una risa baja, incrédula, cargada de emoción.

—Harper, si hay algo hermoso en esta habitación no soy yo.

Ella negó con un gesto suave, y llevó sus manos a los cordones de su vestido. Dave se los apartó con un suspiro.

—Déjame —pidió, con voz grave.

Ella alzó los brazos un poco, ofreciéndose. Dave desató cada cordón con lentitud solemne, como quien desenvuelve algo precioso. Cuando la tela cedió, dejó a la vista la piel marcada, sensible. Dave

intentó no mirar las heridas, pero sus ojos volvían a ellas una y otra vez, torturándose.

Harper tomó su mano y la colocó sobre su cintura, guiándolo.

Dave tragó saliva, y esta vez no apartó la mirada. La recorrió con un respeto tan profundo que a Harper se le aflojó el pecho.

—Eres mi perdición, *mo ghràdh* —sus labios rozaron apenas su frente.

Ella sonrió, temblorosa.

—Entonces bésame. Bésame hasta hacerme perder la cordura.

Él la alzó un poco, solo lo necesario para acercarla más, para fundirse con ella en un beso lento, sincero, y lleno de necesidad. Sus cuerpos se buscaron con urgencia, reconociéndose.

La llevó a la cama y la tumbó con cuidado, para después situarse sobre ella con delicadeza. Harper abrió las piernas para él en una clara invitación, no deseaba esperar, lo necesitaba.

—Quiero sentirte Dave, quiero sentir que te pertenezco.

Dave no esperó. Colocó su miembro en el epicentro de su placer y empujó hasta encajarse en ella. Estaba tan cálida y húmeda que creyó que explotaría ahí mismo.

Los movimientos fueron intensos, profundos, llenos de suspiros y jadeos. Harper levantó la pelvis, tratando de que las envestidas del guerrero fuesen más profundas. Clavó sus uñas en sus antebrazos fuertes y definidos, y disfrutó de lo que el guerrero le ofrecía.

—Así Dave, así. No pares, por favor.

Dave estaba enloquecido. ¿Cómo podía provocarlo de aquella forma? Era hermosa y sensual, y su cuerpo; perfecto. Hecho a su justa medida.

Harper gritó de puro placer, y Dave supo que era el momento. Intensificó las envestidas y se dejó ir con ella. La besó en la boca y en el cuello, chupó sus pezones y no se detuvo hasta verla complacida por completo. Se quedaron uno dentro del otro unos instantes, quietos, pero sintiendo sus respiraciones y el palpitar de sus corazones. Después se abrazaron, y Dave acarició su pelo hasta

que se quedó dormida, sintiéndose segura entre sus brazos y en el calor que su cuerpo emanaba.



Harper despertó con un suave cosquilleo en la frente. El sol se filtraba por la ventana, cálido, más amable que en días pasados. Cuando abrió los ojos descubrió a Dave tumbado junto a ella, medio recostado sobre un brazo, observándola con una calma casi reverente. Sus dedos jugaban con un mechón de su largo cabello.

—¿Llevas mucho rato mirándome así? —preguntó ella, con la voz aún ronca por el sueño.

Dave sonrió.

—No demasiado, pero podría tirarme el día entero tan solo mirándote.

—No digas tonterías. —Ella se ruborizó y a Dave le pareció encantadora.

—¿Sabes? Podría acostumbrarme a esto, Harper. A despertarme contigo. A sentir tu respiración antes que cualquier otra cosa. No quiero abrir los ojos otro día más sin ti.

Harper sintió un nudo dulce en el pecho. Se acercó, apoyó su mano en la mejilla de él y lo besó despacio, como si ese beso fuera la confirmación de todo.

—Dave, ¿por qué eres tan encantador, tan atento?

—Porque me prometí a mí mismo que iba a hacer que me amases.

—¿De verdad? ¿Y crees que lo has conseguido?

—No lo sé, dímelo tú. —Dave la besó con cariño, y cuando se separó de ella apenas un milímetro volvió a preguntar—: ¿Entonces me amas?

—Cómo no hacerlo si te lo has propuesto.

—Eso no es una respuesta. —Dave se tumbó boca arriba con los brazos cruzados bajo su cabeza.

A Harper le pareció enfurruñado.

—Te amo, Dave. Solo que todavía me cuesta creerlo. He estado intentando rechazar este sentimiento desde hace tiempo. Lo negaba porque tenía miedo a quedarme, a destruirlo todo por culpade mis… peculiaridades.

—Tú jamás estropearías algo Harper. Tu llegada solo me ha traído felicidad. Te quiero a mi lado —dijo, rozando su frente con la de ella—. Hoy, mañana… y siempre.

Ella sonrió, entre emocionada y vencida por ese amor que la colmaba.

Hablaron un rato más, acurrucados entre las sábanas tibias, compartiendo planes, silencios, caricias que no pedían más que compañía. Hasta que Dave se incorporó sobre un codo, mirándola con esa determinación tan suya.

—Estoy deseando casarme contigo, Harper —dijo sin rodeos, con la voz grave y firme—. Y espero que tú también lo estés.

El corazón de Harper dio un vuelco, con un latido fuerte que casi la dejó sin aliento.

—Dave…

—Por eso —continuó él—, en una semana saldremos en busca de tu hermana. No voy a esperar ni un momento más. Quiero que seas mi esposa. Es lo único que me falta para sentirme completo.

Harper lo miró, maravillada.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

Ella lo abrazó, riendo contra su cuello, emocionada.

—¡Dave! No te imaginas lo feliz que soy ahora.

Él se relajó, soltando un suspiro que parecía llevar días atrapado dentro de su pecho.

—Hablaré con Ginevra —dijo—. Seguro que quiere acompañarnos.

—Bien. Vístete bajaremos a desayunar y lo organizaremos todo, además todavía nos queda algo por hacer.

Harper se entristeció al instante. Tocaba despedir a Crystine, y sabía que aquel día se presentaría difícil para Dave y las niñas. Sus ojos se humedecieron y una lágrima resbaló por su mejilla.

□—Tranquila*, mo ghràdh.* Madre marchó en paz. Antes de morir me dijo que sería feliz en cuanto recuperásemos a las niñas. Supuse que había visto nuestro destino, y eso me reconfortó. Ella se fue sabiendo que las cosas nos irían bien.

—¿De verdad?

—Así es, pequeña. Me aferro a ese pensamiento. Me ayuda a no estar tan triste por su partida. El saber que ella vio un futuro favorable para nosotros, el saber que partió en paz me reconforta.

Harper no pudo evitar besarlo de una forma intensa tras sus palabras. Verlo ante ella, abriendo su corazón y dejando la coraza que siempre solía llevar puesta a un lado, la conmovió.

Ese era el Dave que la había cautivado. El guerrero que se había adueñado por completo de su corazón, y con el que estaba deseosa de compartir su vida entera.

Capítulo 30

Escocia 1591
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El viento de las Highlands soplaba suave sobre la colina cuando el último puñado de tierra cayó sobre la tumba de Crystine. Un silencio profundo cubrió al clan, apenas roto por el murmullo de las plegarias y el llanto contenido de quienes la amaron.

Bryson estaba junto a las gemelas, apretándolas contra su pecho, mientras que Elora se mantenía a su lado. Dave, rígido, y con la mandíbula tensa, sujetaba la mano de Harper mientras no apartaba la vista del montículo recién levantado. Arthur y Ginevra también habían asistido al funeral. Estaban abrazados, y con el rostro grave guardando el respeto de aquella ceremonia.

Cuando todo terminó, Arthur y Ginevra caminaron lentamente hasta Dave y Harper. Arthur estrechó la mano del guerrero con solemnidad.

—Siento tu pérdida —dijo con voz ronca—. No hay palabras que puedan aliviar esto.

—Gracias —respondió Dave, apenas audible.

Entonces Ginevra avanzó y abrió los brazos para Harper. La abrazó con fuerza, con un cariño sincero, casi desesperado. Cuando se separaron, tomó las manos de su hermana con las dos suyas, cálidas a pesar del frío.

En ese instante, fue como si el mundo dejara de girar.

Las dos se quedaron quietas… demasiado quietas.

Sus ojos se abrieron al unísono, vidriosos, inmóviles, enfocados en algo que nadie más podía ver.

La visión las arrastró sin aviso.

Agua.

Oscuridad.

Frío.

Emily.

La joven aparecía ante ellas, sumergida en el fondo de un lago, con el agua negra cerrándose a su alrededor. Su vestido, empapado y pesado, tiraba de ella hacia el abismo. Pataleaba, luchando por subir, pero su cuerpo ya no respondía. Su cabello castaño flotaba en remolinos alrededor de su rostro, transformando su figura en un espectro pálido bajo la superficie.

Las burbujas escapaban de sus labios.

Y en esos labios una sola palabra. «Ayuda».

Las aguas se oscurecieron más y el mundo desapareció.

Harper y Ginevra inhalaron bruscamente al salir de la visión, como si hubieran sido ellas quienes se estaban ahogando. Se miraron, pálidas, temblorosas, con el corazón golpeando en sus costillas.

Durante un segundo, nadie habló.

Luego, ambas pronunciaron exactamente lo mismo, y al mismo tiempo, con una gravedad feroz que heló la sangre de los presentes:

—Tenemos que ir a buscarla. Ahora mismo.

Epílogo

Escocia 1590

Tres meses después de la separación de las hermanas…

El amanecer apenas despuntaba sobre las murallas del castillo Campbell cuando Emily Talamh inició su jornada.

Desde que había llegado allí, su vida había sido una sucesión de tareas interminables, madrugadas frías y silencios impuestos. El *laird* Evander Campbell había cumplido su palabra: la mantenía a salvo. Pero la seguridad tenía un precio, y en aquella fortaleza lo pagaba con sudor, discreción y sumisión.

Emily se aferraba a la esperanza de que Ginevra y Harper seguían vivas. Y libres. Incluso aún odiándolas por haberla abandonado allí a su suerte.

Ese pensamiento era su única compañía cuando el cansancio o la tristeza amenazaban con desbordarla.

Aquella mañana, como tantas otras, estaba en el patio interior con las manos sumergidas en agua helada. Una cubeta de

madera, un tablón, una pastilla de jabón áspero y un montón de ropa ajena formaban su pequeño mundo. Repetía el gesto automático de restregar una camisa gruesa de lana mientras exhalaba vapor por el frío.

A su lado trabajaba Elsie, una muchacha regordeta, siempre despeinada y eternamente risueña, que no parecía darse cuenta de la dureza del día a día. Era la pinche de cocina, aunque durante las mañanas ayudaba con la colada antes de bajar a preparar los fogones para el desayuno de toda la fortaleza.

—Si sigues frotando así, niña —rio Elsie, salpicándola con agua—, vas a dejar al *laird* sin camisa.

Emily sonrió, aunque sin verdadero humor.

—Ojalá. Así tendría que lavar una menos.

Ambas se sobresaltaron cuando una voz áspera resonó en el patio.

—¡No habléis, trabajad! —tronó Ramsay, el administrador del castillo desde hacía más de treinta años.

Un hombre enjuto, de rostro hundido y mirada que parecía verlo todo. Tenía un talento especial para aparecer siempre que alguien suspiraba demasiado alto.

Elsie volvió a frotar como si le fuera la vida en ello. Emily también, reprimiendo el temblor en sus manos.

Pero, si algo hacía más difícil la vida de Emily, no era Ramsay. Era Brìgh, la hija del *laird* Evander: una joven de su misma edad, dieciséis años, con un carácter tan afilado como sus trenzas siempre perfectas. Caprichosa, insolente, acostumbrada a que todos la obedecieran.

Y Emily, por desgracia, era su objetivo favorito.

Brìgh llevaba semanas inventándole tareas absurdas, burlándose de su origen, de su ropa, de su forma de hablar. Su madre, la señora Morven Campbell, la respaldaba en cada gesto, siendo una mujer tan altiva como glacial.

Emily procuraba evitar a las dos tanto como podía.

El aire estaba quieto cuando un sonido rompió la monotonía del trabajo.

Era el galope firme de un caballo acercándose por el camino principal.

Emily levantó la cabeza justo cuando el animal entró al patio con elegancia, espantando hojas y levantando algo de polvo. Era negro como el carbón, con la brida adornada en plata. Cuando el jinete tiró de las riendas, Emily sintió que el corazón se le detenía.

Descendió del caballo un joven Highlander, alto, de hombros anchos, con el cabello oscuro atado en la nuca y una barba incipiente que suavizaba un rostro de facciones firmes. Sus ojos, de un azul sorprendente, contrastaban con el frío de la mañana.

No podía mirar a otro sitio.

—¡El joven Aidan Campbell ha regresado! —gritó Elsie, con un júbilo poco habitual. □—Debemos anunciarlo, tiene que ser recibido como se merece, lleva muchos meses fuera de casa, y ha vuelto como todo un hombre.

Aidan Campbell.

El hijo del *laird,* su heredero.

Emily tragó saliva. Él se sacudió la capa, dejando caer unas gotas de rocío, y avanzó hacia la entrada. Pero entonces, sus ojos se desviaron fugazmente hacia ella.

Emily sintió que todo su cuerpo se tensaba como si la hubieran sorprendido robando algo.

—Emily, termina eso y tiéndelo antes de que el viento cambie —le dijo Elsie, sacándola de su ensimismamiento.

Emily, consciente de que llevaba demasiado tiempo quieta, se apresuró a sacar la última prenda lavada. Tomó el cesto de mimbre y, al incorporarse, su pie resbaló en el barro húmedo.

El mundo se inclinó, y el cesto voló.

Ella cayó de espaldas con un chapoteo vergonzoso.

—¡Emily! —exclamó Elsie.

Pero antes de que pudiera reaccionar, una sombra se interponía sobre ella. Aidan se había acercado en dos zancadas y se agachaba para ayudarla.

—¿Estás bien? —preguntó, extendiendo una mano fuerte, cálida, y sorprendentemente amable.

Emily clavó la mirada en sus ojos. Un instante.

Uno solo. Y sintió que algo profundo, e inesperado, se encendía en su interior.

Como si él fuera luz después de meses de oscuridad.

El contacto de sus dedos temblorosos sobre la mano de él fue suficiente para que su corazón latiera con fuerza.

Pero entonces, una voz aguda y llena de desdén cortó el momento.

—Aidan, ¡por el amor de Dios! —protestó Brìgh desde las escaleras del patio—. ¿Qué haces tocando a esa chica? ¡Está llena de barro!

Aidan no apartó la mirada de Emily.

—Estoy ayudando a alguien que ha caído —respondió, seco pero educado.

Brìgh chasqueó la lengua, furiosa.

—Pues que se levante sola. Está aquí para trabajar, no para llamar la atención. Anda, ven. Padre quiere verte.

Aidan apretó la mandíbula, pero finalmente se incorporó. Emily bajó la vista, incapaz de sostenerla más. El calor le ardía en el cuello, el pecho, las mejillas…

—Gracias —susurró, apenas audible.

—No tienes por qué —respondió él, antes de alejarse.

Brìgh lanzó una última mirada venenosa a la muchacha antes de seguirlo.

Emily recogió rápidamente el cesto, con los dedos torpes por la humillación y la mezcla confusa de emociones. Sin mirar a nadie, salió corriendo hacia la puerta lateral de la fortaleza, buscando refugio donde nadie pudiera verla.

Emily subió las escaleras interiores casi sin sentir los peldaños. El murmullo de voces del patio quedó atrás, apagado entre los muros de piedra. Ya en el pasillo estrecho que llevaba a las habitaciones de servicio, se apoyó contra la pared, sujetando el cesto contra su pecho para esconder cómo le temblaban las manos.

Inspiró hondo, pues le faltaba el aliento.

Y entonces cerró los ojos, recordando el breve contacto de sus manos. El olor varonil y la calidez que emanaba de su cuerpo.

«*No puede pasar nada*», se dijo, intentando calmarse. «*No debo llamar la atención. No debo destacar. No debo arriesgarme. No debo… no debo sentir esto*».

Pero la imagen de los ojos azules de Aidan brilló en su mente como un relámpago.

Era ridículo, ingenuo. Peligroso.

Y aun así, mientras dejaba el cesto en el suelo y se recogía el cabello mojado detrás de las orejas, una idea absurda, temeraria y completamente inevitable cruzó por su mente:

«Si con una sola mirada puede hacerme sentir esto… ¿qué pasará cuando vuelva a verlo?».

Mi querido lector, gracias por llegar hata aquí, sin ti esto no sería posible. Gracias por seguir dando vida a mis historias y por vuestros comentarios que me ayudan tantísimo. Si te ha gustado esta novela te agradecería que me dejases una valoración en Amazon, con ese pequeño gesto ayudas a que mis historias lleguen a mucha más gente.

También puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, donde siempre estarás al tanto de todas mis novedades, o si lo prefieres puedes visitar mi página web: www.ladymacnoble.com

Books By This Author

Fianna Mackendrick. La Furia De Las Tierras Altas

Escocia, 1503.
Fianna MacKendrick nunca ha sido una mujer dócil ni sumisa, pero ni siquiera su espíritu rebelde la preparó para lo que estaba a punto de suceder.

Obligada a casarse con Magnus MacGregor, un laird tan temido como admirado, se encuentra atrapada en un matrimonio con el hombre al que su familia considera un enemigo. Sin embargo, Magnus no es lo que ella esperaba. Es peligroso, implacable… y también terriblemente fascinante.

Fianna se resiste a rendirse ante el hombre que la ha reclamado como suya, pero Magnus, tan feroz en la guerra como en la intimidad, está dispuesto a conquistarla en cuerpo y alma.

Mientras la pasión entre ellos se intensifica, los enemigos acechan por todas partes.
El tío de Fianna, sediento de venganza, trama su caída, y la inminente visita del rey amenaza con desbaratar el frágil equilibrio entre sus clanes.

Con el deber, la traición y el deseo enfrentándose en cada mirada, Fianna y Magnus deberán decidir si su unión es una condena, o la única oportunidad de amor que jamás tendrán.

Un romance cargado de tensión, pasión y giros inesperados, donde el amor es la batalla más peligrosa de todas.

Books By This Author

La Creadora De Highlanders

Susane Fork vive en Nueva York, y trabaja como directora de casting para una plataforma digital donde su serie más aclamada por el público está basada en la Escocia medieval.
Harta de descartar a todos los actores que se presentan a sus audiciones porque ninguno es lo bastante fuerte, lo bastante alto, lo suficientemente rudo, o escandalosamente atractivo y varonil, decide embarcarse en un viaje a Escocia para encontrar al próximo highlander que se convertirá en la estrella de una de las series más famosas de los Estados Unidos.
Pero la vida le guarda a Susane un destino que jamás imaginará, uno en el que va a encontrar a ese actor que tanto ha codiciado; un auténtico guerrero de las Highlands, pero solo hay un inconveniente, y es que ese hombre perfecto y que encaja tan bien en el papel, pertenece al S. XVI.

Books By This Author

De Vuelta A Mis Veinte

Sí, señoras y señores, esta novela tiene cliché, y además uno muy quemado, pero lo
importante son los sucesos, la trama, y aquí hay chicha y limonada para rato.
Seguro que habéis oído a alguien comentar alguna vez: «Ojalá volviera a tener veinte
años, pero con lo que sé ahora».

Pues eso es exactamente lo que les sucede a las tres protagonistas de esta alocada
comedia romántica, pero lo que ellas no sabían es que hay que tener mucho cuidado
con lo que se desea, porque, al fin y al cabo, nada es tan sencillo y uno no recibe un
dulce por nada.

Mentiras, enredos familiares, pitonisas algo estafadoras, conjuros chapuceros, amores
abstractos, besos de película y una gallina. Sí, has leído bien, una gallina un tanto
peculiar.

Te aseguro que esta novela no te dejará indiferente y te arrancará

más de una
carcajada.